

...una fórmula de encanto y seducción

TODA mujer se encuentra siempre en un constante concurso de belleza. Es imposible evadir la comparación y la presencia de otras mujeres ante la vista de implacables jueces.

Se juzga la belleza, la distinción, la simpatía, los encantos propios... Resalta el *cutis*... la *piel*...

Todas las mujeres ambicionan poseer un *cutis* y un cuerpo delicado y atractivo. Todos los hombres reciben el influjo de esa seducción... Valoran... destacan... les gusta...

Camay ayuda a vencer. Camay contribuye a poseer esa apariencia que toda mujer desea y todo hombre admira.

Una pastilla de Camay basta para convencer de que aún es posible conocer un jabón *nuevo*... un jabón que deja en el rostro la sensación de una delicadísima crema y en el cuerpo la fragancia de un baño de esencias.

Su acción pura y delicada beneficia positivamente a la epidermis.

Camay está destinado a crear la belleza, a cuidarla, a conservarla...

Contiene una habilidosa composición de delicados aceites que suavizan la piel, concentrando en una pastilla todo un tratamiento de belleza.

Sus valores han sido contrasta-

dos por las mujeres de todo el mundo. Y se asegura que no hay otro jabón en estos momentos en Cuba tan noble como Camay.

Se han hecho pruebas en comparación con otros jabones, sobre diferentes condiciones de la piel. Y una y otra vez ha salido triunfante Camay, considerándolo definitivamente el más delicado jabón para mantener la belleza natural.

Y no obstante sus virtudes superiores, no se puede encontrar un jabón tan bueno al precio de Camay.

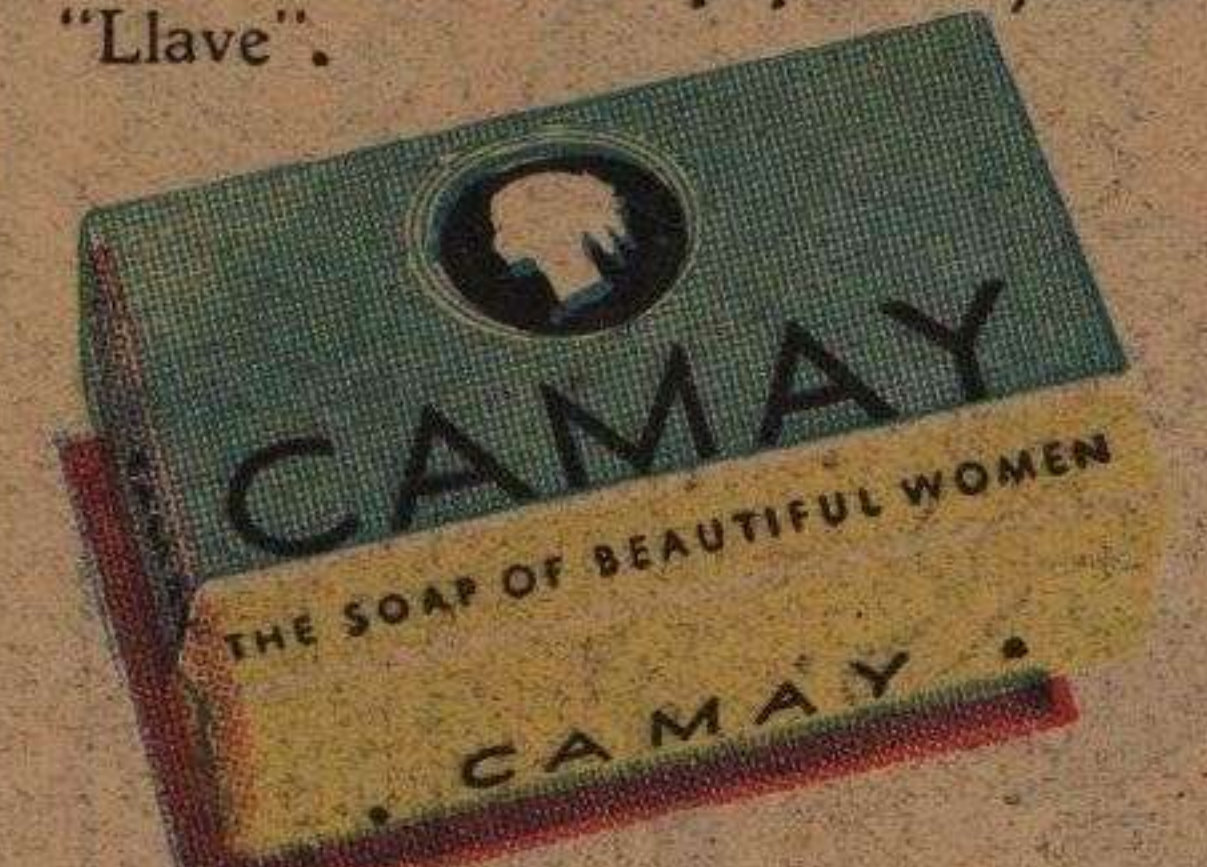
Posee una condición aristocrática, pero se caracteriza por un precio popular. Cualquiera puede comprarlo y, después de usarlo una vez, si costara más, seguirían prefiriéndolo.

Usted se sorprenderá al conocer su bajo costo. Está a la venta en todas partes. Pídale hoy. Identifíquelo por su original envoltura verde y amarilla, cubierta con celofán.

Y sus envolturas sirven para conseguir los premios gordos de las ofertas del popular jabón "Llave".

Camay

El jabón de las bellezas



En Este Número:

★
La Actriz
Cuento Breve

★
Modas
en Colores
Por Isabel Taves

★
Las 10 Personas
Más Felices
del Mundo

★
Estrellas de Cine
en los Negocios

★
ULTIMOS
REPORTAJES
DE
HOLLYWOOD

★
Myra la Intrepida
Rod Rian • Trucutú
y Otras Historietas
en Colores



La Secretaria del Conde

La novela del Domingo

por MARIA MARECHAL



Tu noche
por Schllur

¡MAMÁ, MIRA EL PEZ QUE PESCO, PAPA!



¿PARA QUÉ TIENES QUE INVITAR VECINOS A NUESTRA CASA?
QUIERO MOSTRARLES COMO SE VEN LOS PESCADOS DISCADOS.



¿QUÉ ES LO QUE SE PROPONE HACER ESTE HOMBRE?
NO TE APURES, MAMITA, QUE ASÍ PUEDES DESCANSAR.



DE VERAS NO ACIERTO A EXPLICARME LO QUE SE PROPONE HACER, TU PAPA INVITANDO A LOS VECINOS DESPUÉS DE COMERSE EL PESCADO.



¡PUDE HABER PESCADO MÁS, PERO REALMENTE NO ME SENTÍA DE MUY BUEN HUMOR PARA SEGUIR!
¡ES HERMOSÍSIMO!



¿COMO PUEDES MOSTRARLES LOS PESCADOS DISCADOS Y PREPARARLOS PARA CENAR AL MISMO TIEMPO?
¡CARAY, TIENES RAZÓN!



LA CENA ESTÁ LISTA.



¡PASEN ACÁ, TODOS! VEAN ESTOS PECES DISCADOS.



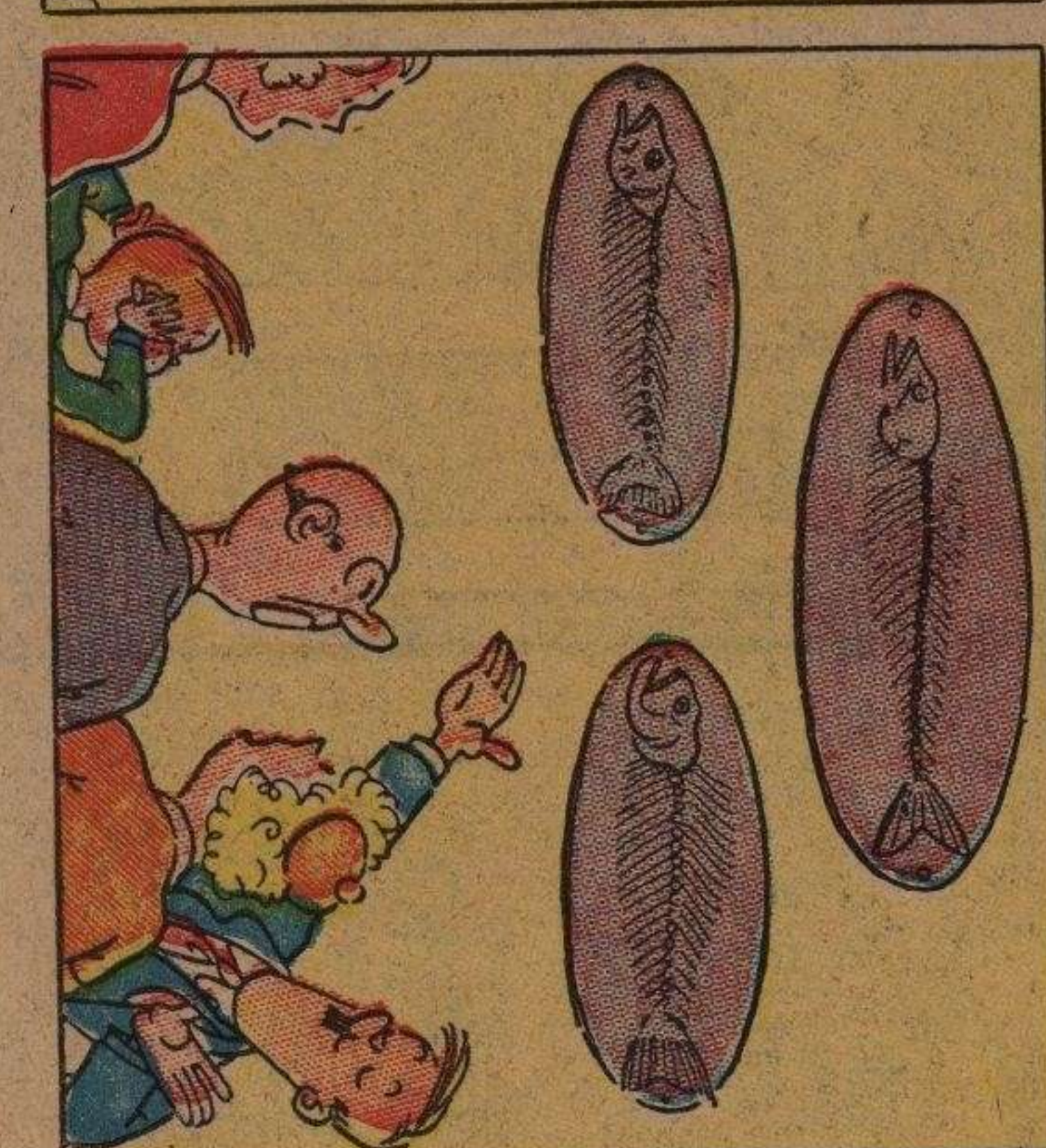
MIRA A VER LO QUE PUEDES PREPARAR PARA LA CENA. INVITARE A LOS VECINOS.



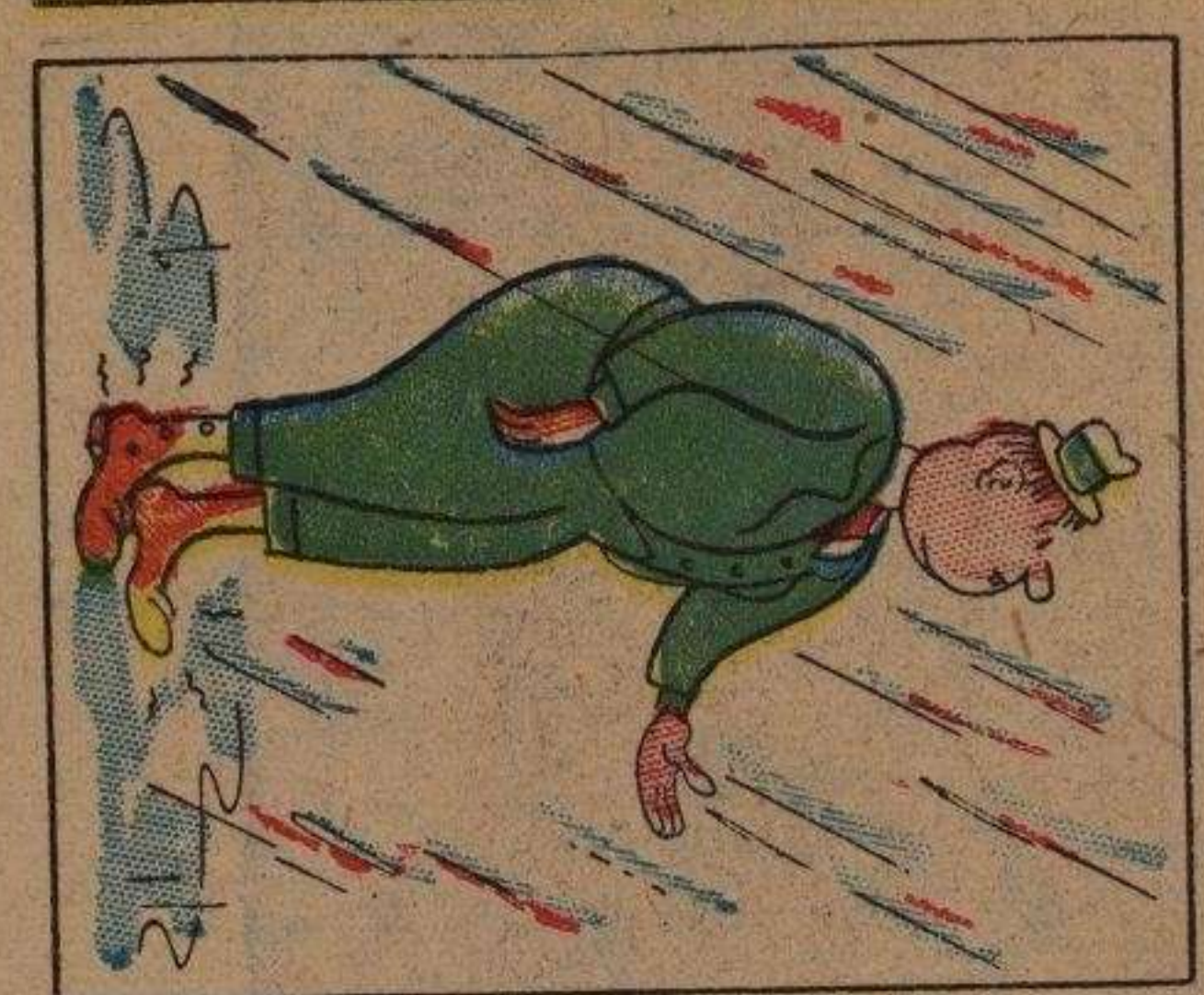
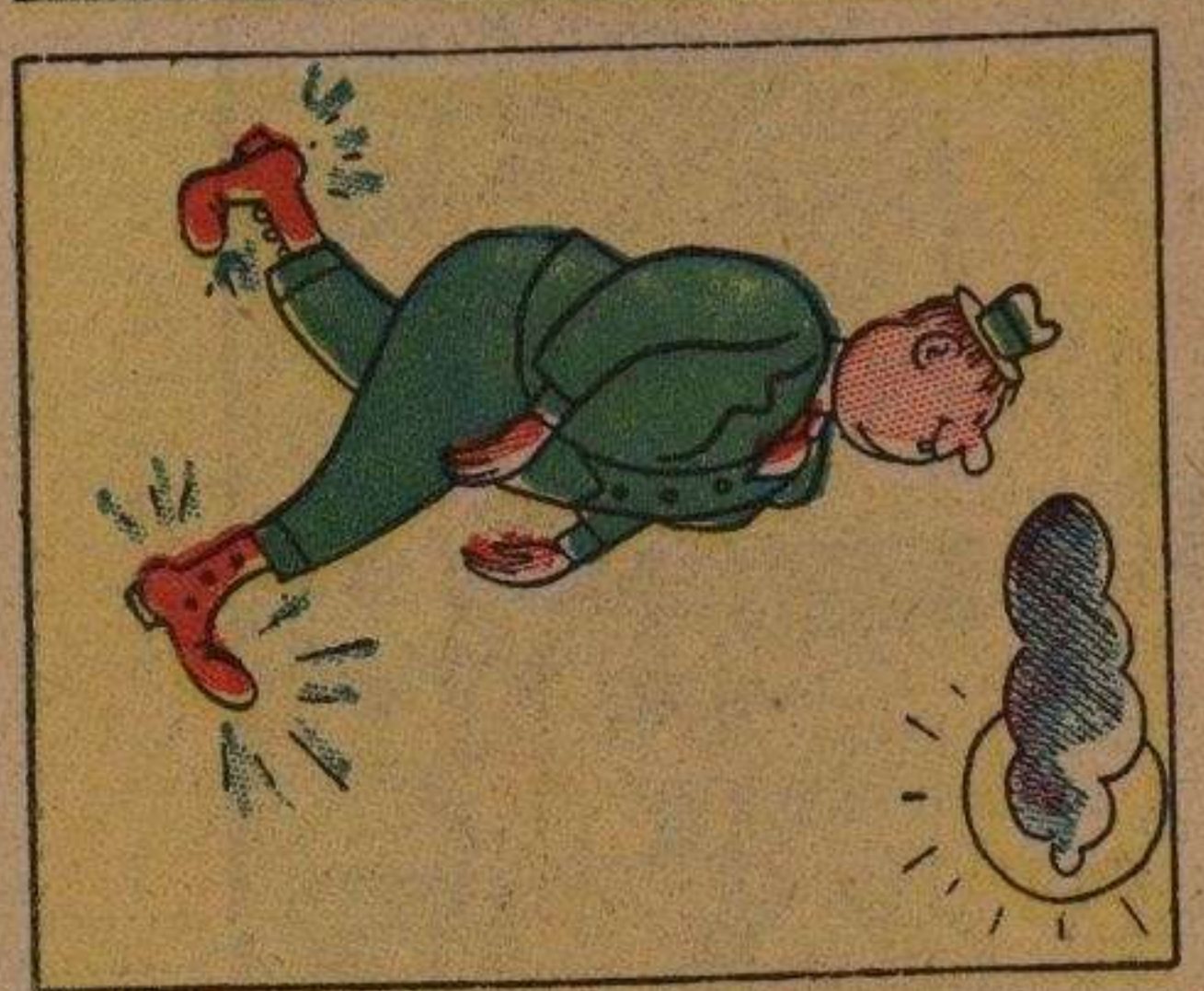
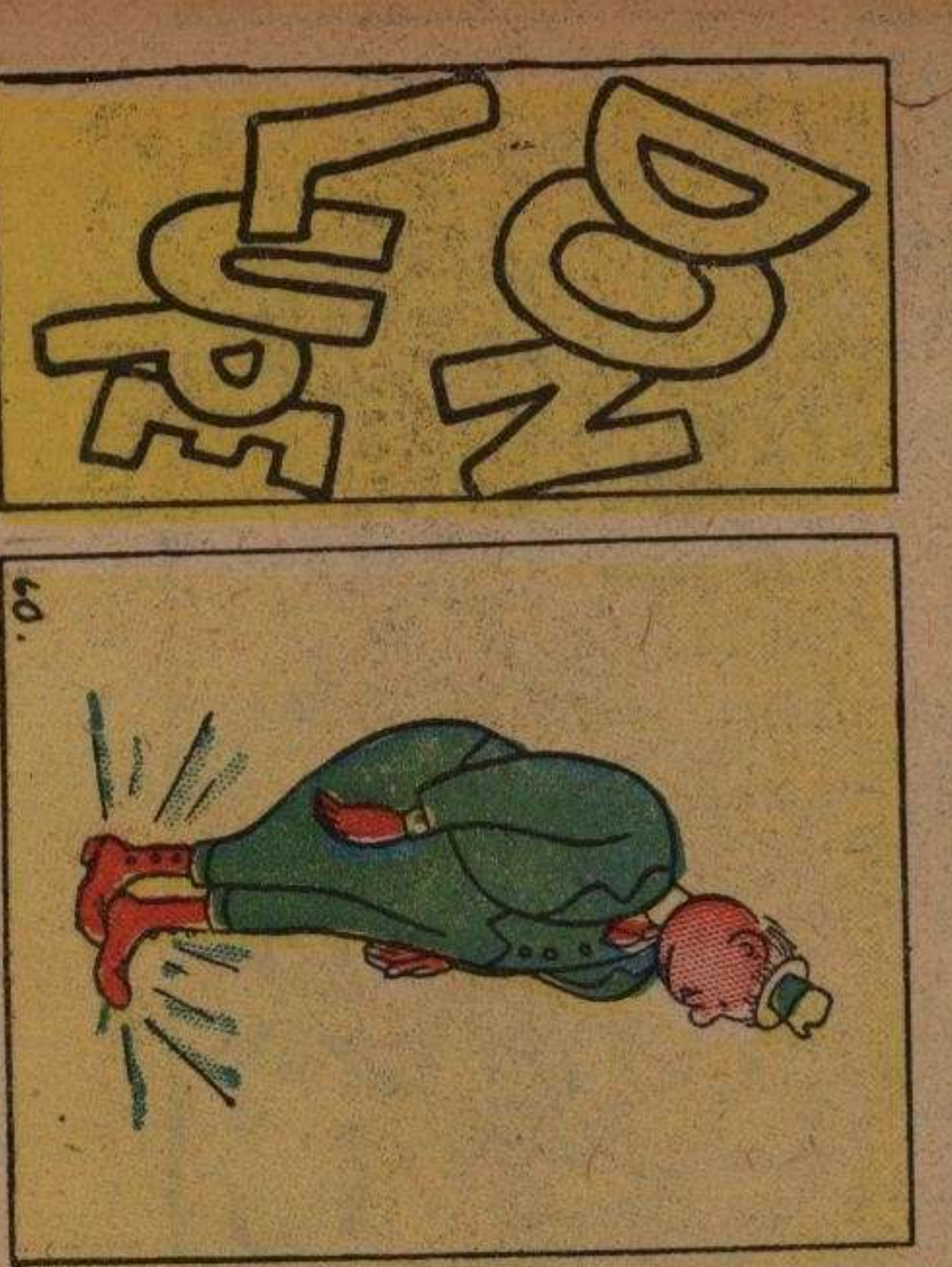
SIÉNTATE, QUE SE ME HA OCURRIDO UNA IDEA. YO PREPARARE LA CENA.



RECONOZCO QUE HAS PREPARADO UNA BUENA CENA.
¡YO HE COMIDO POR TRES!
¡ME ALEGRO MUCHO! AHORA LLAMARÉ LOS VECINOS.



¡PASEN ACÁ, TODOS! VEAN ESTOS PECES DISCADOS.

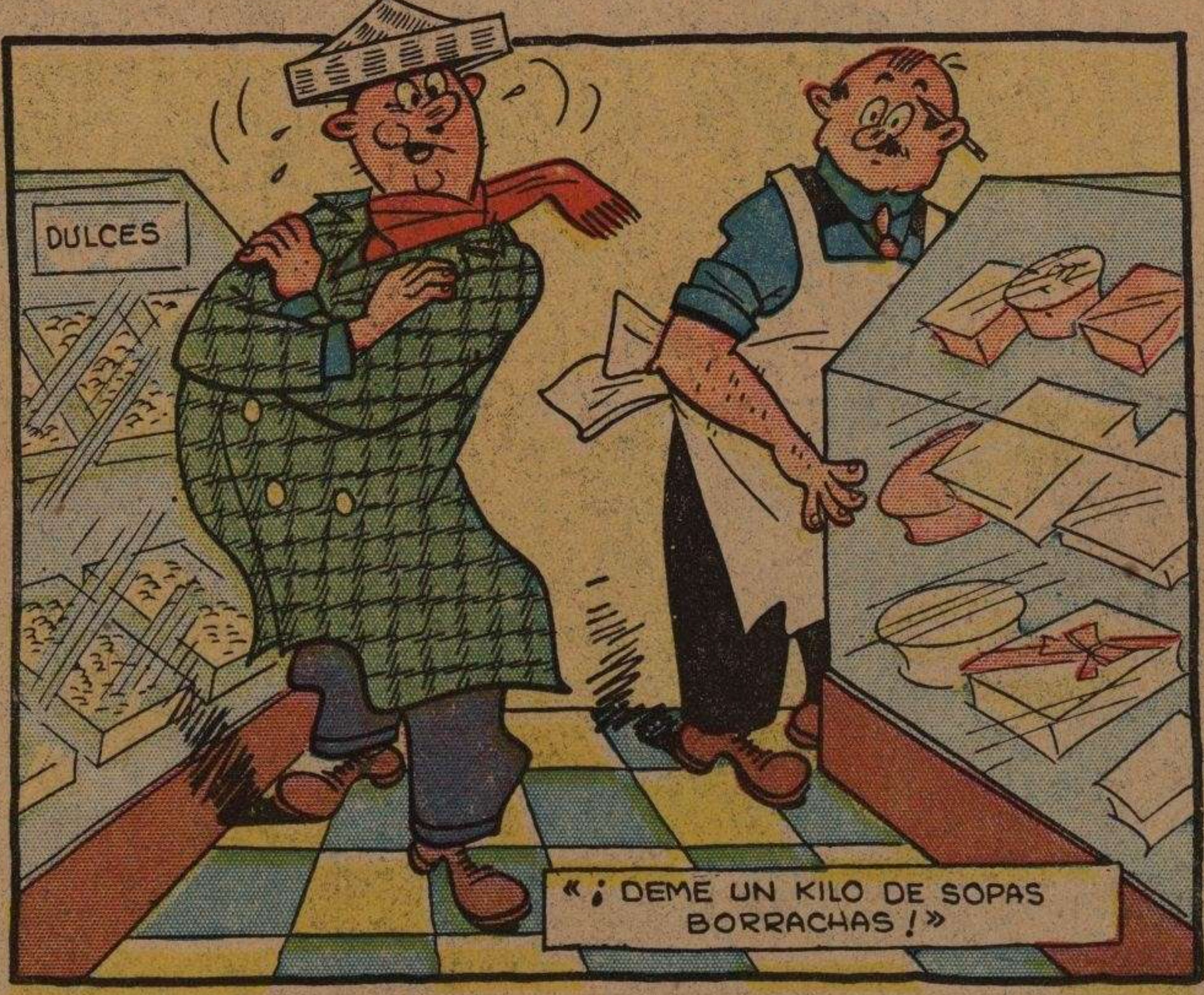


LA VIDA ES ASÍ...

by **FRED NEHER.**



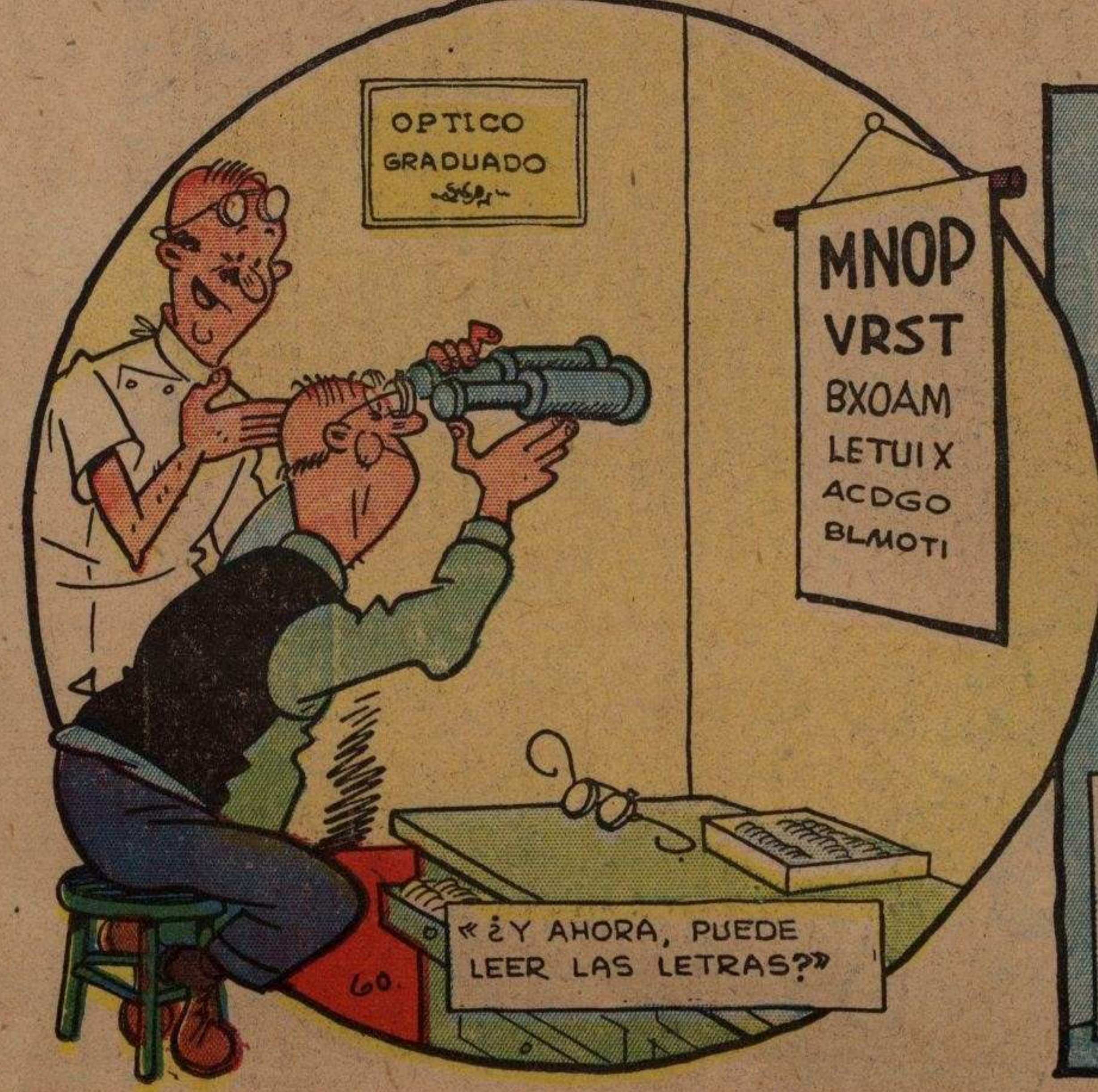
«¡POR DIOS, YA TE HAS CONVERTIDO EN UNA LAVANDERA FANÁTICA!»



«¡DEME UN KILO DE SOPAS BORRACHAS!»



«¡NO TEMAS NADA, QUIERO EXAMINAR LOS NEUMÁTICOS!»



OPTICO GRADUADO

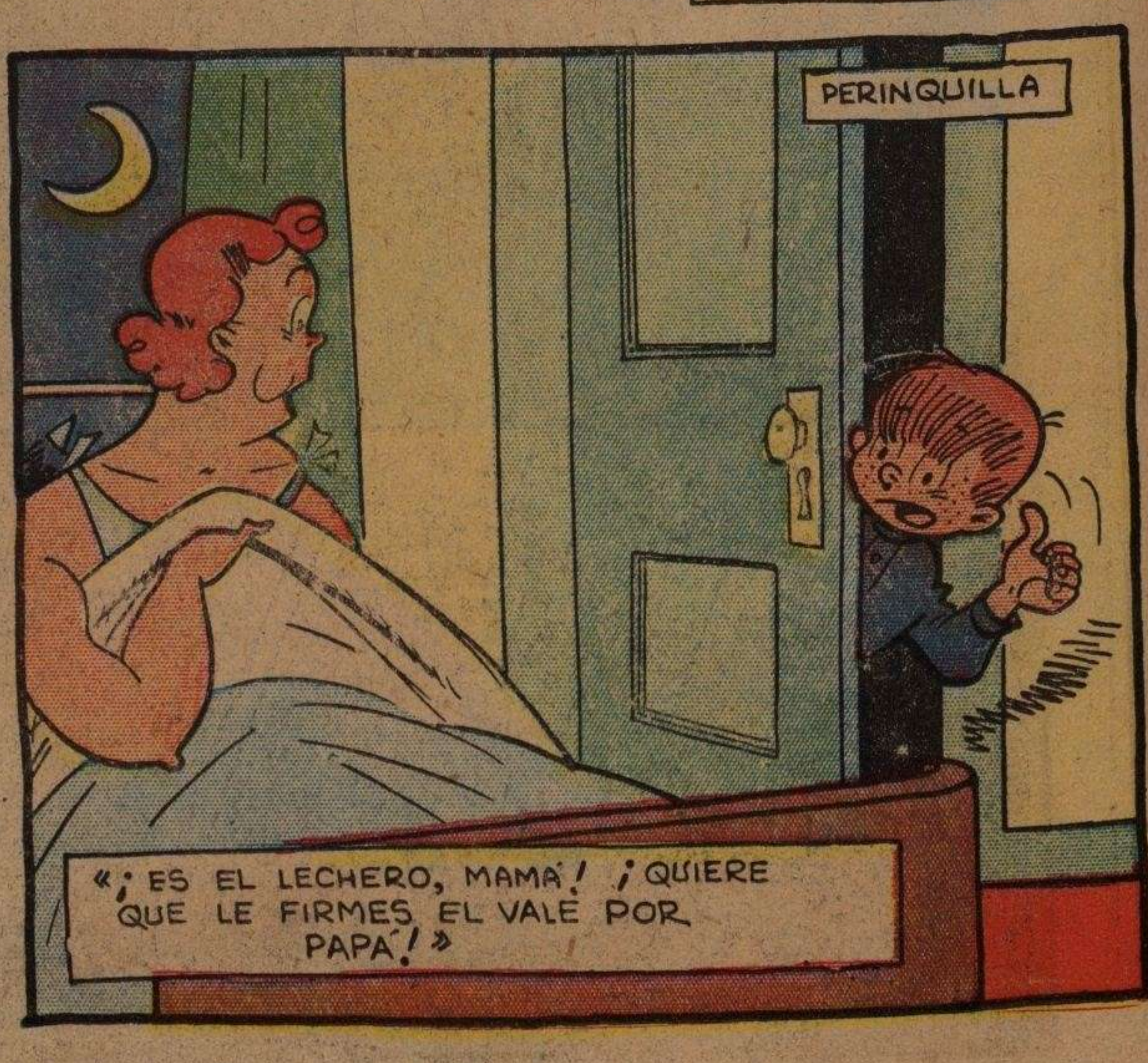
MNOP
VRST
BXOAM
LETUIX
ACDGO
BLMOTI

«¿Y AHORA, PUEDE LEER LAS LETRAS?»



AVISO
ENSAYO
A LAS
2.

«LO DIFÍCIL DE ESTOS CÓMICOS CHISPEANTES ES QUE NO TIENEN BUENAS CONEXIONES CON LOS EMPRESARIOS DE PLATA.»



PERINQUILLA

«¡ES EL LECHERO, MAMÁ! ¡QUIERE QUE LE FIRMES EL VALE POR PAPA!»



El Tashi Lama, lugarteniente del Dalai Lama, que acaba de fallecer, fallecer, dejando al Tíbet sin más poder divino que el que encarna en el cuerpo de un niño

¡HA MUERTO EL Tashi Lama!

portador del título, que resultó ser una persona muy poco apta para tan elevado cargo, pues se pasaba todo el tiempo escribiendo versos frívolos. Fuera que el sistema fracasó o que los lamas se equivocaron al elegir al infante, la cuestión es que debía hacerse algo para evitar futuros errores de esa naturaleza.

TASHI LAMA

Así, en el siglo XVII, se constituyó al Tashi Lama en lugarteniente del Dalai Lama. Oficialmente el Dalai gobernaba en Lhasa, mientras el Tashi mandaba tan sólo en la provincia. Sin embargo, en la práctica resultaban ser rivales con harta frecuencia. La idea era que el Tashi Lama eligiese al futuro Dalai Lama de entre los niños recién nacidos del país y que lo gobernase hasta encargarse de dirigir los destinos de la nación. Cuando el Tashi Lama dejaba de existir, el Dalai Lama decidía en qué infante se había introducido el espíritu de aquél.

A fines del siglo pasado, los ingleses, temiendo que aumentara demasiado la influencia de los rusos en el Tíbet, enviaron una fuerza armada a Lhasa, y el Dalai Lama huyó a Mongolia. Seis años después los chinos se vengaron enviando a su vez una expedición a Lhasa. Esta vez el Dalai Lama huyó a la India.

Los chinos aprovecharon la ausencia del Dalai para proclamar al Tashi Lama suprema autoridad del Tíbet. Hubo abierta rivalidad entre los lamas tibetanos, la que terminó en una victoria absoluta del Dalai Lama, apoyado por los ingleses, cuyos intereses defendía. El Tashi Lama huyó a la China y aún después de la muerte del último Dalai Lama, ocurrida con el levantamiento del Japón y una colaboración más íntima entre la China

HA muerto el Tashi Lama. En circunstancias normales esta noticia hubiera interesado, porque ese misterioso e inaccesible país que se ha dado en llamar el Techo del Mundo, siempre tienen cosas que despiertan la curiosidad de los hombres.

Hoy que el Lejano Oriente se encuentra en un estado de transición, en que el Asia es escenario de sucesos de largo alcance, el fallecimiento del jefe del budismo adquiere una importancia nueva y vital.

El Tíbet está sin mandatario. Sus dos jefes espirituales han dejado de existir. El sucesor del Dalai Lama, el mandatario de un país cuyo punto más bajo se encuentra a 4.900 metros sobre el nivel del mar, es todavía un niño. Ahora el Tashi Lama, que debía gobernar hasta que el infante Dalai Lama tuviese edad suficiente como para hacerse cargo del mando, también ha muerto. Antes de que pueda hallarse un sucesor para el Tashi Lama, es decir, hasta que el Dalai Lama pueda decidir a qué niño se ha pasado el espíritu del Tashi Lama, deberán transcurrir dos décadas. Hasta ese entonces los innumerables monasterios del Tíbet y sus dos millones de habitantes no tendrán quién los gobierne.

Ya hace ciento cincuenta años obraban las influencias de Gran Bretaña, China y Rusia para ganarse la amistad del Tíbet, pues este país es de una importancia estratégica considerable para el Asia. No hay duda que tarde o temprano las fuerzas pujantes japonesas tratarán de adueñarse del Tíbet, pues el motivo es idéntico y se presta para producir—como se produjo—la invasión de la Manchuria y de Mongolia; la influencia de los rojos. Pero el Tíbet tiene una diferencia, que reside en que ese montañoso imperio religioso está pegado a la India Británica y la Gran Bretaña ya ha dado a entender que no tolerará ninguna dominación extranjera en el Tíbet. Aun hallándose detrás de la formidable barrera que son los Himalaya, siempre puede servir como acceso a la India.

LA TENSION ASIÁTICA
Lo menos que puede decirse ahora con motivo de la muerte del Tashi Lama, ocurrida tan poco tiempo después de desaparecer el Dalai Lama, es que tal desaparición no ha servido precisamente para aliviar la tensión existente en el Asia.

El gobierno religioso del Tíbet se inició en el siglo XIV, cuando el montañoso imperio del oriente, con un glorioso y legendario pasado a sus espaldas, estaba decayendo rápidamente debido a las rivalidades y a la corrupción interna. Presentóse entonces un gran reformador, quien fundó el poderío de los lamas y aseguró su destino para los siglos venideros.

Los monjes budistas que vivían en los



La aldea tibetana Lamaitua. En primer término pueden apreciarse los antiguos templos budistas

monasterios tibetanos antes del levantamiento del «hombre fuerte», Tsong-Ka-Pa, habíanse vuelto tan mundanos y moralmente flojos en el siglo XIV, que ya no servían para dirigir al pueblo.

Tsong-Ka-Pa subió al poder, e hizo una limpieza entre las sectas que usaban sombrero rojo, sustituyéndolas por las suyas propias, de sombrero amarillo, que eran tan estrictamente puritanas como habían sido de inmorales las otras.

Tsong-Ka-Pa fundó los dos grandes monasterios sobre las montañas Ganda y Se-ra, que hasta el día de hoy siguen siendo los centros del poder espiritual y político del Tíbet.

LA SUCESION
Hasta los grandes hombres deben morir, pero Tsong-Ka-Pa podía reinar su poder a un digno sucesor, su propio sobrino. La muerte de este último hubiera representado otro momento grave para el

Tíbet si los lamas—que son los hermanos de los monasterios tibetanos—no hubiesen resuelto el problema de la sucesión. Descubrieron que el espíritu de su jefe, de acuerdo con las leyes budistas, pasaba y volvía a vivir en la persona de un niño recién nacido. Su creencia y su fe fué recompensada, porque el infante, cuando se hizo hombre, demostró ser tan capaz como sus predecesores. Fué el primero que llevó el título que todavía se asigna al mandatario del Tíbet: Dalai Lama Vajrab Hara, o sea, El Todopoderoso Lama, Rey del Trueno.

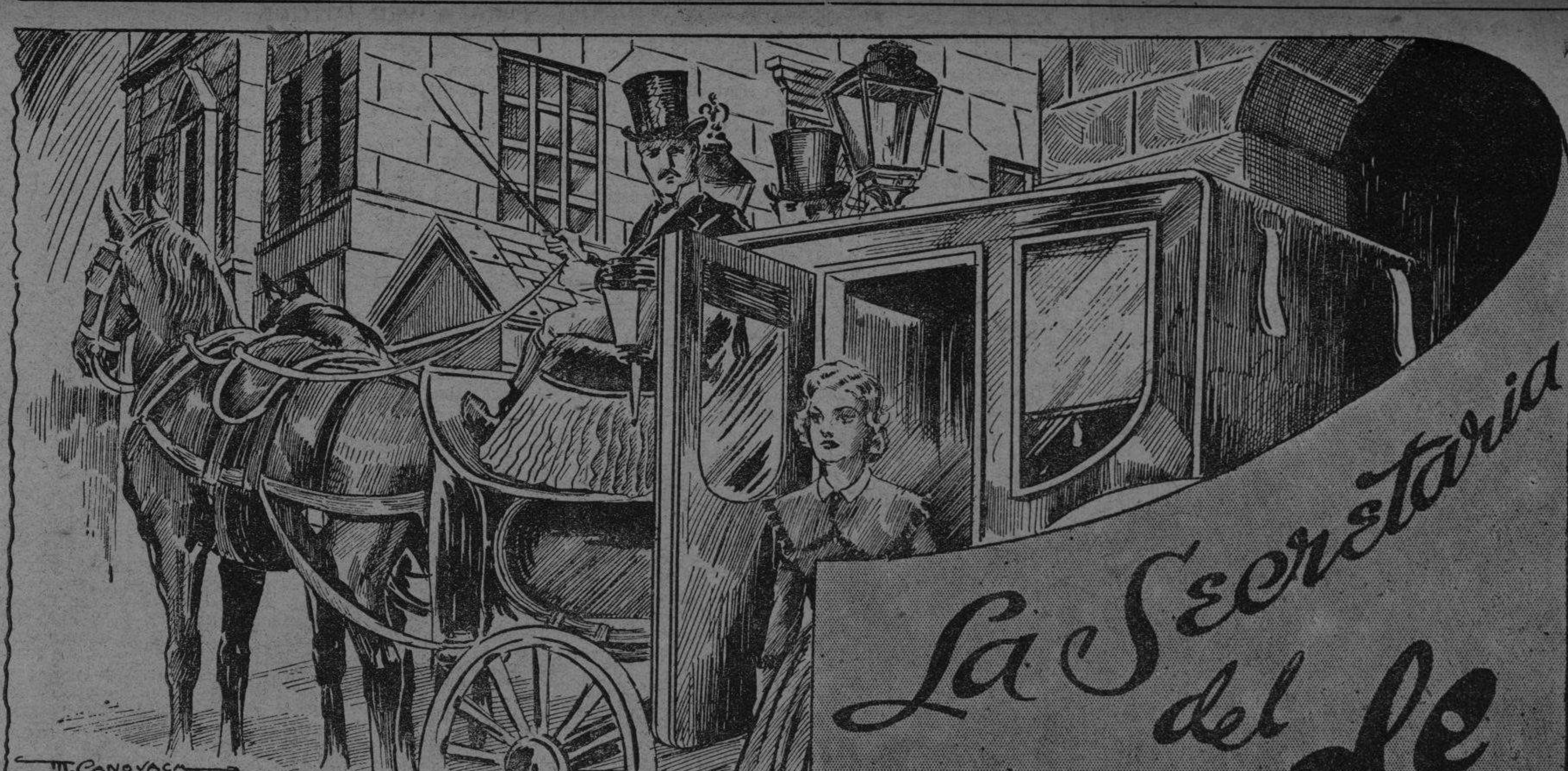
La tradición del traspaso del espíritu se convirtió en el método de la sucesión. El país floreció bajo su gobierno y el quinto Dalai Lama, conocido por el Gran Quinto, extendió la esfera de su influencia a Mongolia y Manchuria.

Que el sistema de la sucesión no era del todo infalible lo demuestra el sexto



Guya, el Buda viviente, de ocho años de edad, de cuya sonrisa esperan la paz miles y miles de fieles

en 1938, no pudo retornar al Tíbet, e Inglaterra para hacer frente a la nueva amenaza, el Tashi Lama pudo al fin tener esperanzas de volver a su patria. Hace pocos meses cumplió su misión de designar al sucesor del Dalai Lama, y lo hizo de una manera sumamente curiosa. Soñó con él, y entonces envió desde el destierro un mensaje a los lamas del Tíbet describiendo al niño, junto con los detalles de dónde se le podría hallar. Efectivamente, los lamas encontraron un pequeñuelo de dos años en los campos. Ceremoniosamente se le declaró el nuevo Dalai Lama, mandatario del Tíbet. Se creyó que el Tashi Lama volvería al Tíbet para gobernar el país hasta que el muchachito tuviese la edad suficiente, pero falleció inesperadamente a la edad de 55 años. Ahora el futuro del Tíbet, una isla independiente en un mar de movimientos políticos que confunden al mundo, es menos seguro que nunca.



PRIMERA PARTE.—Francia

—Tiberio, no estoy en casa para nadie. ¿Le entiende usted bien?
—Sí, señor doctor.
—Hace ya cincuenta y cinco minutos que terminó la hora de consulta.
—Como continúa usted haciendo pasar a los clientes, me veo obligado a decirle por cuarta y última vez que no estoy en casa para nadie.
Las anteriores palabras, acentuadas energicamente y acompañadas de un fruncimiento de cejas casi olímpico, nubieron desconcertado a cualquier otro que no fuese Tiberio; pero Tiberio conocía a su señor, y sabía, por consiguiente, que su señor era incapaz de cerrar su puerta a los que acuden a llamar a ella en busca de remedio para sus sufrimientos.

—Buenos, señor — murmuró Tiberio polizándose una oreja y aparentando timidez que no sentía—; no es gana de hablar por hablar, pero no sé cómo arreglarle para cumplir. Si me permitiese despedir a un cliente, aun cuando fuese obedeciendo a las órdenes del señor, me ganaría un buen «jabón».

El doctor se encogió de hombros, sonriendo a medias, lo cual significaba que su arranque de severidad había ya pasado.

Dejó caer el cortinón que separaba su gabinete de consulta de la estancia en la cual se hallaba el digno Tiberio; pero seguidamente levantó el tapiz y dijo:

—Encárguele a Verdier que enganche cuanto antes.
—Bueno—exclamó entre dientes el criado—, quedo anotando a la señora Vizcondesa de Ormans, calle Nueva de los Marineros, 54. A esta señora le gusta que la cuiden y no le duele pagar visitas inútiles. Señor — dijo en voz alta, volviendo sobre sus pasos, después de haber ejecutado una salida en falso—, creo que el señor hará bien en no prepararse para marchar inmediatamente. Hay una persona esperando... Digo una y hay dos...

El doctor hizo un gesto displicente.
—Son dos, pero en realidad es una sola consulta, porque la mayor, que acompaña a la más pequeña... es decir, la más pequeña que no puede andar.
En fin, creo ciertamente que no se trata más que de una enferma.

—¿Qué gaitmatías es ese? ¿Quieres hablarme claro?—exclamó el doctor impacientísimo, tuteando a su antiguo criado el cual era indicio de que—. Ve a buscar a la mayor, a la pequeña, a la mediana, si es que también hay mediana, pero, por amor de Dios arreglátele de manera que pueda yo despachar pronto; tengo mucha prisa...

Media hora después aún continuaba el doctor en su gabinete, ante la «mayor» y la «pequeña», y de fijo que el que hubiese visto entonces la expresión de benevolencia y de profundo interés que reflejaba su rostro, no hubiera podido sospechar que aquel hombre era el mismo que con gran impaciencia había significa-

do a Tiberio el deseo de dar por terminadas las consultas.

—Repito a usted, hijita — decía el doctor, con paternal acento—, que la curaremos con el auxilio de Dios y de los cuidados inteligentes de usted. Aire puro habitación espaciosa y alta de techo, sol, luz, distracciones y paseos en carruajes, es el tratamiento que le señalo. Agréguese a ello vino añejo jugos de carne, gelatinas y, cuando llegue la época, frutas refrescantes.

Aquella niña era la enferma, muy enferma, desgraciadamente. Y era necesario que el doctor tuviese gran fe en su ciencia para hablar de curación ante aquel cuerpo enflaquecido, ante aquel rostro donde el sufrimiento había impreso honda huella.

—¿Por qué sufro tanto?—parecía que preguntaba la niña, fijando la mirada en el semblante del célebre médico.

—Si querida pequeñuela—murmuró el doctor, acariciando la frente despejada y los oscuros cabellos de la enfermita—, confío en que dentro de algunos meses, subirás sola mi escalera. De aquí a entonces, yo iré a visitarte. Tu hermanita hará el favor de darme vuestras señas. Ante todo, ¿cómo se llaman ustedes?

—Me llamo Estefanía — contestó la pequeñuela—, y mi hermana, mi amadísima hermana, se llama Blanca.

—Los dos nombres son muy lindos—dijo el doctor, sonriendo—; pero estos dos nombres son insuficientes. París es muy grande, y aun cuando yo me dedico a preguntar a todo el mundo por las señoritas Estefanía y Blanca, no lograría encontrarlas.

—¡Ah! Sí, ¡París es muy grande!—repitió la niña con gesto de cansancio—. Creí que nunca íbamos a llegar a casa de usted y pensaba que Blanca estaría muy fatigada de llevarme en brazos.
—¿En brazos?—exclamó el doctor.
—Sí, señor, desde el ómnibus.

—Pero es una imprudencia grandísima la que comete tu juiciosa hermana, y el uso de mi autoridad como médico, le prohibo que vuelva a proceder de ese modo.
El doctor procuraba expresarse en tono de broma; pero su fisonomía dejaba ver emoción tan sincera, que Blanca se ruborizó intensamente.

Sentíase como envuelta por aquella mirada penetrante, habituada desde larga fecha a adivinar así los sufrimientos del alma como los del cuerpo.

Acaso iba a descubrir el misterio en que la muchacha trataba de ocultar su horrible desamparo.
Cuando recomendó la vida al aire libre y en habitaciones amplias y ventiladas, ¿entrevió, merced a la potencia de adivinación que ya le atribuía la muchacha, la mezquina vivienda donde las dos niñas de los vizcondes de Pontmore vegetaban desde que llegaron a París?

Ciertamente no era el orgullo lo que sufría la huérfana. Llevaba ya mucho tiempo acostumbrada a las luchas cotidianas con la pobreza; pero la pobreza noble y altiva de la tierra natal en nada se asemejaba a la miseria parisien-

se. Allí, aun cuando el dinero cada vez fuese más escaso, había siempre sol, flores y visillos blancos en las ventanas;

La Secretaria del Conde pop MARIA MARECHAL

acuí en la «fonda» donde se vió obligada a hospedarse, aguardando la postinidad de una instalación definitiva que fuese más cómoda al par que menos costosa, lo que estaba tasado, así el aire como la luz.

Usa escalera oscura y angosta, de pedáneos desiguales, conducía al final de cinco pisos, muy penosos para la subida, a un cuartito frío y mal amueblado, en el cual la vista sentía la molestia de un conjunto de objetos vulgares, presuntuosos y sordidos.

En la chimenea, dos ramilletes de flores artificiales, estropeadísimos por el humo y por el polvo, daban guardia a un péndulo de cinc dorado, que hacía ya muchos años que no marcaba la hora.

Ante el hogar sin fuego, una alfombra destrozada mostraba sus flores pisoteadas por los huéspedes de paso que se sucedían en el número cuarenta y uno.

Visillos agujereados colgaban en la estrecha ventana; y en la butaca y en la única silla—con forros de damasco, que antaño fué rojo—, como en el cubrepies de la no mullida cama, abundantes manchas de grasa y de polvo daban testimonio de la negligencia y de la santidad de los dueños de la casa.

Blanca experimentó angustia y repugnancia al entrar en aquella habitación, donde se respiraba olor nauseabundo.
—¡Ay, pobre Estefanía! — exclamó Blanca, besando a la niña, para lo cual se dispuso a arreglar la camita dándose ella por satisfecha con un colchón extendido en el suelo.— ¡Cuánto vas a echar de menos nuestro jardincito y el espléndido panorama que se disfrutaba desde nuestro balcón!

—Hermanita—respondió la pequeñuela dejando ver en sus hermosos ojos nieblas de lágrimas—, estando a tu lado nada puedo echar de menos. Además—añadió en voz baja—, ¿no tenemos aquí como allí al mismo Padre Todopoderoso e infinitamente bueno, a quien tú me has enseñado a rezar y a amar?
Al terminar las anteriores palabras la

niña pasó la vista por las paredes, como buscando la imagen del Protector celestial al cual acababa de evocar.

—No me explicó—decía el doctor—cómo ha podido decirse usted a abandonar el risueño valle de Campan, ese paraíso terrenal del Mediodía de Francia.

—Me aseguraron—contestó la señorita de Pontmore—que únicamente usted podía salvar a mi hermana; enonces vendí nuestra casita con su jardín y nuestros muebles, y me vine a París.

Lo que no decía la pobre Blanca es que la modesta suma producida por estas ventas modestísimas, después de sufragar los gastos de viaje, le conservaba cuidadosamente, casi intacta en una cartera para atender a los desembolsos que ocasionasen el tratamiento y las visitas del médico.

Para subsistir contaba con que en París no había de faltarle ocupación en que emplear sus diversas aptitudes. Desgraciadamente, es infinito el número de muchachas y de muchachos que, forjándose ilusiones de ese género—ilusiones que muy pronto se truecan en desencantos—, abandonan la nativa tierra, en la cual aun reina la edad de oro, para acudir alucinados y presurosos a la gran colmena parisiense.

Blanca no sentía ambición. Sólo deseaba «vegetar» en París algunos meses o algunos años, el tiempo necesario para la curación de su hermana con tal de que la enfermita no sufriese privaciones de ningún género.

Bastaba verlas en aquel momento para convencerse de que la mayor había comenzado a realizar su programa.

Mientras que el traje de Blanca casi rayaba en los límites de la pobreza, el de Estefanía no dejaba nada que desear.

Era, pues, excusable que el doctor no hubiese comprendido desde el principio hasta qué punto el costoso tratamiento que prescribió había aterrado a su nueva cliente.

Casi en seguida se dió cuenta de ello. Y bien claro se transparentaba en sus miradas, en sus preguntas y hasta en la repentina suavidad de su voz.

Era un hombre raro el doctor Roland. Su corazón habíase fortificado, pero no endurecido, en el prolongado estudio de las miserias humanas.

EL CREPUSCULO DE LOS PRINCIPES DE LA INDIA

Los príncipes de la India esperaron con verdadero júbilo la coronación del rey Jorge VI, en la que con sus joyas y séquios constituyeron uno de los espectáculos más impresionantes de las ceremonias, tanto en la India como en Inglaterra, al ser testimonio de la tradicional lealtad a la Corona. «El imán que los mantiene unidos».

Por otra parte, el Congreso Nacional de la India, que representa a la India Nueva, resolvió declarar el «boycott» a



Por AMP SINGH

El «tren de viaje» de un Maharajah, a la antigua usanza, es una fiesta de color dentro de la más pura tradición india. En su bárbaro esplendor, este «tren» del Maharajah de Burdar recuerda aún los buenos tiempos de los grandes señores de la India

indio, y como tal han existido desde entonces; pero apenas estableció Inglaterra la supremacía comenzó a abrir brechas en los derechos de soberanía de los príncipes. Los príncipes han accedido, aunque de mala gana, a estas intromisiones, porque les aseguraban la inmunidad contra revoluciones internas y agresiones exteriores.

La política inglesa, después de la Guerra, ha consistido en reconocer de nuevo las soberanías y alentar decididamente la cooperación entre ellas. El peligro del nacionalismo hace más estrecha la relación entre los aliados. Además, para el nuevo sistema federal, esencialmente se necesita que haya cierta unión entre los príncipes. Estos antecedentes históricos hacen pensar que las exigencias de las circunstancias que se presenten determinarán la futura política inglesa hacia los príncipes.

LA NUEVA CONSTITUCION

Entretanto, la nueva Constitución presenta a los príncipes un camino para salir de su actual situación anómala: establecer una legislación con dos Cámaras. En la Cámara Alta, los príncipes tendrán 104 representantes sobre un total de 260; en la Baja 125, sobre un total de 357 miembros. Los representantes de la India Inglesa en la Cámara Alta serán elegidos directamente por el pueblo; los de la Cámara Baja, nombrados por asambleas populares, en las diversas provincias. Los príncipes nombrarán personalmente a sus representantes. La distribución de curules destinadas a los príncipes en la Cámara Alta se hará de acuerdo con el rango del gobernante, y en la Cámara Baja de acuerdo con la población de los Estados. El nuevo Gobierno Federal sólo podrá ejercer, en representación de los príncipes, los poderes que éstos deleguen en él específicamente. El ingreso a la Federación queda a voluntad de cada príncipe.

Según el Canciller de los príncipes, la nueva Constitución les da una oportunidad para consolidar su poder, en cooperación con los intereses en la India Británica. El cauto Maharajá de Panaja teme que el federalismo reduzca a la larga a los príncipes indios, a jefes constitucionales de sus reinos y que la influencia de los nacionalistas de izquierda destruya la devoción que los súbditos muestran por sus gobernantes. El Maharajá de Bikani ha dicho que si no

señal no hubiera reunido para pagar a usted una sola de sus visitas. Asistió usted a nuestro nieto como si fuese el hijo de un príncipe; lo curó usted, cuando todos los médicos lo habían declarado incurable, y no ha querido usted aceptar de nosotros más que nuestras plegarias y nuestra gratitud. Inútilmente trató el doctor de interrumpir el discurso de la comadre Sapin.

—No, no—continuó ésta, cada vez más conmovida—; no conseguirá usted taparme la boca. Más fácil sería lograr que el río dejase de correr. Cuando todos los domingos viene Arenio a pasar el día con nosotros, y cuando lo veo tan fuerte, tan robusto, tan guapo mozo y tan buen obrero, exclamo: «He aquí la obra del señor doctor. Sin él, este querido muchacho estaría enterrado hace diez y ocho años, y nosotros no tendríamos quien nos sirviera ahora de consuero en la vejez».

—¿Qué quiere usted de nosotros, señor doctor? ¿Quiere usted que nos dejemos desquartzar? Pues lo haremos con gusto. No pido tanto. Dece y agradecere muchísimo que me proporcionen ustedes dos habitaciones bien ventiladas, con orientación al Mediodía; pero ante todo hay que averiguar qué alquiler pedirá el propietario. Dicen que es un hombre muy original.

—¡Muchísimo! Prueba de ello es que está dejando que se desmorone esta casa, que es un verdadero palacio. Respecto a inquilinos, no quiere inquilinos de pago; salvo las ratas y los ratones, des- de hace cuatro años no creo que haya entrado en el piso alto ser viviente.

—¿Es sólido el edificio? —Admirablemente sólido. Las casas que se constrúan arriba se edificaban para mucho tiempo. Dicen que este edificio lleva cuatrocientos años en pie, y si lo cuidasen aún tendría larga vida. —Todo esto, señor doctor—continuó la comadre Sapin—lo cuento para decir a usted que en el primer piso, en el ala derecha, tengo dos hermosas habitaciones entarimadas y dos gabinetes muy bien conservados. Cuando Sapin encere c el piso, limpie las maderas y los cristales—mejor dicho, cuando los reponga, por que, la verdad, no hay cristal sano en las ventanas—; cuando desholle las chimenas, en las cuales ha hecho nidos multitud de pájaros, los huéspedes que usted me recomienda vivirán aquí como príncipes.

—¡Perfectamente! ¿Están orientadas las habitaciones a Mediodía? —Sí, señor doctor. Y tienen mucha ventilación y mucho sol. El señor doctor sabe, mejor que nadie, que donde no entra el sol entra el médico.

—¿Hay muebles? —La casa está llena de antigüallas, que ahora han vuelto a ponerse de moda. De vez en cuando les limpio el polvo, porque me da pena dejar que se apolillen tantas cosas de valor que año tras año costaron mucho dinero. Hay cortinas de seda, divanes, butacas, sillones, espejos y mesas de todas clases. Los recomendados de usted encontrarán elementos sobrados para amueblar un palacio.

El doctor mostróse satisfechísimo. Sacó tres monedas de oro del bolsillo y trató que la comadre Sapin las aceptase. —Para los cristales que hay que repo-

ner—dijo—y para los arreglos de mayor urgencia. —¡Buena! ¡Los cristales! ¿Pero cree el señor doctor que voy a dejar que entre aquí un vidriero? Sapin sabe hacerlos muy bien. Ha sido soldado, ha estado en campaña y es maestro en muchos oficios. Aquí como un mono, vivo como una ardilla, bueno como el pan blanco, así es Polidoro Sapin, ex sargento del sexto de Dragones. Al hablar así, la comadre Sapin irguió la cabeza con tal altivez, que los lazos grana de la cofia se agitaron, formándole una especie de aureola. —Pero, amiga mía, póngase usted en razón; mis recomendados no son personas ricas, y si bien es cierto que deseo evitarles, sin que lo sospechen, los gastos de instalación, no es menos cierto que no me conformo con que esos gastos por pequeños que sean, pesen sobre usted y sobre su marido. —El ser pobre no es deshonra—contestó la comadre Sapin, elevando los ojos al cielo.—Desde niña he respetado a los que ganan el pan con el sudor de su frente; pero aseguro a usted, señor doctor, que sin el menor desembolso encontraremos aquí cuanto haga falta para reparaciones y arreglos de local o de muebles. Respecto a cristales, hay en la estufa provisión suficiente para arreglar todas las vidrieras de la casa el día en que el propietario lo desee.

IV

Dos horas después el doctor terminaba una conferencia con su esposa, en un gabinete inmediato al comedor.

La conferencia, indudablemente, había sido borrascosa, porque el doctor Roland paseaba de arriba abajo con las manos cruzadas a la espalda, lo cual constituía en él una señal de agitación.

La señora de Roland, frunciendo las cejas y contralidos los labios, mostraba gesto de impaciencia. Su actitud belicosa había ahuyentado ya a la doncella, al criado y a las dos sobrinas del doctor, que sucesivamente se presentaron a anunciar que el almuerzo estaba servido.

Aun cuando tiene delante una labor de tapicería, fácilmente se ve que la señora de Roland no está en condiciones de trabajar en aquel momento; las manos le tiemblan, a pesar de sus esfuerzos por disimularlo.

—La muchacha de que te hablo—dijo el doctor, con exaltación perjudicial para su protegida—me parece sencillamente una criatura modelo.

—Estoy enterada. Ya me lo has dicho diez veces—contestó con acritud la esposa. —Creo que podría venir diariamente a las horas que te fuesen más cómodas, para completar la educación de nues-

tras sobrinas; así te evitarías el cansancio que de seguro te produce el ir y venir acompañándolas a liceos y a clases particulares. —¿Me he quejado alguna vez?—preguntó con aspereza la señora de Roland. —Ciertamente que nunca te has quejado. Pero, volviendo a mi proposición, qué motivo tienes para no aceptar a mi recomendada? —Que no me agradan las perfecciones. El doctor sonrió de buen grado, y sus pupilas relampaguearon con malicia insidiosa. —¡Oh, mi querida esposa!—murmuró—. ¡No te censures de ese modo! No tienes derecho a criticar las perfecciones, cuando tú reúnes muchas. —No sé si soy perfecta, pero sí sé que tengo sentido común, y cuando llegue el momento de elegir institutriz para tus hijas adoptivas, no me dejaré seducir por que la institutriz posea el género de perfecciones de la Venus de Milo. Todos los hombres son iguales; los dos, incluso los más buenos, pierden la cabeza al ver una cara bonita. El doctor reía a carcajadas, desechando prontamente, como de costumbre, su malumori.

—Dí Venus solamente, querida esposa y suprime la indicación de Milo, indicación de procedencia que quita valor al elogio estético de mi protegida.

Y dicho esto, el doctor pasó al comedor, almorzó rápidamente, besó a sus sobrinas, se despidió de su esposa y bajó al patio, en el cual «Esparadraps», ya enganchado, plafaba impaciente.

—¿Dijo el doctor al cochero—, al palacio de Woronzoff. —Vamos—murmuró, arrellenándose en la berlina—, la suerte es áchada. Efectuaré esta tentativa, ya que en las demás he fracasado. Todos me dan esperanzas a largo plazo, que son excusas corteses. Y el tiempo transcurrir y los recursos se van agotando indudablemente, porque a diario leo la zozobra referida en esas pupilas serenas que nada me ocultan. Siempre, cuando luego, veo tras su sonrisa la angustia punzante dispuesta a formular esta temible pregunta:

«¿Aún no me ha encontrado usted ocupación?» —¡Y no la he encontrado, ni la encuentro!—añadió golpeándose la frente.— Por lo menos, no he hallado hasta la fecha ocupación decorosa y aceptable que le permita ganarse el sustento sin dejar de ser la enfermera de su hermana.

Balbuente, titubeando, cual si fuese a lanzarle una injuria en pleno rostro le dijo un día: «Puesto que tiene usted en mi confianza filial, déjeme proceder como procedería un padre hacia una hija». Al oírme, al comprenderme, se ruborizó, palideció, y vi que apartaba de mí los ojos arrasados en llanto. «Todo antes que eso—murmuró con acento desgarrador.— Preferiría huir y permanecer en absoluto a la esperanza. Y, sin embargo—añadió contemplando a su hermanita dormida—, yo sé que Dios acudirá en auxilio nuestro; Dios es el padre de los huérfanos».

Entonces pensé en mis sobrinas y en lo incompleto de su educación. Ofrecerle lecciones era darle trabajo y no limosna. En este punto no había ofensa para su dignidad.

¡Pero qué purgatorio hubiese pasado la pobre niña! Mi mujer, Dios la perdone, con las mejores intenciones del mundo, hace sufrir a cuantos de ella dependen.

Tal vez haya sido una suerte para la señorita de Fontmore la no realización de ese proyecto que formé. El doctor quedóse meditando, sin abrir el periódico que acostumbra a leer en el carruaje. «Esparadraps» se dejó al comienzo de la Avenida de Gabriela, ante uno de los más hermosos palacios de aquel barrio, en el cual abundan las moradas aristocráticas.

Un suizo, con librea color de escarlata corrió presuroso a abrir las dos hojas de la cancela de hierro forjado, artística copia de las rejeras de oro que aun se conservan en las históricas catedrales, de esas cancelas en las cuales la materia rebelde parece como que se flexibilizo

las ceremonias, y colocar banderas negras, no contra el monarca inglés, sino contra el aborrecido yugo que pesa sobre la India. Los partidarios de Gandhi y Nehru quieren destruir al Raj, mientras los príncipes quieren sostenerlo, para sostenerse ellos también. En esto consiste la lucha entre la India nacionalista y la India feudal de los príncipes.

Nunca se habían enfrentado los príncipes con una situación semejante. Están preocupados con el naciente nacionalismo y la repercusión que tengan en los territorios que ellos dominan.

Hay quinientos sesenta y dos gobernantes nativos, en la India. Los príncipes reales son pocos, sin embargo. Gobernán 850.000 millas cuadradas, distribuidas en lo que se llama Estados Nativos para distinguirlas de las provincias de la India Inglesa.

AUTOCRACIAS ABSOLUTAS

La condición y los poderes de que gozan los príncipes varían, aunque tengan algunas características comunes. Son autocratas, con poderes absolutos sobre la vida y la propiedad de sus súbditos. Fijan, cobran y gastan sus propios impuestos. Sus súbditos no son súbditos ingleses. Todos los príncipes juran fidelidad a la Corona, y aceptan, como su premo, al Gobierno Inglés. Los Estados no tienen personalidad internacional.

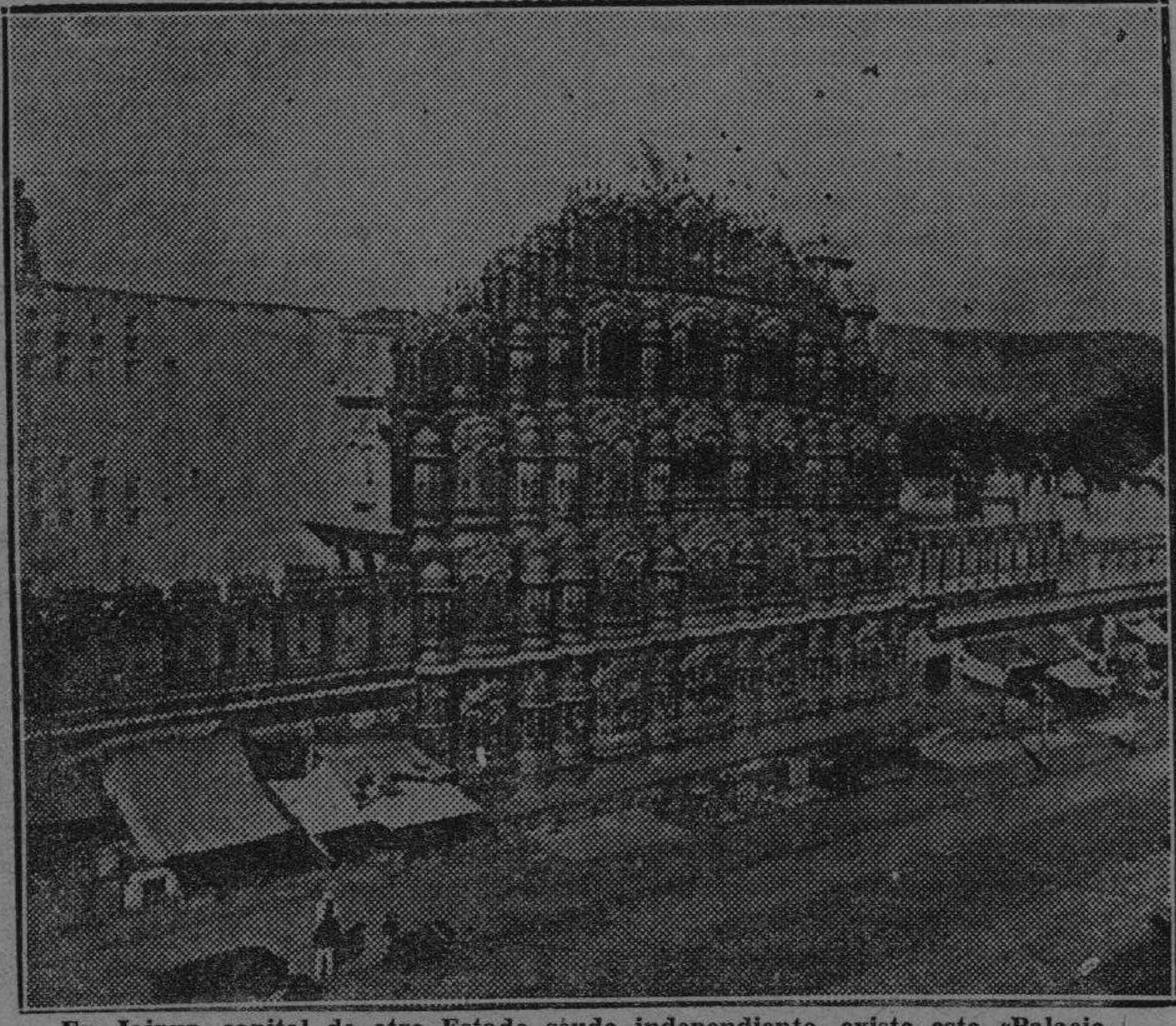
El carácter de sus gobiernos varía mu-

cho. Algunos son muy progresistas y revisores; en sus Estados, la cultura es más elevada y la legislación social y económica, más avanzada que en la India Inglesa. La administración de la mayoría está sin embargo, impregnada de anticuadas nociones feudales. No es fácil distinguir entre las funciones ejecutivas y las judiciales, y tal cosa, en estos Estados produce flagrantes atentados contra la justicia. La línea divisoria entre el presupuesto del príncipe y el presupuesto del pueblo es apenas perceptible. Sólo la sutil preocupación de estos príncipes por la susceptibilidad religiosa de sus súbditos sobrepea a su indiferencia por las necesidades económicas y educativas del mismo pueblo.

Ninguno, hasta hoy, se había preocupado por los cambios que se operaban a su alrededor. Ahora se ven obligados a modernizarse, para reivindicar sus antiguas prerrogativas. Ya no basta hacer arreglos bilaterales, con los ingleses. Hay que tomar en consideración tanto a los nacionalistas como a los súbditos de los príncipes. El destino de éstos depende de la conciliación de aquéllos.

LA PROMESA DE LA REINA VICTORIA

Al recibir la reina Victoria, gracias a Disraeli, el título de Emperatriz de la India, y después de confirmar en conjunto los viejos tratados, expresó a los príncipes como una promesa, en su deseo de perpetuarlos como parte integral del sistema



En Jaipur, capital de otro Estado seudo independiente, existe este «Palacio de los Vientos»



lojo la mano del artista, para permitirle ejecutar su obra maestra de prodigiosa paciencia.

Apedó el doctor. Dió rápidamente la vuelta a la glorieta, plantada de arbutos.

Bastaba ver la solicitud de los lacayos que lo recibieron en la antecámara para adivinar que el doctor no era en aquella casa un visitante cualquiera. Respetuosamente, un criado levantó un magnífico tapiz de los Gobelinos, como sólo suelen verse en palacios de príncipes, y mientras pasaba el doctor, manijose el doméstico en una actitud de deferencia, más oriental que europea.

Media hora después el tapiz se levantó de nuevo, y el doctor apareció con aire al par sonriente y preocupado.

Había atravesado el Rubicón pero aun quedaba por averiguar si aquella por a cual acababa de combatir aceptaría el fruto de la victoria.

Pocos días antes, al manifestar a Blanca el sentimiento que le producía no encontrarle discípulas, la muchacha le dijo tímidamente:

—Mientras levan lecciones, podría dedicarme a copista. Hay en mi misma casa una señora de edad que se pasa todo el día copiando documentos para un abogado célebre. El trabajo no está muy bien pagado, pero a falta de cosa mejor... Ya sabe usted que tengo buena letra—añadió, sonriendo, como para endulzar la amargura de sus últimas palabras.

—Bueno—pensó el doctor—, ya hallé un medio de ayudarle sin que lo sospeche. ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes? Le encargaré que copie para un amigo mío lo primero que encuentre a mano.

Y, ni corto ni perezoso, tomó de la mesa un ejemplar de la Biblia, que por feliz casualidad pertenecía a una edición bastante rara impresa en 1715.

—Mire usted—le dijo, mintiendo piadosamente—, la suerte nos favorece. El R. P. Besnard, ese ilustre sabio, del cual me ha oído usted hablar, necesita una copia de esta edición que está agotada. Haga usted la copia; mi amigo la pagará con espléndidez.

Fue a prestarle copia de esa edición—contestó Blanca—, y tratándose de un amigo de usted, se la regalaría con mucho gusto, si no fuese porque este ejemplar tiene para mí el recuerdo de proceder de mi abuela, que leía en él diariamente.

Pero el doctor se negó a aceptar el préstamo; resuelto a valerse de supercherías generosas, no quiso desistir de su idea, y encontró razones tan convincentes, que inmediatamente después de que se marchó, Blanca dió principio a la copia.

A la mañana siguiente el doctor recogió dos docenas y media de cartillas y se las llevó al palacio de Woronoff. Sabía que el Conde buscaba un amanuense, y quería recomendarle el trabajo de su protegida.

El conde quedó satisfechísimo de aquella muestra de escritura.

—Me agrada por completo—exclamó—. Esto vale infinitamente más que esas copias impecables, pero que se me figuran el resultado de una labor mecánica. Aquí hay claridad, limpieza, precisión, elegancia; acaso se nota cierto carácter femenino, pero también se advierte la inteligencia que ha guiado la manada idea de buscarles vivienda en la vetusta casona, casi abandonada por su dueño. Allí la enfermita encontraría en abundancia lo que tan caro se paga en París: aire, sol, amplitud de espacio amén de la protección afectuosa que el matrimonio Sapin otorgaría a las huérfanas.

Así, pues, el bondadoso doctor llegaba aquella mañana con los bolsillos llenos de noticias. En cuanto a la instalación en la nueva casa, no experimentaba inquietud alguna: Blanca iría con los ojos cerrados donde él dijera que Estefanía iba a hallarse en mejores condiciones para su curación. Pero respecto a la colocación como secretaria del conde, el caso era muy diferente.

El doctor había tenido ya ocasión de apreciar la activa dignidad de aquel carácter valeroso y la gravedad precoz de su inteligencia y se preguntaba si la abnegación fraternal sería capaz de sobreponerse a las suspicacias de la muchacha.

Grande fué, pues, su alegría y hasta su asombro, cuando Blanca, después de haber escuchado atentamente su comunicación y las objeciones que él mismo formuló, por escrúpulos de conciencia, a su propio proyecto, alzó los ojos y le dijo con acento trémulo, aun cuando algo trémulo.

—Si yo hubiera podido elegir, mi excelente amigo, ese cargo hubiese sido el objeto de mi preferencia. Mi ideal consistía en encontrar trabajo que me permitiese estar constantemente, en todo momento, al lado de mi hermana. La breve separación de que me habla usted, será mi mayor sacrificio. Respecto a

aguardarme en vano la visita del médico. Pero nadie lo aguardaba a diario con deseo tan vehemente, con confianza tan profunda y con esperanza tan llena de candor infantil como la pobrecita Estefanía.

Recostada en la cama, que para descansar de día le preparaba Blanca, er guía a cada minuto la cabeza, con objeto de mirar desde la ventana al patio de la misera fonda.

Al día siguiente, al ver a la luz del sol el aspecto sórdido de su nueva morada, su primer impulso fué marcharse. Pero reflexionó y se contuvo. Era necesario evitar cualquier fatiga, por pequeña que fuera; a Estefanía, Valia más tener paciencia y aguardar hasta el momento de proceder a una instalación definitiva, que dependería del trabajo que Blanca confiaba en encontrar de un día a otro.

Pero el tiempo iba transcurriendo sin



le demás—estoy yo enferma, mirando a Blanca con ternura apasionada, no tendrás que llevarme en brazos, como hasta ahora. ¡Ay! Bien sabe Dios que he deseado ser más delgada aún de lo que soy para que la carga te pesase menos.

—No digas disparates, Estefanía que ridísima. ¿Qué hablas de carga? ¿Desde cuándo pesa un tesoro de cariño?

Todo el resto del día, mientras se dedicaba afanosamente a copiar la Biblia Blanca sentía que del corazón le subían a los labios himnos de sincera y profunda gratitud.

—¿Qué inesperado socorro! ¡Qué milagroso maná descendía del Cielo para sustentar a las dos huérfanas! ¡Cuán fácil iba a parecerle la vida, a partir de aquella fecha!

—¿Acaso llegó a perder alguna vez la esperanza?

No, a despecho de preocupaciones, de obstáculos, de angustias y de quebrantamientos.

—Y sobre todo, amadísima hermana

le demás—estoy yo enferma, mirando a Blanca con ternura apasionada, no tendrás que llevarme en brazos, como hasta ahora. ¡Ay! Bien sabe Dios que he deseado ser más delgada aún de lo que soy para que la carga te pesase menos.

—No digas disparates, Estefanía que ridísima. ¿Qué hablas de carga? ¿Desde cuándo pesa un tesoro de cariño?

Todo el resto del día, mientras se dedicaba afanosamente a copiar la Biblia Blanca sentía que del corazón le subían a los labios himnos de sincera y profunda gratitud.

—¿Qué inesperado socorro! ¡Qué milagroso maná descendía del Cielo para sustentar a las dos huérfanas! ¡Cuán fácil iba a parecerle la vida, a partir de aquella fecha!

—¿Acaso llegó a perder alguna vez la esperanza?

No, a despecho de preocupaciones, de obstáculos, de angustias y de quebrantamientos.

—Y sobre todo, amadísima hermana

le demás—estoy yo enferma, mirando a Blanca con ternura apasionada, no tendrás que llevarme en brazos, como hasta ahora. ¡Ay! Bien sabe Dios que he deseado ser más delgada aún de lo que soy para que la carga te pesase menos.

—No digas disparates, Estefanía que ridísima. ¿Qué hablas de carga? ¿Desde cuándo pesa un tesoro de cariño?

Todo el resto del día, mientras se dedicaba afanosamente a copiar la Biblia Blanca sentía que del corazón le subían a los labios himnos de sincera y profunda gratitud.

—¿Qué inesperado socorro! ¡Qué milagroso maná descendía del Cielo para sustentar a las dos huérfanas! ¡Cuán fácil iba a parecerle la vida, a partir de aquella fecha!

—¿Acaso llegó a perder alguna vez la esperanza?

No, a despecho de preocupaciones, de obstáculos, de angustias y de quebrantamientos.

—Y sobre todo, amadísima hermana

le demás—estoy yo enferma, mirando a Blanca con ternura apasionada, no tendrás que llevarme en brazos, como hasta ahora. ¡Ay! Bien sabe Dios que he deseado ser más delgada aún de lo que soy para que la carga te pesase menos.

—No digas disparates, Estefanía que ridísima. ¿Qué hablas de carga? ¿Desde cuándo pesa un tesoro de cariño?

Todo el resto del día, mientras se dedicaba afanosamente a copiar la Biblia Blanca sentía que del corazón le subían a los labios himnos de sincera y profunda gratitud.

—¿Qué inesperado socorro! ¡Qué milagroso maná descendía del Cielo para sustentar a las dos huérfanas! ¡Cuán fácil iba a parecerle la vida, a partir de aquella fecha!

—¿Acaso llegó a perder alguna vez la esperanza?

No, a despecho de preocupaciones, de obstáculos, de angustias y de quebrantamientos.

—Y sobre todo, amadísima hermana

le demás—estoy yo enferma, mirando a Blanca con ternura apasionada, no tendrás que llevarme en brazos, como hasta ahora. ¡Ay! Bien sabe Dios que he deseado ser más delgada aún de lo que soy para que la carga te pesase menos.

—No digas disparates, Estefanía que ridísima. ¿Qué hablas de carga? ¿Desde cuándo pesa un tesoro de cariño?

Todo el resto del día, mientras se dedicaba afanosamente a copiar la Biblia Blanca sentía que del corazón le subían a los labios himnos de sincera y profunda gratitud.

—¿Qué inesperado socorro! ¡Qué milagroso maná descendía del Cielo para sustentar a las dos huérfanas! ¡Cuán fácil iba a parecerle la vida, a partir de aquella fecha!

—¿Acaso llegó a perder alguna vez la esperanza?

No, a despecho de preocupaciones, de obstáculos, de angustias y de quebrantamientos.

—Y sobre todo, amadísima hermana

le demás—estoy yo enferma, mirando a Blanca con ternura apasionada, no tendrás que llevarme en brazos, como hasta ahora. ¡Ay! Bien sabe Dios que he deseado ser más delgada aún de lo que soy para que la carga te pesase menos.

—No digas disparates, Estefanía que ridísima. ¿Qué hablas de carga? ¿Desde cuándo pesa un tesoro de cariño?

Todo el resto del día, mientras se dedicaba afanosamente a copiar la Biblia Blanca sentía que del corazón le subían a los labios himnos de sincera y profunda gratitud.

—¿Qué inesperado socorro! ¡Qué milagroso maná descendía del Cielo para sustentar a las dos huérfanas! ¡Cuán fácil iba a parecerle la vida, a partir de aquella fecha!

—¿Acaso llegó a perder alguna vez la esperanza?

No, a despecho de preocupaciones, de obstáculos, de angustias y de quebrantamientos.

—Y sobre todo, amadísima hermana

Viejas postales descoloridas



UN TEMA QUE PODRIA PERTENECER A LA CLASICA LITERATURA PICAESCA, CON ESCENARIO HABANERO, DONDE FEDERICO VILLOCH HACE GALA DE SUS PROFUNDOS CONOCIMIENTOS DEL ANECDOTARIO CUBANO, PLENO DE COLORIDO Y HENCHIDO DE ATRACTIVOS.—VENTURITA, MAS QUE UNA INDIVIDUALIDAD, ES UNA EPOCA, ANIMADA EN ESTA CRONICA CON SOBERBIA FUERZA PLASTICA

alegre carácter que le impulsaba a las mayores expansiones, ni con el despreñamiento de su alma, que se conmovía ante las necesidades ajenas, al extremo de vaciar su bolsillo para llenar el de los otros.

—Te firmaré un pagaré—le decían. Y Ventura contestaba: —No hay necesidad, chiquillo. Me lo pagarás cuando quieras.

Pero estos amigos no lo quisieron nunca, y «Venturita» murió en una casa de socorro, mientras tal vez sus favorecidos arrastraban coches y vivían en casas de tres pisos.

A muchos paisanos enfermos les pagó el viaje de vuelta a España.

Más de una vez estuvo al lado de la muerte; pero la vida no le quiso dejar acaso porque nadie había entendido como él la ciencia del vivir. El mundo era suyo. De día, en las calles; de noche, en los portales; cuando hacía frío, en el

huevo de una puerta; cuando hacía calor, en los solares yermos de las afueras. Hoy «Venturita» no podrá ser feliz. Se vería obligado a domiciliarse en alguno de los lujosos faubourgs de indigentes que adornan los alrededores de la ciudad: «Pan con Timba», «Llega y Pona», «La Cueva de los Monos», el reparto de «Las Yaguas», el del «Humo» y otros.

Si repartió el dinero entre sus amigos, fué porque encontró el modo de que no le hiciese falta. A la hora de comer tenía un plato en la cocina de la primer fonda que se hallara al paso; a la hora de beber nadie le negaba una copa. La dura tierra le brindaba siempre un lecho cómodo; y en cuanto a lo demás que alegraba la vida, él lo había descartado de su programa. ¿Amigos? Todos. ¿Enemigos? Nadie. Era un alma buena que sólo se había hecho daño a sí misma, y no tenía por qué vivir con las puertas cerradas, ni por qué preocuparse del di-

pero, que no proporciona, después de todo, más que lo innecesario, puesto que el hombre encuentra lo imprescindible como lo encuentra el pájaro, sin esfuerzos ni preocupaciones.

Vivió algunas temporadas en los manicomios, porque de loco se le juzgaba por sus extravagancias y rarezas; pero los médicos declaraban, al fin, que estaba en su sano juicio; y «Venturita» volvía a la vida pública, sin rencores para nadie, comprendiendo sin duda aquel proceder de sus semejantes que no se explicaban su manera de conducirse en un mundo donde todo es convencionalismo y suspicacia.

Seguramente que nunca oyó hablar de Diógenes; pero en verdad que ninguno como él llegó nunca a parecerse.

Y aún ambicionaba y tenía menos que el gínico de Sinope.

¿Para qué quería la linterna, si no le preocupaba conocer al hombre modelo que obsesionaba al filósofo de Atenas? ¿Qué necesidad tenía del tonel, si su casa era el mundo; y si el mundo se lo hubiese negado, al sol y a la lluvia se había hecho ya para combatir todas las eventualidades?

Cuando se piensa en «Venturita» y se recuerda su silbido, se le ocurre a uno preguntarse: —Aquel ejército imaginario que él suponía siguiéndole los pasos, ¿no estaría formado de todos los seres ya desengañados de las mentiras del mundo?

No es extraño, pues, que él se imaginase que le seguía más de la mitad de los hombres.

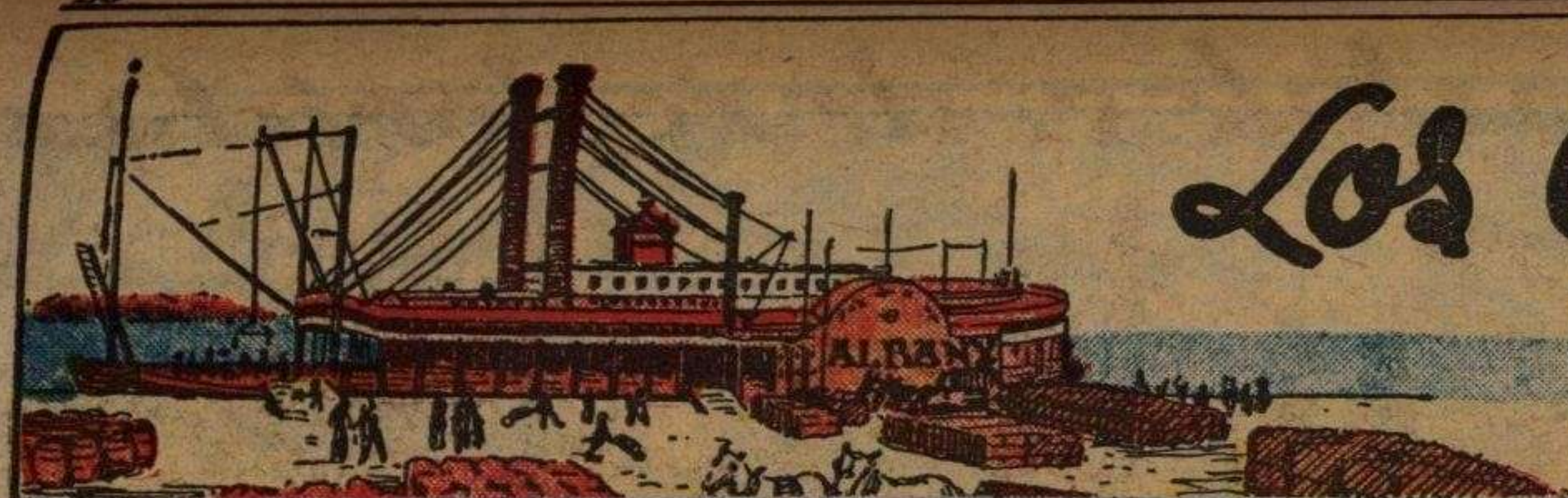
«Venturita» duerme en la fosa común, pero vive en nuestra memoria más que muchos de los que reposan en suntuosos mausoleos. Fué popular y bien querido, no hizo daño a nadie, no estorbó a ninguno, repartió su dinero, y tomó de la vida lo que ella buenamente quiso regalarle.

Se cuenta una anécdota muy cómica de «Venturita». Cierta autoridad con alto mando visitó un día el manicomio en que pasaba una de sus habituales temporadas el Diógenes habanero.

—¿Quién eres?—le preguntó «Venturita».

A lo que el aludido contestó arrogante: —Soy el General Fulano.

—Pues oye—le dijo «Venturita»—ten cuidado, porque cuando yo entré aquí, era Napoleón; y mírame ahora.



Los Conquistadores

por LOVRIEN GREGORY y GLENN CHAFFIN

ARTHUR RAMSAY RECUPERÓ EL DINERO PERDIDO POR HANK SLOCUM JUGANDO BARAJA CON "MISSISSIPPI". DESESPERADO, "MISSISSIPPI" INTENTÓ SACAR SU PISTOLA PARA AGREDIR A RAMSAY, PERO ESTE YA ESTABA PREPARADO CON LA SUYA Y LO HIZO RETROCEDER.

AQUÍ TIENES, TU DINERO, HANK. QUIZÁS NO ESTÉ COMPLETO, PORQUE "MISSISSIPPI" ACABÓ LA JUGADA.
¡GRACIAS, ARTHUR! ERES UN BUEN AMIGO. VAMOS A TENER DIFICULTADES CON ESTE HOMBRE.

¡CON TODA SEGURIDAD! ESTE "MISSISSIPPI" ES PELIGROSO. HAY QUE VIGILARLO HASTA LLEGAR A ALBANY.
¡ME HACE FALTA MI RIFLE DE CAZAR ARDILLAS!

SI SABES USAR LA PISTOLA, TE PUEDO PRESTAR UNA.
¡CARAMBA, TIENES UN ARSENAL PARA DEFENDER-NOS!

¡CUANDO SE VA PARA EL OESTE, ES BUENO LLEVAR ARMAS!
TIENES RAZÓN. VOY POR LAS MUJERES Y NOS VEREMOS EN LA CUBIERTA.

PREPÁRENSE EN SEGUIDA, QUE YA VAMOS A LLEGAR AL DESEMBARCADERO. ¡TENGO PRISA!
¡HÚM! YO NO ME MUEVO DE ESTE BUQUE HASTA QUE NO ME ENTREGUES EL DINERO PARA GUARDARLO!

¡LO QUE ES AHORA NO PODRÁS PERDERLO JUGANDO A LAS CARTAS CON ESTAFADORES!
¡AQUÍ VIENE FRANK!

¡QUÉ BUENO ES DORMIR A BORDO, ¿VERDAD FRANK?
YO NO DORMI NICE DE DETECTIVE.

¡NO SEAS EGOÍSTA. ¿POR QUÉ NO ME DEJAS AYUDARTE?
¡DE NINGÚN MODO! ESTE NO ES TRABAJO PARA LAS MUJERES!

"MISSISSIPPI" ABANDONÓ EL BUQUE TAN PRONTO LLEGAMOS AL DESEMBARCADERO. NO CREO QUE HABRÁ TROPIEZOS. TENGO QUE IR HASTA EL BANCO.
¡DEJEME IR, CON USTED!

TOMA ESTOS DOS REALES, PARA QUE COMPRES DULCES PARA TI Y SUSANA.
¡GRACIAS!

MIENTRAS TANTO, A LA VUELTA DE LA ESQUINA.
ENTONCES RAMSAY, QUE ERA CAPITÁN EN UN BARCO FLUVIAL, SACÓ LA PISTOLA Y ME AMENAZÓ. ¡PERO CUANDO LE ENCUENTRE...!
(CONTINUARÁ)
Editores Prensa Service, Inc.
220 E. 42nd St. New York

Las fotografías retocadas que tantas veces se habían publicado en las principales revistas de cine. Por las persianas venecianas a medio cerrar entraba una luz opaca que le sentaba muy bien a la habitación. Había flores en abundancia. Había candelabros macizos montados en portadores de metal, que serían encendidos después de las seis. Había ceniceros en varios sitios. Solamente faltaba recordarle al criado los cigarillos con boquilla de corcho.
Estaba un poco nervioso, pero no había olvidado un solo detalle para la fiesta. Murphy, el simpático Murphy, se ocuparía de preparar los cocteles con el gusto refinado con que lo hacía siempre en esta clase de fiestas. Cocteles por docenas, para que los invitados bebieran sin descansar. Cocteles variados. Bocado para las damas. Algo más suculento en materia de alimentos, y algo más fuerte en materia de licores, para los caballeros, esto último por si acaso los cocteles no resultaban de su especial predilección.
¡Y no había que olvidar los emparedados de salmón para Sam Rosinoff! Porque entre todas las personalidades que asistirían a la fiesta, la que más le interesaba era la del famoso productor de películas en cuyas manos estaba su futura suerte como actriz.
Se miró al espejo de luna, en el que se reflejaba, imponentemente atractiva, la imagen completa de su cuerpo. Aquellas eran líneas, sobre las que se destacaba la hermosa cabeza coronada por una flamante cabellera. Había algunas arrugas leves en el cutis, pero el maquillaje las ocultaba por el momento, y no tenía nada que temer. Todavía era Marcela Challoner, la excelsa artista que hechizaba a los públicos, y por cuyos servicios siempre estaban riñendo dos o tres compañías cinematográficas a la vez. La misma Marcela, excepto que en recientes meses los estudios ya no reñían por ella, a pesar de que faltaban pocas

La Actriz

Cuento Breve... Por Adela Leeuw

semanas para que expirara su contrato actual.
¿Qué había ganado en tantos años de trabajo arduo, figurando siempre a la cabeza de los elencos como primera actriz? Deudas tremendas; una casa suntuosa con un tren de gastos que ni un millonario hubiese podido soportar; horas y horas de sufrimiento en la peluquería para conservar el brillo de su cabellera; horas y horas esclavizada a los deseos de la maquilladora para conservar la nitidez de su cutis; los ojos cansados de mirar bajo el fuego de los potentes reflectores del estudio; docenas de actrices que la envidiaban y trataban, por los medios más inverosímiles, de hacerla fracasar; y ahora, finalmente, el temor de que no le reanudara el contrato.
El único que podía salvarla de su infortunio era Sam Rosinoff.

AL SONAR el timbre y aparecer los primeros invitados, pensó que daba comienzo la obra que se proponía representar en la realidad. Solamente faltaba que llegara Sam para hacer la escena principal. Sam se presentó tarde a la fiesta. Su mirada era inescrutable, como en todas las ocasiones. Saludó a Marcela, apretándole las manos con efusión. "¡Qué tal, querida Marcela! Iba para el Club y de paso quise entrar a saludarla..."

Marcela no se dio por aludida y dominó el terror que trataba de apoderarse de su ánimo. Se llevó a Rosinoff por entre los grupos de invitados y esperó a que se tomara un par de cocteles.

¡Acompáñame al jardín,—le dijo Marcela—que quiero mostrarle una matita de flores encantadora! Sam la siguió sumiso, y con cierto regocijo, pues le gustaba mucho el oficio de jardinero y era un aficionado al cultivo de las flores.

El jardín era precioso. Le había costado una fortuna prepararlo el día anterior, contratando los servicios de unos cuantos floristas expertos. En el atardecer, la luz mortecina del sol caía sobre el vergel y le daba al conjunto un aspecto deliciosamente natural. Marcela caminó del brazo de Sam por la vereda y luego se sentaron en un banco para hablar.

De repente, de entre la alta enramada que rodeaba el jardín salió una muchacha excitadísima.

¡Señorita Challoner—dijo—tiene que perdonarme! Tenía tantos deseos de verla, que no pude resistir la tentación de interrumpirla... Tuve que venir aquí. ¡Por favor, le ruego que no se enfade conmigo!

¡No se apure, que no estoy enfadada! Pero si "¡Por favor, no se enfade!", imploró la muchacha humildemente...



Las Diez Personas Más Felices del Mundo

Por ELENA BETANCOURT

El eminente psicólogo Dr. Marston define la felicidad como un arte que consiste en saber vivir, amar y reír. Estas tres cosas, dice, componen el triángulo perfecto de la dicha.



Helen Hayes, según el Dr. Marston, conoce el secreto de vivir, amar y reír.

María Hacker, hoy esposa de Lauritz Melchior, una de las artistas de cine más populares de Europa, que despreció un contrato de tres años en Hollywood para casarse con el famoso tenor operático y agregar, al regocijo de su vida y a las careajadas de la felicidad, la necesaria dosis de un amor lleno de comprensión y fe.

Eleanor Roosevelt, viajera incansable, estudiante de arte, mujer de asombrosa actividad que supo aprovechar su juventud; que ha levantado escuelas y establecido industrias; que realiza una labor altruista entre las clases cultas y las desheredadas; y que sabe reír con sinceridad cuando contempla su propia caricatura.

Harvey C. Weaver, acaso uno de los hombres más felices del mundo, que se ha pasado la vida en iniciativas de toda clase: en la industria cinematográfica; buscando minas de oro negro; fracasando unas veces y triunfando otras; siempre conforme en la adversidad y siempre sonriendo ante los contratiempos; y en cuyo historial hay que anotar 30 años de felicidad conyugal absoluta.

Sonja Henie, muchacha luminosa como un rayo de sol, que encuentra inspiración en su trabajo y no pierde la cabeza ante las adulaciones; mujer que sabe reír de sus propias inconsistencias y patina sobre el remanso de la vida, pura y sensitiva, en espera de la sorpresa del amor. Stepin Fetchit, alegre y bullicioso ciudadano que reparte su sueldo entre la

Cuando se trabaja en una actividad de nuestro agrado, no hay motivos de queja sino de satisfacción.

gente necesitada y contrae deudas para sacar de apuros a las demás personas; hombre singular que se ríe de la humanidad que se ríe de él, y que no cultiva odios ni rencores en su corazón.

Thomas E. Dewey, fiscal de Nueva York que detesta de la fealdad espiritual del hombre y predica el culto de la honradez y la virtud; campeón de la tranquilidad y el respeto; hombre dedicado a una noble causa y jefe de familia modelo que se siente feliz en el seno de su hogar, rodeado de su encantadora esposa y de sus niños.

La señora G. W. Ballard, joven que alienta en su corazón la idea de que todos podemos ser felices, y que encabeza un movimiento nacional en los Estados Unidos con el propósito de que la gente sea como es y se manifieste con entera sinceridad. La señora Ballard es la en-

caración de la alegría, compone música y hace discursos propagando sus doctrinas, y en general puede decirse que es una mujer armónica y completa. Louise Fazenda, cuya mímica insuperable ha contribuido tanto a llevar la alegría a otros corazones; obrera consumada de su arte; esposa cariñosa y ejemplar que ha logrado una compensación con su marido imposible de encontrar en Hollywood.

SIGUIENDO el método del Dr. Marston, el lector puede averiguar fácilmente hasta qué punto ha alcanzado la felicidad. Primero dibuja el triángulo de las tres "eles" inglesas, que corresponden a las ideas de vivir, amar y reír, y luego evalúa estos extremos cuidadosamente. Para determinar si se está viviendo a cabalidad, hágase una lista de las predilecciones que se tienen y de las cosas que se consideran desagradables. No debe omitirse nada, por insignificante que parezca, ya que cada predilección tiene su razón psicológica. Supongamos que a una mujer le gusta fregar la losa. Esto indicará que prefiere la limpieza y el orden en su vida. Todo lo que conduzca a estos objetivos contribuirá a hacer su vida feliz.

Ensayando a hacer varias cosas, la persona puede averiguar cuáles son las actividades que más le agradan y en qué ramo logrará manifestarse con más provecho y más a su gusto. No hay que aceptar la noción de que debemos hacer lo que nos corresponda, sin quejarnos y sin oponernos. Lo que debemos hacer es lo que nos agrada hacer. Aunque eso, algunas veces, no nos proporcione dinero ni nos lleve al triunfo.

Finalmente, hay que reír frente a la adversidad. Para reír hay que tener sentido de la realidad y mirar los acontecimientos en su verdadera perspectiva, sin amilanarse por los obstáculos o los fracasos. Y hay que convencerse que el que ama sabe sacrificarse y dar a los demás todo lo que los haga felices. El amor, según el Dr. Marston, tiene su propia compensación.

ROD RIAN

DE LA POLICÍA INTERPLANETARIA

Por PAUL HEPSON



LOS GORILAS HUYEN HACIA LA SELVA CON SU VÍCTIMA, EL ÚNICO LORO.



ROD RIAN, ANSIOSO POR SALVAR A SU COMPAÑERO, SALE EN PERSECUCCIÓN DE LAS BESTIAS.



AQUÍ ESTÁN SU ESPADA Y SU ARMADURA.



«ESTE ES EL CAMINO QUE SIGUIERON SE VE POR LAS HUELLAS»



ROD RIAN Y SUS HOMBRES PIERDEN EL RUMBO DONDE LAS BESTIAS TREPAN A LOS ARBOLES.

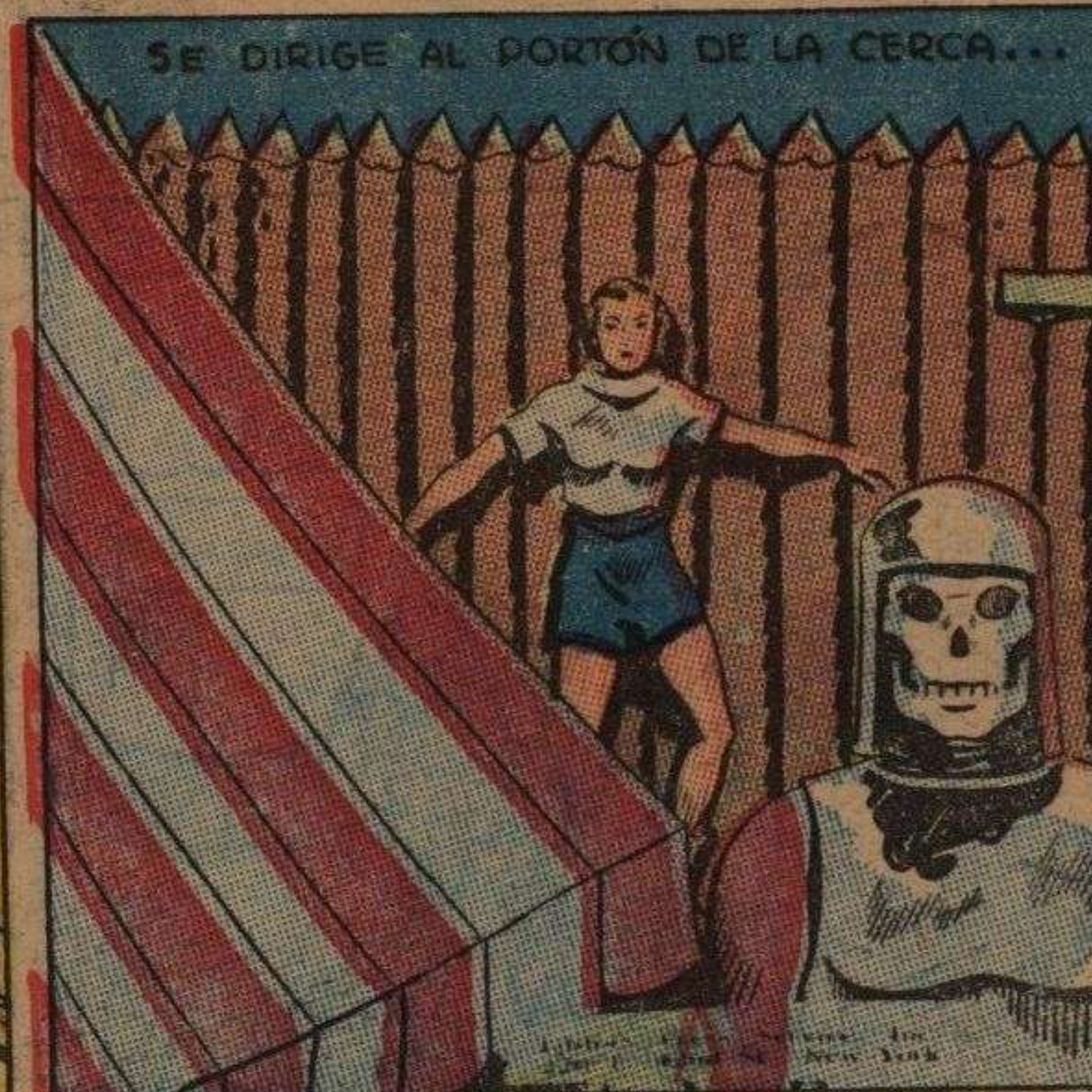
GUIADOS POR UN RUIDO DE TAMBORES, SORPRENDEN A LOS GORILAS. «ESTÁN BAILANDO ALREDEDOR DE LORO PARA SACRIFICARLO.»



«SE HA MARCHADO A LA SELVA EN BUSCA DE LORO. TENGO ÓRDENES DE NO DEJARLA SALIR A VO.»



KARINA TEME POR LA VIDA DE ROD Y SU CORAZÓN SE LLENA DE PRESENTIMIENTOS EXTRAÑOS CUANDO EL GUARDIA SE DESCUIDA, SALE DE LA CASA DE CAMPAÑA...



SE DIRIGE AL PORTÓN DE LA CERCA...



PERO UN GORILA ESCONDIDO LA ESTÁ VELANDO...



LA ACTRIZ EN EL RAMO DE LOS NEGOCIOS

Por Graciela Rivas

La historia de Sonja Henie, esa luminosa muchachita rubia que ha trastornado al público con sus patines y su contagiosa sonrisa de walkiria, es la de una mujer competente en el arte y en la vida. Ya el lector conoce al detalle las cuantiosas sumas de dinero que Sonja gana en el patinador y en el lienzo, y se sabe de memoria cómo esta jovencita se ha colocado entre las diez primeras estrellas de Hollywood con sólo filmar tres películas para la Twentieth Century-Fox.

Hollywood del lienzo con la posible excepción de Greta Garbo. Al cabo de varios años, Miss Bennett se encontró desplazada de su puesto por una invasión de estrellas extranjeras que le ofrecían a los productores de Hollywood la variedad que necesitaban para satisfacer los gustos del público. Todavía le quedaba dinero, y gozaba de cierto prestigio artístico y social, aparte de ser una de las pocas mujeres elegantes del mundo. Había contraído matrimonio con el Marqués Henri de la Falaise, al que respaldó en la formación de una empresa productora de películas. Ambos se marcharon a las selvas y lograron regresar a Hollywood con excelente material pa-

Hay otras mujeres en el cine que son



Alice Frost

Barbara Stanwyck posee un negocio de establos, donde cría caballos purasangres.

el laboratorio de los cosméticos, situado en la avenida Melrose, hay empleadas 20 muchachas, bajo la dirección de la señora Jewell Hill y del Dr. Jay Horwitz, químico encargado de las responsabilidades científicas del negocio. Miss Bennett no quiere socios en su empresa y dice que espera ganarse otro millón de dólares en el ramo, como se lo ganó haciendo películas.

BARBARA STANWYCK no tendrá nada de que quejarse el día que se retire del lienzo, pues ya ha dado los pasos necesarios para asegurar su futuro económico, no precisamente viviendo de rentas como piensan hacer otras artistas, sino administrando sus propiedades.

Miss Stanwyck, que es la huérfana más célebre del cine, está acostumbrada a luchar tesoneramente por alcanzar lo que se propone. Procede de un vecindario pobre de Brooklyn, donde había que tener el corazón fuerte para no quedar en la anonimidad. De aquellos humildes orígenes, que le permitieron forjar su carácter frente a las adversidades, pudo elevarse a ocupar uno de los puestos más altos en el mundo de los espectáculos.

Actualmente se dedica a la crianza de caballos de carrera, en sociedad con la esposa del actor Zeppo Marx. El rancho que poseen en las afueras de Hollywood está bien equipado y hasta la fecha cuentan con 30 ejemplares purasangre. El propósito que persiguen no es el de explotar estos caballos en los hipó-

dromos, sino el de proveer ejemplares para crianza a los demás establos. Sin embargo, probablemente estarán en condiciones de presentar contendientes en las carreras de Santa Anita, Tanforán o Del Mar en la próxima temporada.

La Stanwyck tiene un hijo que es su deber educar y encaminar en la lucha por la existencia. Cuando se case con Robert Taylor, que es cosa segura, Barbara establecerá su residencia en el campo y seguirá atendiendo su negocio de caballos. Taylor comparte con ella esta predilección por los nobles brutos y seguramente será un excelente ayudante.

Al igual que estas artistas que hemos mencionado, abundan en Hollywood las mujeres cinematográficas interesadas en otras actividades que las del lienzo. Kathleen Clifford tiene tiendas de flores en la ciudad y en los suburbios de Beverly Hills y Westwood Village. Jetta Goudal es una decoradora de interiores y gana bastante preparando las residencias de significados artistas. Betty Blythe y su esposo, Paul Scardon, poseen una finca. Y la fenecida Ruth Roland, que ganó cientos de miles de dólares haciendo películas de aventuras, pasó los últimos años de su vida viviendo de lo que le producían sus grandes extensiones de terreno en las campiñas de California. La infortunada Miss Roland murió de una afección pulmonar, pero durante la crisis económica mundial, no careció de nada en absoluto y al morir le dejó a su esposo, Ben Bard, una cuantiosa fortuna.

tan admirables como Sonja en el papel de administradoras, aunque a decir verdad ésta les lleva la ventaja de su juventud, con lo que queremos indicar que no tiene por qué preocuparse de su futuro económico, ya que todavía tiene por delante mucho que hacer en la pantalla. El grupo de las mujeres sensatas que han logrado levantar un hogar, dirigir sus propias inversiones, y al mismo tiempo hacer labor digna de encomio en la industria cinematográfica, es realmente asombroso. Comenzaremos por citar el ejemplo único de la colonia artística, que es Constance Bennett. Esta elegante actriz tuvo una época de gloria en que ganaba más que cualquiera otra luminaria. La Bennett representaba entonces el arquetipo supremo de la mujer norteamericana. El público la había endiosado y los hombres sentían por ella una admiración genuinamente masculina, como quizás no la han sentido por ninguna otra figura

ra los estudios, pero la súbita enfermedad del Marqués los obligó a abandonar la empresa.

Esto sucedió hace seis años, según nos lo ha relatado la propia Constance. "Yo tenía que usar—dice—cosméticos especiales para mi cutis, que es sumamente delicado, y muchas amigas y admiradores me pedían consejos sobre el mismo problema. En vista de esto, pensé que tal vez sería útil fabricar estas especialidades en gran cantidad para proveer a las mujeres que las necesitaran. Así se me ocurrió la idea de establecerme en el negocio."

TOME nota la lectora de que este negocio de Constance Bennett envuelve una inversión de cientos de miles de dólares. Ella se hace de cuenta de que va a salir airoso o a fracasar, y está preparada para cualquier eventualidad. En

Lo que contiene el TÓNICO BAYER

EN UNA COMBINACIÓN CIENTÍFICAMENTE BALANCEADA

Los Fosfatos Asimilables actúan como tónico nutritivo de los nervios, de los músculos y del cerebro.

Las Sales Minerales ayudan al crecimiento normal de los huesos y al desarrollo de los tejidos, fomentando también la remineralización.

El Tónico Bayer contiene además, **Vitaminas B y C**, y **Extracto de Hígado**, de los cuales se sabe que tienen reconocido valor terapéutico.

La Vitamina B constituye un elemento valioso de la alimentación durante el embarazo y la lactancia; también es recomendada como ingrediente en regímenes de dieta durante enfermedades agotadoras.

La Vitamina C presta servicios útiles en la convalecencia de enfermedades infecciosas y asimismo en los regímenes de dieta ya mencionados.

El Extracto de Hígado está comprobado como un valioso reconstituyente de la sangre.

Y también otros elementos de gran valor tonificante que, con los ingredientes mencionados más arriba, **renuevan rápidamente las fuerzas vitales del organismo.**

Myra la Intrépida



JACK LANE, MYRA, LA INTRÉPIDA, Y LEW WEN HAN ACEPTADO ALIARSE CON LING SIN PARA AVERIGUAR LOS PLANES DE ÉSTA. LING SIN SE HA LLEVADO A MYRA A SU PALACIO-LABORATORIO MIENTRAS JACK Y LEW SALEN EN UNA MISIÓN SECRETA.

LEW, NO ES POSIBLE QUE LING SIN SEA LA RESPONSABLE DE LA ABUNDANCIA DE ORO QUE ESTAMOS VIENDO SI LAS COSAS CONTINUAN ASÍ. DENTRO DE POCO HABRÁ UN COLAPSO FINANCIERO.

ESTIMO QUE HAY QUE ACTUAR PRONTO!

¿PERO QUÉ PODEMOS HACER PARA EVITAR EL DESASTRE?

SILENCIO, QUE ESTOY HABLANDO CON LING SIN

¡NADIE QUIERE COMPRAR EL ORO!

PRESENTÉSE INMEDIATAMENTE AL CUARTEL GENERAL DE LA SECCIÓN "2L" DE ALLÍ SERÁ LLEVADO SECRETAMENTE A SU NUEVO TRABAJO. NO HABLE CON NADIE.

¿DÓNDE QUEDA ESTA SECCIÓN "2L" SEGÚN EL LIBRO?

SIMULEMOS QUE VAMOS PARA ALLÁ, Y ENTONCES...

MIENTRAS TANTO, LING SIN AGUARDA.

AHORA PROBAREMOS A NUESTROS DOS AMIGOS

¿QUÉ VA A HACER, LING SIN? POR DIOS, NO LE HAGA DAÑO A JACK Y A LEW!

SEÑORITA MYRA, VEO QUE VD LE TIENE DEMASIADO AFECTO A JACK LANE. EN EL NUEVO ORDEN DE COSAS NO HAY CAMPO PARA EMOCIONES FRÍVOLAS. ESO ES LO QUE TIENE PERDIDO AL MUNDO.

DR WU, QUIERO QUE LE DÉ A MI AMIGA EL TRATAMIENTO "E"

¡SE CUMPLIRÁ, ILUSTRE MAJESTAD!

JACK Y LEW SE ACERCAN AL SITIO...

NOS ESTÁN SIGUIENDO. DESEMOS SEPARARNOS. UNO DE LOS DOS SE SALVARÁ

¡ESTÁ BIEN, LEW! ¡MIRA AQUÍ VIENE EL CAPITÁN BRADY!

¡HOLA, LANE! ¿QUÉ LE TRAE POR ESTOS ALREDEDORES?

CAPITÁN, VD ES EL HOMBRE QUE NECESITO..

¡DASTÓ QUE LANE SE DETUVIERA A HABLAR CON EL CAPITÁN PARA QUE UN AGENTE DE LING SIN SE PREPARARA A DISPARAR CONTRA ÉL

RUBIA REVOLUCIONARIA

Por Isabel Taves
Nueva York.

ALICE FROST es rubia, y como tal, y como artista distinguida de las radio-emisoras de la National Broadcasting y de la Columbia Broadcasting, debe de conocer lo bastante de modas para estar en condiciones de decirnos algunas cosas interesantes sobre el tema.

A invitación de esta jovial amiga fuimos a visitarla a su apartamento de la Sexta Avenida, en cuya sala amueblada con refinado gusto lucía ella subyugada en una túnica de brocado color azul grisáceo. Hacía dos años que no había tenido la oportunidad de hablar con esta primorosa mujer en la intimidad, y francamente, me sorprendió el cambio que ha experimentado en ese tiempo. Se ha transformado de una mera "niña bonita" en una dama esencialmente bella. Empezó diciéndonos lo siguiente:

"No sé si usted quiere escuchar mis opiniones, pero tengo que confesarle que soy una rubia revolucionaria. No me gustan los colores al pastel ni los matices azules para chicas de ojos de cielo. Prefiero los colores carmelita y gris, y el negro antes que el azul marino. Tampoco me llaman la atención los ornamentos ni las plumas. Mi marido dice que soy un tipo para vestir ropas hechas expresamente a la medida. Me he escapado de los sombreros de fieltro estilo clásico para refugiarme en modelos alegres y más femeninos."

Necesariamente, cuando una rubia rompe con las tradiciones de su especie, la noticia vale la pena darla a conocer. Por eso le sugerí a mi amiga que continuara hablando, mientras yo tomaba nota de sus observaciones.

"Hubo una época—dice—en que mi vestido de fuerza era una prenda nocturna de tafetán azul, con acopio de fruncidos. Como me invitaban a tantas fiestas, creía que aquello era suficiente para impresionar. Ahora, el mero recuerdo de aquellos tiempos me causa malestar."



Bosquejos de Louise: Izquierda, tapado corto de coati sobre un abrigo de terciopelo; centro, traje sastre de tweed; derecha, modelo de seda estampada para la primavera. Prendas del ropero de Alice Frost.

tiz verde y sombreros de suede que puedan llevarse en cualquier posición. Los días de frío intenso se pone su fino abrigo de coati, pero en vez de los vestidos ceñidos de seda negra que se exhiben en las vidrieras de la Quinta Avenida, viste vestidos sencillos de lanillas en colores atenuados.

La fastuosidad y el fru-frú solamente le parecen apropiado para las funciones sociales nocturnas. Posee un vestido de tafetán que se compone de una envoltura de 20 yardas de material. Otro de terciopelo negro, muy estilo Imperio, con cuello cuadrado y bajo, y mangas de armiño. Confiesa, sin embargo, que no se siente feliz con estas ropas, y que las viste por que lo requiere su profesión de artista, para aparecer ante el público con arreglo al concepto general de la elegancia pomposa.

Para salidas de su personal predilección opta por los vestidos de satén negro, de corte bajo atrás, pero no muy bajo

por el frente. O tal vez vestidos sencillos de crepé con accesorios diminutos para darle un aspecto más ancho a sus hombros, pues los que Dios le ha dado son algo estrechos y no se prestan para una figura chic.

Cualquiera creería que una rubia, por revolucionaria que fuera, siempre usaría pintura azul para sus ojos. Alice es la excepción de la regla. Se pone sombra color carmelita en los ojos, y no precisamente la que expenden los establecimientos de belleza de la Quinta Avenida, sino la que usan los artistas de teatro. Este cosmético contiene una gran proporción de rojo, y la pintura para las pestañas también es color carmelita. Durante las horas del día no se pone colorite ni sombra en las ojeras, pero sí un poquitín de pintura en las pestañas. Por la noche se pone en las mejillas un poco de polvo rosado gris.

Aunque, a decir verdad búscase por la foto de la página del frente, y se verá que Alice no lo necesita.

¡Desengañadas!

Si después de horas enteras de tedioso arreglo notan con decepción que los cosméticos que usan pintan excesivamente, ensayen Tangee. El Lápiz Tangee cambia en los labios de su color amaranzado a un tono grana precioso y lozano, que armoniza con su colorido personal. Y el Colorete y Polvo facial Tangee, asimilándose como por encanto con el armonioso colorido del Lápiz, acentúan su belleza natural. Obtengan estos tres indispensables artículos Tangee. Ensáyelos hoy mismo, deseándoles belleza natural y armoniosa.

Tangee

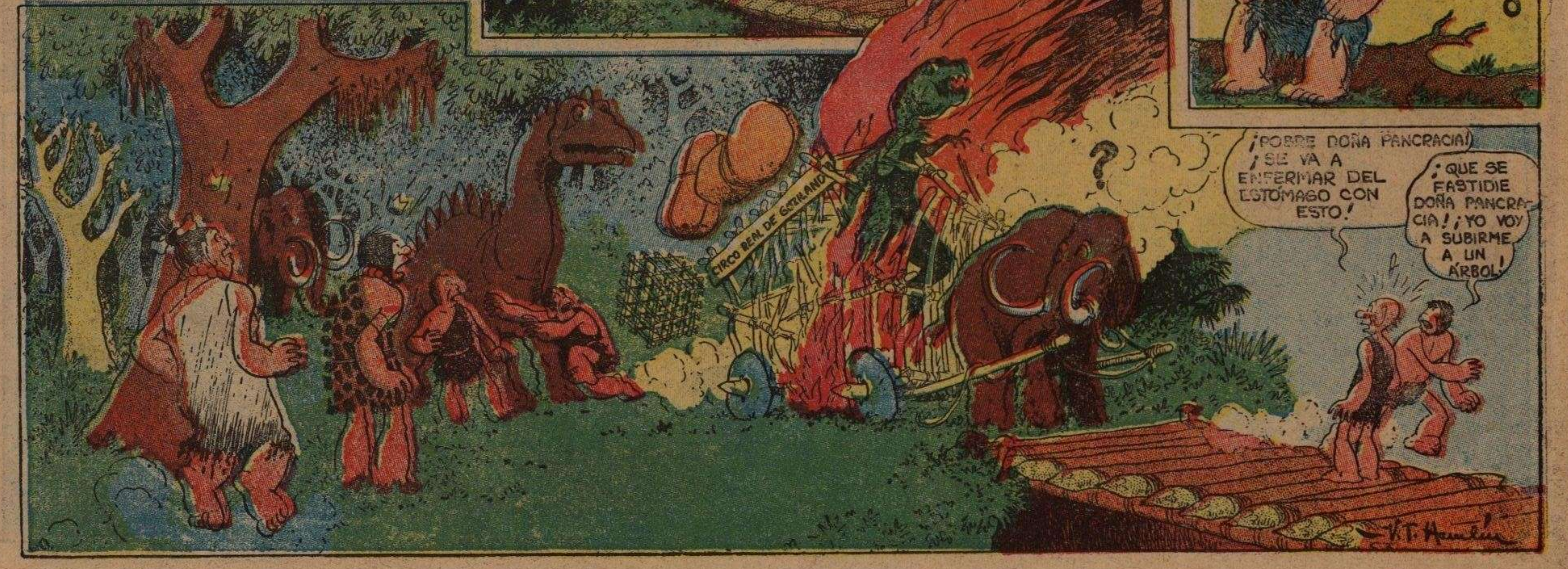
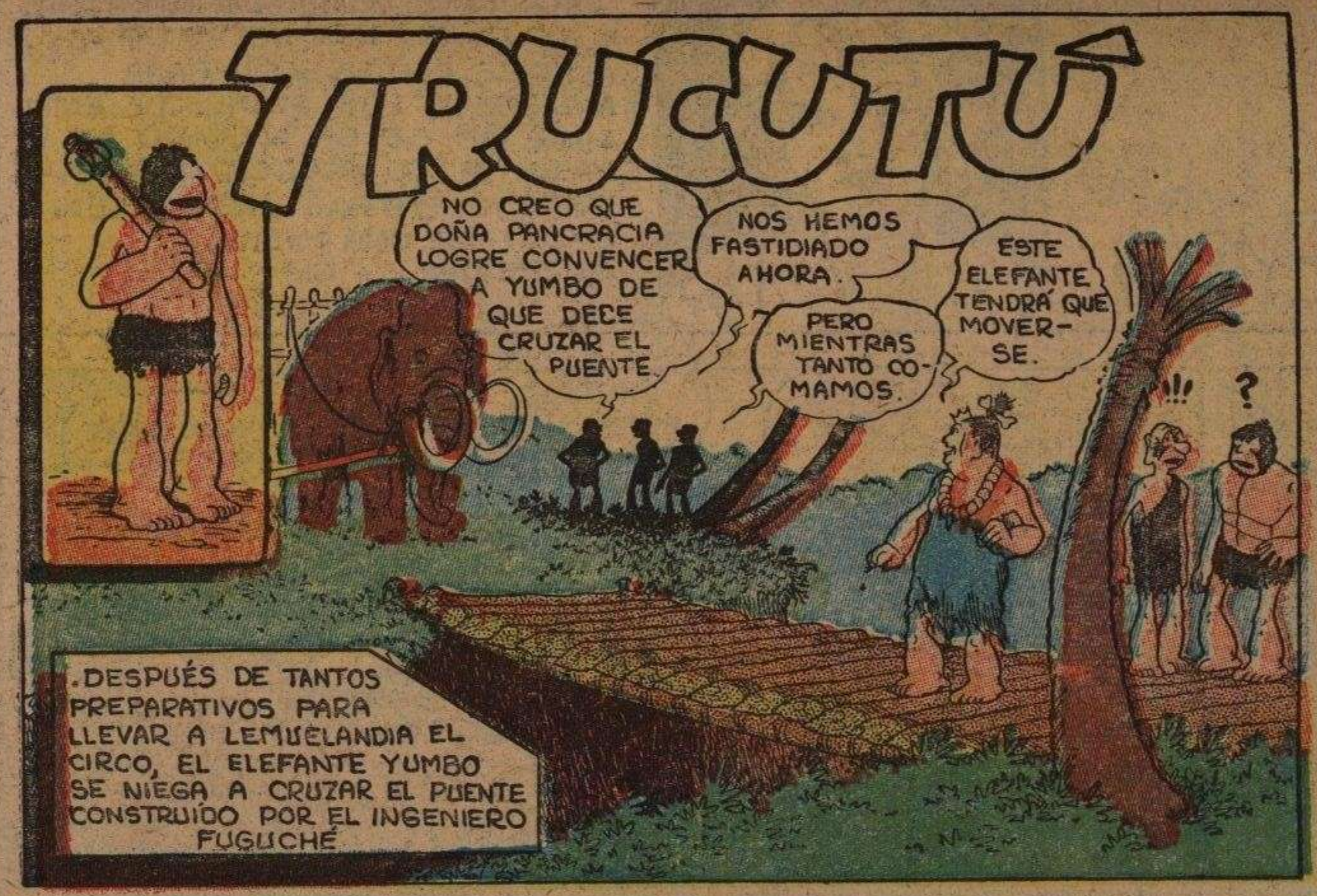
LOS tapados para salir constituyen una de las debilidades mayores de Miss Frost. Posee una colección asombrosa de estas prendas, entre ellas un modelo de piel de coati que le encanta ponerse sobre su abrigo de terciopelo color Dubonnet. Tiene otro de terciopelo gris con un cuello levantado en fruncidos alrededor de la cabeza. Otro de satén color marfil que la asemeja a Blanca Nieves. Pero entre todas estas elegantes envolturas la que más le agrada es el tapado de piel de coati.

"Hablando con absoluta sinceridad,—apuntó modestamente—creo que soy bastante sensata en mis gustos. La única joya que uso es mi sortija de matrimonio. Nunca acompaño mis zapatos de piel de serpiente de una culebrita domesticada ni fumo cigarrillos por el hecho de que estoy vestida de beige. Así que puede guardarse su librito de anotaciones, porque las modas no encontrarán alicientes de ninguna clase en mi ropero."

Me sirvió otra taza de té y empezamos a conversar entonces de los primeros años de lucha que pasó en la radio. Dice que nunca olvidará aquellos días lejanos en que los porteros de las emisoras visitaban el salón de las audiciones para darle consejos provechosos.

"Oiga usted esta idea loca que voy a darle,—exclamó en un momento de inspiración—y no me la tome a mal. ¿Sabe lo que hago con los vestidos viejos que antes usaba para salidas de noche? Pues me sirven para camisas de dormir. ¡Perdóme, amiga, pero en realidad esta información es de poco valor para usted!"

"No he querido decirle que me acessto vestida con túnicas de tafetán o con prendas fastuosas. Sin embargo, aprovecho lo más que se puede los modelos viejos de satén y de crepé. Durante las noches calurosas del verano, no hay como los trajes de cotónía, para dormir. ¡Y hasta hay veces que se me ocurre que sería conveniente usar estos últimos modelos para vestidos de noche! ¿Qué le parece a usted?"



FRAGMENTOS DE LA HISTORIA HUMANA LA EDAD DEL HOMBRE

ESTABLECIDO QUE EL HOMBRE DE PEKÍN DATA DE HACER MÁS DE 500,000 AÑOS, ESTUDIEMOS AHORA OTRO TIPO PRIMITIVO, EL HOMBRE PILTDOWN, CUYOS RESTOS FÓSILES FUERON HALLADOS EN INGLATERRA EN EL 1911.

TODAVIA NO PUEDE DECIRSE EN QUÉ LUGAR DE LA CRONOLGIA HUMANA LE CORRESPONDE ESTAR. ALGUNOS SABIOS CREEN QUE ES POSTERIOR AL HOMBRE DE PEKÍN, A PESAR DE QUE SUS RESTOS FÓSILES PARECEN PERTENECER AL PRIMER PERÍODO GLACIAL DE HACER 700,000 AÑOS. USABA IMPLEMENTOS DE PIEDRA Y DE HUESO, Y CONOCÍA EL FUEGO.



ALICE es lo que se llama una rubia auténtica. Tiene el cabello corto, pero durante largo tiempo se lo enrollaba en trenzas en la coronilla. Sus ojos azules claros son hermosísimos. Pero ella es tan moderna en sus gustos—y pudiéramos decir tan adicta a la sofisticación—que no trata de hacer más conspicuos de lo que son estos rasgos. Le gusta más bien presentarle a sus admiradores contrastes originales y que le permitan hacer destacar sin artificios los encantos indiscutibles de su personalidad.

Como tiene que ensayar constantemente para los programas que hace en ambas emisoras, para estas ocasiones usa un traje sastre de chaquetilla color canela con falda negra, generalmente acompañado de un sweater color Dubonnet. A veces prefiere una blusa suave de ma-



Una foto histórica.—Los delegados filipinos Osmena, Roxas y Osías, con el representante americano, Butler Hara, cuando se concedió a Filipinas—hace dos años—la independencia «para dentro de ocho años»

...nada hay que...
 mencia. Hasta ahora se han invertido importantes capitales en las fábricas de azúcar, de aceite de coco, de cáñamo y de tabaco. Los filipinos, hábiles en la confección de bordados, trabajos de conchilla, sombreros, botones, etc., luchan por conseguir la anulación de la dependencia de importación en mercancías confeccionadas y materias primas. Ya existen minas de hierro y fundiciones de hierro, fábricas de cemento y de tejas, también se fabrica en el país la cal y otros materiales de construcción; explotan también unas cuantas fábricas de maquinarias, pequeños astilleros e importantes cervecerías. Aumenta cada vez más la producción de zapatos de goma, ropas, jabones, artículos de cuero, juguetes. Si como se supone resultan favorables los ensayos que se hacen para cosechar algodón, será una nueva fuente de recursos pues los japoneses participarán de inmediato en gran escala. Ya se sabe que hay hierro y carbón; se supone que hay también petróleo en cantidades apreciables, de manera que podría crearse una industria que estaría en condiciones de restablecer el necesario equilibrio con la producción agraria.

LA PRINCIPAL PREOCUPACION

El azúcar sigue siendo la principal preocupación, porque por los motivos ya expuestos se hace difícil su colocación; el 60 por ciento de las entradas del gobierno provienen de la industria del azúcar; más un 40 por ciento de las entradas del ferrocarril de Manila, tienen su origen en el transporte del azúcar. Con estos peligran las finanzas. La penetración comercial japonesa se acentúa cada vez más, principalmente en las plantaciones de cáñamo. La gran mayoría de los plantadores es-



Otro factor en la vida filipina: las distintas nacionalidades. Este señor decorativo es el llamado Emperador de Ilo-Ilo, con su uniforme completo

te de coco y cáñamo por valor de 18 millones de dólares. Durante los últimos cinco años los filipinos podrán cargar a las exportaciones que se realicen a los Estados Unidos desde un 5 hasta un 25 por ciento de la tarifa aduanera de ese país. Por su parte Norteamérica aumentará paulatinamente los derechos de aduana hasta que dentro de 10 años las mercaderías filipinas están en pie de igualdad aduanera con las de otros países. Naturalmente que los Estados Unidos se reservan el derecho de un nuevo convenio comercial.

¿Serán realmente independientes las islas en el año 1945? El tiempo lo dirá. Hasta entonces registrará la actual constitución procurando conciliar entre la forma de pensar española y norteamericana. El proyecto de constitución de mayo de 1935 crea una «comunidad» filipina, una república de ideología anglosajona, España parece haber sido descartada por completo, pero no es así. Cabeza de gobierno será un presidente elegido por seis años, puede ser reelecto, pero no al terminar su mandato, sino más tarde; el congreso se compondrá de tan sólo una cámara.

El profesor filipino Kalaw escribió: Los filipinos por temperamento, modalidad y asimilación de la cultura hispana parecen estar más cerca de los sudamericanos que de los norteamericanos. La sangre oriental en nosotros nos hace obedecer las leyes, y la ocupación norteamericana durante 30 años nos ha dado una opinión que difiere de la de los sudamericanos. Por otra parte nuestra buena voluntad en apoyar al partido que está en el gobierno, nuestro respeto y hasta temor ante las autoridades constituidas, no son por cierto características americanas.

El problema político de las Filipinas consiste en eso: El oriental de esta parte de la Malasia por la mezcla de sangre y cultura española se convirtió en una persona situada al borde del círculo cultural del Asia oriental, con fuertes tensiones internas. Después, su pensamiento fue invadido por el mundo anglo-sajón y ahora este mismo mundo le obliga a aceptar una forma de gobierno marcadamente occidental. Al fondo de todo esto está el Japón. Si el experimento político resulta, puede surgir un fuerte estado filipino que servirá para refrenar el movimiento expansionista del Japón hacia el sur.

Peró si entre el pueblo filipino se siembra la inquietud, (nos referimos al juramento de los malayos mahometanos) si la nueva forma de gobierno no se consolida, entonces el occidente pierde uno de sus más importantes puntos de apoyo de sus fuerzas en el Pacifico.

LA RIQUEZA DE LAS ISLAS

Las islas son ricas en tesoros naturales, existe también una pequeña industria que tiende a ampliarse. La industria occidental con sus modernas bases de energía está recién en sus comienzos porque los norteamericanos mantuvieron a las Filipinas bajo el yugo de la cultura agraria, limitándose a exigir de ellas la producción de azúcar, cáñamo y kopa. Hasta ahora todo marchó relativamente bien, la depresión mundial casi no afectó a las islas, la participación de capitales extranjeros es elevada, principalmente españoles, americanos e ingleses. En los últimos tiempos también el Japón tomó interés en el comercio filipino e invirtió 120 millones de dólares. Después del año 1925, el comercio exterior ha tomado mucho incremento. Decreció en 1933 pero en 1934 volvió a aumentar. Los Estados Unidos ocupan el primer lugar en el comercio exterior, principalmente como proveedores, le sigue en segundo lugar el Japón, pero bastante distanciado y después viene en orden Inglaterra, Alemania, China y Francia. La lista de las exportaciones demuestra la enorme dependencia de la salida de los productos agrarios. Especialmente peligrosa es la fabricación del azúcar, peligrosa en sentido comercial; en el año 1924 la cuota de exportación fijada en 300.000 toneladas fué excedida contra todas las suposiciones, en 1934 se llegaron a exportar 1.150.000 toneladas, eso sólo fué posible por las extraordinarias ventajas aduaneras que concedió transitoriamente Norteamérica. La producción de azúcar por hectárea es más reducida que en Hawai y Java, los principales competidores de las Filipinas en este renglón; también los costos de producción son más elevados. Eso en un futuro no muy lejano puede significar extraordinario peligro.

Tal vez se podría desarrollar una industria moderna si a los filipinos se les permitiera manejar su propia política econó-

...tán empeñados por los japoneses; 10.000 de éstos ya viven en las islas y fácilmente puede ocurrir que un buen día las invadan como ya ocurrió en el siglo XVI; estas islas se prestan para la colonización y al mismo tiempo para colocar el excedente de la producción japonesa.

Los holandeses y los ingleses miran con preocupación hacia las Filipinas. La revista inglesa «Roud Table» criticó con palabras severas la aparente miopía del congreso americano diciendo entre otras cosas: Es posible que la política norteamericana en las islas Filipinas facilite al Japón la conquista de las mismas.

Una vez obtenida la completa independencia por las Filipinas estas islas correrían grave peligro; el océano Pacifico podría convertirse en un «Mare Nostrium» japonés, por lo tanto en un «Mare Clausum» para todas las otras potencias. La revista inglesa llega a la conclusión de que los americanos debían proceder estrechamente unidos a los ingleses para defender la posición oriental del océano Pacifico.

Ironías de la historia: Los filipinos ansiaron ardentemente la independencia y ahora ruegan por el establecimiento de un protectorado americano. Perciben claramente que sin el apoyo de una gran potencia están a merced del Japón y procuran estar en estrecho contacto con Norteamérica, en forma similar a la de los dominios británicos que son libres económica y políticamente pero que están en íntimo contacto con la madre patria. Alejados por la distancia pero en realidad estrechamente unidos a los destinos de Europa, se desarrollan en las Filipinas sucesos que merecen nuestra mayor atención.

El doctor había querido disfrutar del espectáculo de aquella sorpresa teatral. Mientras Estefanía descansaba en una cama con colcha de brocado, en la cual veíanse bordados grandes ramilletes de rosas unidos por lazos azules—naturalmente, todo algo ajado—Blanca, maravillada examinaba detenidamente aquellas magnificencias, yendo del brazo de su vetusto amigo.

La comadre Sapin lo seguía a respetuosa distancia, y a distancia más respetable aún, cerraba la marcha Policoro en compañía de Tiberio, que estaba allí desde las primeras horas de la mañana ayudando al arreglo de las habitaciones.

Tiberio no se presentó con las manos vacías. Para aprovechar el viaje, el doctor le hizo llevar una cesta con vetuñeco botellas, que—con el nombre de pociones preparadas por su propia mano a pretexto de no fiarse del farmacéutico—contenían el Málaga más exquisito y el Burdeos más añejo de sus bodegas.

El doctor había tenido que idear combinaciones ingeniosísimas para sacar de la bodega las botellas sin que la duca de la casa lo advirtiese.

Pero sus combinaciones hubieran fracasado a no contar con un colaborador afortunadamente allí estaba Tiberio, y cuando se trataba de servir a su ama haciendo de paso alguna juarreta a su ama el fiel lacayo imaginaba trapacerías admirables.

VI

A la mañana siguiente de aquel día memorable, el que hubiese visto a Blanca atravesar con paso rápido las Tullerías, la plaza de la Concordia y el comienzo de los Campos Eliseos, hubiera podido asegurar que no había en el mundo criatura tan contenta con su suerte como la muchacha.

La temperatura era fría. Pero pensaba en que Estefanía se hallaba perfectamente abrigada en una mullida butaca al lado de la chimenea; en que la niña había tomado con gusto la licara de chocolate que ella misma le preparaba todas las mañanas, y en fin, en que para distraer a la enfermita quedaba allí la comadre Sapin, siempre propicia a dar rienda suelta a su charla inagotable.

Más adelante se procuraría tener una niñera afectuosa y bien educada, que estuviese siempre al cuidado de la enfermita y que reemplazase a Blanca durante las horas que ésta tenía que dedicar a su ocupación.

También más adelante, cuando la niña fuese fortaleciéndose, se la llevaría a pasear en carruaje por aquellos Campos Eliseos, tan melancólicos en invierno, sobre todo por las mañanas; pero tan alegres en primavera, cuando los pájaros cantan en los castaños floridos y cuando los pequeños retozan y juegan jubilosamente al corro a la sombra de los árboles seculares.

En fin, más tarde, sin duda muchísimo más tarde—¡qué encantadora perspectiva, qué espléndido horizonte!—regresarían a la nativa tierra, a la luminosa playa de Biarritz, y las vivaces brisas del Océano completarían la cura que comenzaba bajo tan excelentes auspicios.

He aquí por qué Blanca se encaminaba satisfechísima hacia el palacio de Woronzoff. Aquel gran señor extranjero, que remuneraba generosamente los modestos servicios de su secretario, iba a colaborar en la benéfica obra emprendida por el doctor Roland!

¡Cómo lo bendecía Blanca! ¡Cómo se extrañaba al sentirse azorada y al notar que el corazón le palpaba con mayor rapidez.

Seguramente el conde de Woronzoff

vestibulo adornado con panoplias de armas de distintas épocas y de diversos países, y al cabo, cuando el doméstico levantó un tapiz de los Gobelinos, penetró en el santuario temblando no solo de emoción, sino del miedo de que sus servicios no fueran aceptados.

Blanca pensó en la misión que tenía que llenar cerca de su hermana, y procuró concentrar todas sus energías y desechó temores por el momento.

Llegó el momento. En la habitación inmediata sonaron pasos firmes, rápidos, seguros, en nada semejantes a los de un anciano. Crujió la puerta, empujada por mano vigorosa: mano de persona que tiene el derecho de entrar sin pedir permiso y sin anunciarse.

Blanca, vacilante, turbada, se levantó, se sentó y volvió a levantarse. El conde de Woronzoff estaba ante ella. No se atrevió a levantar la cabeza para mirarlo y, sin embargo, se dio cuenta de que su nuevo señor no era un anciano y de

«La raza eslava es caprichosa, hija mía—le decía el doctor en la escuela que aquella mañana le envió—. Tiene tanta facilidad para entusiasmarse subitamente, como para sentir pronto el hastío. No olvide usted esta indicación. Adios, y que el Señor guie a usted, ya que yo no puedo hacerlo. Confío en que El Señor a sus ángeles para apartar del camino de usted las piedras que pudieran ocasionarle heridas. Y ese auxilio divino será infinitamente mejor que el del viejo doctor Roland».

En el momento en que Tiberio se ponía en el vestíbulo el levitón de su librea para ir a llevar la carta del doctor, cruzó por la estancia la señora de Roland.

«Sin pronunciar palabra, la dama tomó el pliego cerrado que estaba sobre la mesa, leyó la dirección, frunció las cejas, entró en el gabinete, cerrando violentamente la puerta y murmuró con displicencia:

—¡Carta a la muchacha de los ojos de oro! ¿Se ha vuelto loco mi marido? ¿No piensa más que en esa criatura! —¡Bueno!—refunfuñó Tiberio—. ¡Hay que andar con cuidado! Ya tenemos a la señora malhumorada para todo el día. Parece algo extraño que la señora de Roland, que sólo había visto de paso a la señorita de Pontmore, cuando el doctor bajó al patio acompañando a la huérfana el día de su primera visita, hubiese tenido tiempo suficiente para distinguir el color de los ojos de Blanca».

Realmente la señora de Roland había encontrado el calificativo exacto: Blanca era, en verdad, la muchacha de los ojos de oro.

No obstante el temor que experimenta, la señorita de Pontmore que continúa su camino. Tuerce a la derecha y mira con ansiedad la placa azul que, en el extremo de la calle, ostenta escrito este nombre: Avenida de Gabriela.

Una, dos, tres casas; ya ha llegado el suizo está en la puerta. Con majestuosa mirada interroga al firmamento, mueve la cabeza con gesto de desaprobarción, porque comienza a caer livizna helada, y después, también majestuosamente, fija la vista en Blanca, que se aproxima.



que había contestado a su saludo con otro saludo cortés, pero frío y altanero.

Después de todo, ¿qué más daba? Mojó Blanca la pluma en el gran hincero de malaquita, y la pluma corrió, voló y se deslizo velozmente sobre el papel satinado. El conde dictó una carta mundana, luego otra y luego otra; después una carta de negocios, extensa, complicada, llena de guarismos. La muchacha sentía asombro ante aquella precisión de ideas y ante la facilidad correctivista con que hallaban expresión. El conde no se detenía ni un momento para pensar o buscar la frase adecuada, y la pluma seguía, difícilmente aquel dictado rápido. Blanca, al cabo de hora y media de escribir sin interrupción, comenzó a sentir fatigada la mano. Mucho hubiera dado por poder descansar un instante; pero ¿cómo hacer un alto en la tarea?

Con grandes esfuerzos sigue con la pluma a la palabra; con grandes esfuerzos logra no retrasarse y ganar el tiempo que pierde cada vez que tiene que dejar de escribir para mojar la pluma en el tintorero.

¿Estaría el conde leyendo borradores preparados de antemano?

«¿Y usted...»
 —Yo, es distinto, no tengo otra cosa que hacer.
 —Pues no lo parece, porque en cuanto entra usted en la casa parece que le falta tiempo para dedicarse a coser, a bordar y a otras labores.
 —Eso me distrae—objetó Blanca—. Pero usted, siempre solicitado y siempre agudado por una gran clientela, pierde aquí el tiempo, sin provecho alguno para su gloriosa reputación.
 —¿Nada vale la satisfacción de ir devolviendo gota a gota la vida a mi querida enferma?
 —Entonces, ¿está usted contento?—preguntó Blanca, muy conmovida.
 —Todos los días lo digo, hija mía; pero usted hace como que no me oye, me proporciona la satisfacción de que lo repita. Si, la enferma va bien; su curación avanza con mayor rapidez de lo que calculé. Acaso dentro de algunos meses, la vida no volverá a ella gota a gota sino oleada a oleada.
 —¿Podrá correr?—preguntó Estefanía, cuyo pálido rostro se animó con leve tono sonrosado.
 —¿Correr? Entonces volarás, como si tuvieses alas y tendremos que atarte una barra retenerte entre nosotros. Mientras ese momento llega, no tengo mérito alguno en escribir para mojar la pluma en el tintorero.
 —Estaría el conde leyendo borradores preparados de antemano?

«¿Y usted...»
 —Yo, es distinto, no tengo otra cosa que hacer.
 —Pues no lo parece, porque en cuanto entra usted en la casa parece que le falta tiempo para dedicarse a coser, a bordar y a otras labores.
 —Eso me distrae—objetó Blanca—. Pero usted, siempre solicitado y siempre agudado por una gran clientela, pierde aquí el tiempo, sin provecho alguno para su gloriosa reputación.
 —¿Nada vale la satisfacción de ir devolviendo gota a gota la vida a mi querida enferma?
 —Entonces, ¿está usted contento?—preguntó Blanca, muy conmovida.
 —Todos los días lo digo, hija mía; pero usted hace como que no me oye, me proporciona la satisfacción de que lo repita. Si, la enferma va bien; su curación avanza con mayor rapidez de lo que calculé. Acaso dentro de algunos meses, la vida no volverá a ella gota a gota sino oleada a oleada.
 —¿Podrá correr?—preguntó Estefanía, cuyo pálido rostro se animó con leve tono sonrosado.
 —¿Correr? Entonces volarás, como si tuvieses alas y tendremos que atarte una barra retenerte entre nosotros. Mientras ese momento llega, no tengo mérito alguno en escribir para mojar la pluma en el tintorero.
 —Estaría el conde leyendo borradores preparados de antemano?

«¿Y usted...»
 —Yo, es distinto, no tengo otra cosa que hacer.
 —Pues no lo parece, porque en cuanto entra usted en la casa parece que le falta tiempo para dedicarse a coser, a bordar y a otras labores.
 —Eso me distrae—objetó Blanca—. Pero usted, siempre solicitado y siempre agudado por una gran clientela, pierde aquí el tiempo, sin provecho alguno para su gloriosa reputación.
 —¿Nada vale la satisfacción de ir devolviendo gota a gota la vida a mi querida enferma?
 —Entonces, ¿está usted contento?—preguntó Blanca, muy conmovida.
 —Todos los días lo digo, hija mía; pero usted hace como que no me oye, me proporciona la satisfacción de que lo repita. Si, la enferma va bien; su curación avanza con mayor rapidez de lo que calculé. Acaso dentro de algunos meses, la vida no volverá a ella gota a gota sino oleada a oleada.
 —¿Podrá correr?—preguntó Estefanía, cuyo pálido rostro se animó con leve tono sonrosado.
 —¿Correr? Entonces volarás, como si tuvieses alas y tendremos que atarte una barra retenerte entre nosotros. Mientras ese momento llega, no tengo mérito alguno en escribir para mojar la pluma en el tintorero.
 —Estaría el conde leyendo borradores preparados de antemano?

deliciosa para expresarse. Ultilo sus observaciones, y muchos enfermos aun superiores a ella en edad y en saber, serian incapaces de informarme tan bien como me informa Estefanía acerca de su estado.

—¡Es usted bonísimo! — murmuró Blanca.
—Repito que soy yo el que debe dar las gracias. Hay un proverbio persa que asegura que las tres cosas más bellas de la tierra son: la luz del sol, el aroma de un vino generoso y la sonrisa de... una enferma que recobra la salud. Pues bien; nace un momento he encontrado ruidas aquí las tres cosas. Estefanía iba a merendar y me ha obligado a que tome un bizcocho y una copa de vino, que aun cuando no es vino de Chiraz, resulta muy agradable.

—¡Vaya! ¡Lo está usted viendo! — exclamó Estefanía, interrumpiéndolo con gran desenfado. — ¡Es vino, es vino lo que contienen las botellas que ha traído ¡berio! ¡Usted decía que eran pociores!

—En este caso y para el efecto que de desca, desde el punto de vista medicinal vino o poción es lo mismo—replicó el doctor con mucha gravedad, mordiendo los labios por la irreflexión que había cometido—. Pero, déjame hablar. Después, hemos recibido la caricia de algunos rayitos de sol, muy alegres, aun cuando eran de sol de invierno. Por lo tanto he hallado aquí las tres cosas más bellas de la tierra, según el proverbio persa. Quedamos, pues, en que yo soy el que está en el deber de dar las gracias.

VIII

Blanca habíase ya acostumbrado por completo al desempeño de su nuevo cargo.

Hasta el camino que durante los primeros días resultó muy largo, se le antojaba ya un paseo corriente. Cierta que antaño estaba habituada a recorrer trayectos mayores, pero cierto también que hay diferencia entre el camino que va desde el Marais hasta los Campos Eliseos, repetido dos veces por día con monotona desesperante, y los senderos que

presada en su admirable cántico: en el auxilio del Señor, en la fe en una Providencia misericordiosa.

Cuando, por apresurar el paso, podía disponer de algunos minutos, entraba en la iglesia más próxima al palacio de Woronzoff, y rezaba fervorosamente, con sumisión, con confianza, que sin duda hacia descender la bendición divina sobre su trabajo cotidiano.

Allí sentíase dichosa, como el viajero que encuentra en el desierto el oasis sombreado por palmeras y la fuente refrigeradora. Aquellos minutos pertenecían a Blanca. Sabía perfectamente que esta-

encantaban y sorprendían al oído. Pero aquello era un relámpago. Y eran también relámpagos las fulguraciones dulces de sus pupilas de color gris oscuro, y la sonrisa furtiva de sus labios, habitualmente contraindica por el sarcasmo y por la ironía. Y en su masculino rostro, en la actitud, en los modales, en el lenguaje, había una mezcla indefinible, algo así como una alternativa inexplicable de luces y de sombras.

—Nada de eso me incumbe—pensaba Blanca, que a veces, bajo el aspecto de cortesía glacial sufría de rechazo aquellos caprichos y aquellas exaltaciones.—

en silencio, casi sin dejarse ver, como los genios invisibles de los cuentos de hadas. El invierno no penetraba en el hotel de Woronzoff. Durante mucho tiempo Blanca se maravilló, llegando de la frialdad de la calle, al encontrarse una temperatura uniforme, desde la habitación del portero hasta los pisos más elevados del palacio.

Pero era por ello más dichoso aquel magnate, que vivía solo, sin familia, casi sin amigos? Cierta que acudían visitantes, pero cierto también que trataba a todos con idéntica indiferencia, con cortesía altanera, más ofensiva tal vez que cualquier otro procedimiento.

Unicamente admitía excepción en favor del doctor Roland. Al conde de Woronzoff le agradaba la encantadora sencillez de trato y la sencillez de entendimiento y de corazón que hacían al insignificante médico confiado sin candor y complaciente sin debilidad.

A veces el hielo septentrional llegaba casi a romperse en aquellas conversaciones, cuando el doctor daba rienda suelta a su palabra intencionada pero siempre llena de bondad.

—¿Quisiera ser el zar de Rusia—le dijo en una ocasión el conde.

—¿Cómo es eso? Creía que estaba usted desprovisto en absoluto de ambición.

—En absoluto, no. Si yo fuera el zar, nombraría a usted mi médico de Cámara, con prohibición absoluta de abandonarme, so pena de azotes o deportación a Siberia.

—Perfectamente! Me encantan esos procedimientos delicadísimos para lograr la adhesión personal!

—Hasta que he conocido a usted, me despreciado a los hombres—continuo el conde, haciendo caso omiso de la interrupción.

—Un millón de gracias en nombre de mis semejantes. Sin embargo, me figuro que antes de venir yo al mundo han existido personas honradas.

—¿Qué entiende usted por personas honradas?—preguntó con exaltación el conde.—¿Las que respetan el Código por temor saludable a la cárcel?

—Esas no; las otras, sí.

—¿Cuáles? Desde la desobediencia de Adán, desde el asesinato de Abel...

—¡Pobre Adán! ¡Un inocente!...

—Concedido. Pero ¿qué nos ha acarreado, dígame, el oleaje sucesivo de las generaciones, sino los mismos engaños, los mismos latrocinios, las mismas trapacerías, los mismos arduos hipocritas, el mismo despojo del débil por el fuerte y el mismo triunfo de la iniquidad? Triunfo de un día, objetará usted; sea, pero durante ese día, que se me antoja muy largo, ¿qué hace la justicia eterna, en la cual cree usted, bienaventurado doctor?

—Esa justicia—replicó el médico—espera, precisamente porque es eterna, según usted acaba de manifestar.

—Pero yo no puedo esperar, no dispongo de tiempo para tener paciencia. Contamos individualmente con escasos días para descender escaragados al fardo de nuestras acciones, las rápidas pendientes de la vida. ¿Qué he de hacer si llego al término agobiado con mis dolores y con mis estériles venganzas, mientras que los culpables se encuentran todavía en el principio de la senda, en la cumbre de la montaña, felices y triunfantes?

—Y los escasos días que se nos otorgan—observó el doctor—los envenenamos con nuestros odios y con nuestras insensatas cóleras, y los abreviamos con nuestras pasiones. ¡Ah, qué mal empleo hacemos del beneficio de la vida!

—El beneficio de la vida!—murmuró el Conde amargamente.—Bien; he leído en uno de los Padres de la Iglesia, no es testimonio recusable, lo siguiente: «¿Puede considerarse como un beneficio lo que, en todos y en cada uno de los hombres, se desvanece cual un vapor?»

—Perdón, mi querido Conde; creo que cita usted a San Agustín, pero interpretándolo de un modo erróneo el texto. San Agustín hablaba únicamente desde el punto de vista pagano, de la existencia terrenal; pero ese vapor, ese humo se convierte en la más preciosa de las realidades cuando se piensa en el término a que nos conduce nuestro rápido viaje.

—Dichosos los que creen!—exclamó el Conde con acento sombrío.

IX

¿Qué hacía Blanca durante aquellas prolongadas conversaciones?

Frecuentemente, asistía a ellas, silenciosa, aparentando indiferencia, pero sintiendo que el corazón le palpitaba con latidos de simpatía hacia el doctor y de piadosa compasión hacia el alma desca cada magullada, que se entreveía en las palabras del Conde.

Otras veces los interlocutores pasaban a un gabinete contiguo, que servía de sala para fumar, y únicamente el rumor de sus voces llegaba hasta la secretaria.

Pero, en cualquiera de ambos casos,



se abren en las montañas, en medio de un paisaje pintorescamente bravo.

Aun cuando el plazo de su luto había terminado, continuaba vistiendo de negro. El luto se le figuraba algo como un velo que protegía su aislamiento, pero ni aun así lograba disminuir su belleza.

Muchas miradas solicitaron la suya, al verla caminar sola y sin defensa por calles y plazas; pero hasta tal punto era digno y altivo su aspecto, que nadie osó dirigirla la palabra y nadie pudo jactarse de haber visto resplandecer al sol sus áureas pupilas.

—¿Dónde encontraba la muchacha aquella serenidad inalterable, aquel valor invencible con el cual había congado el doctor, aun sintiendo gran asombro, al verla aceptar sin la menor objeción, el extraño empleo que le propuso?

Donde Daniel encontró fuerza y confianza para arguirse entre feroces leones; donde los machos encerrados en el horno encontraron la esperanza ex-

ta obligada a presentarse a una hora fija, precisa; porque la exactitud consiste en no llegar antes ni después, sino justamente en el momento señalado. El conde de Woronzoff se pagaba mucho de la puntualidad.

—Yo soy exacto—dijo un día ante Blanca—, porque no me gusta esperar y por ser así me considero obligado a proceder con todos como exijo que procedan para conmigo.

Si, el conde, según su secretaria, era un hombre justo, pero en su justicia no tenía entrada la misericordia. Sin duda los pesares le habían endurecido el corazón, que tal vez fué naturalmente bueno. Su voz breve, algo ruda en general, adquiría a veces ciertas inflexiones que

el doctor me dijo que los eslavos son caprichosos. Poco me importa, con tal de que el conde esté satisfecho de mi trabajo y con tal de que Estefanía continúe beneficiándose de mi labor.

Ya la secretaria subía, sin la más leve emoción, la escalera de ónice que conducía al primer piso. La escalera había costado, según decían, más de quinientos mil francos.

Todo resultaba maravilloso en el espléndido palacio. Los herrajes de las puertas y los clavos eran obras maestras de forja y de repujado.

En cuanto a la comodidad—de la cual el dueño de la casa parecía cuidarse poquísimo—, reinaba por doquier admirablemente organizada. Los criados servían

OCAS personas conocen algo exacto sobre las Filipinas. Para muchos este grupo de islas no es más que una idea y sin embargo, aparecen ahora en el primer plano de la atención política mundial. Desgraciadamente en Europa así no se tiene idea de la tensión enorme que existe en el Pacífico.

Pero el océano Pacífico es realmente el «mar de las decisiones». Al occidental le parece más que interesante lo que ocurre en Europa, pero pasa por alto las bases reales de la actual política mundial y ante todo la expansión japonesa. No aprecia debidamente las extraordinarias posibilidades políticas y administrativas existentes en las Filipinas, en ese archipiélago formado por más de 7.000 islas que abarcan en total una superficie de 296.000 kilómetros cuadrados y cuya población se calcula en 13 millones de habitantes. Una mirada a un mapa nos demuestra cuán íntimamente unidas se encuentran estas islas, al archipiélago Malayo, a tal extremo que ofrece un aspecto político unitario.

El siguiente hecho es sintomáticamente descriptivo de la actual situación: Hace dos años atracó al puerto de Menado en la isla de Celebes un barco de guerra japonés, mientras la oficialidad y la marinería visitaban la localidad, un marinero se deslizó dentro del edificio escolar y con tiza dibujó sobre el pizarrón un bosquejo del mapa de Japón, China, las Filipinas y las Islas Holandesas, trazó un círculo alrededor de todo y escribió debajo: «El futuro gran imperio japonés».

La Malasia pertenece a los trópicos, tiene un clima de perpetuo verano, y su situación geográfica, ubicada como se halla entre el Pacífico occidental y el océano Índico la convierte en llave y acrecienta sus obligaciones políticas. Como una cuña se introducen las islas Holandesas entre las posesiones británicas en el sur de Asia, Australia y en los mares del Sur. El clima es especialmente apto para los japoneses, principalmente en los territorios elevados. Conviene también hacer notar un hecho poco conocido: los habitantes de las islas Filipinas situadas al norte no difieren en absoluto racialmente con los de las islas del sur del Japón.

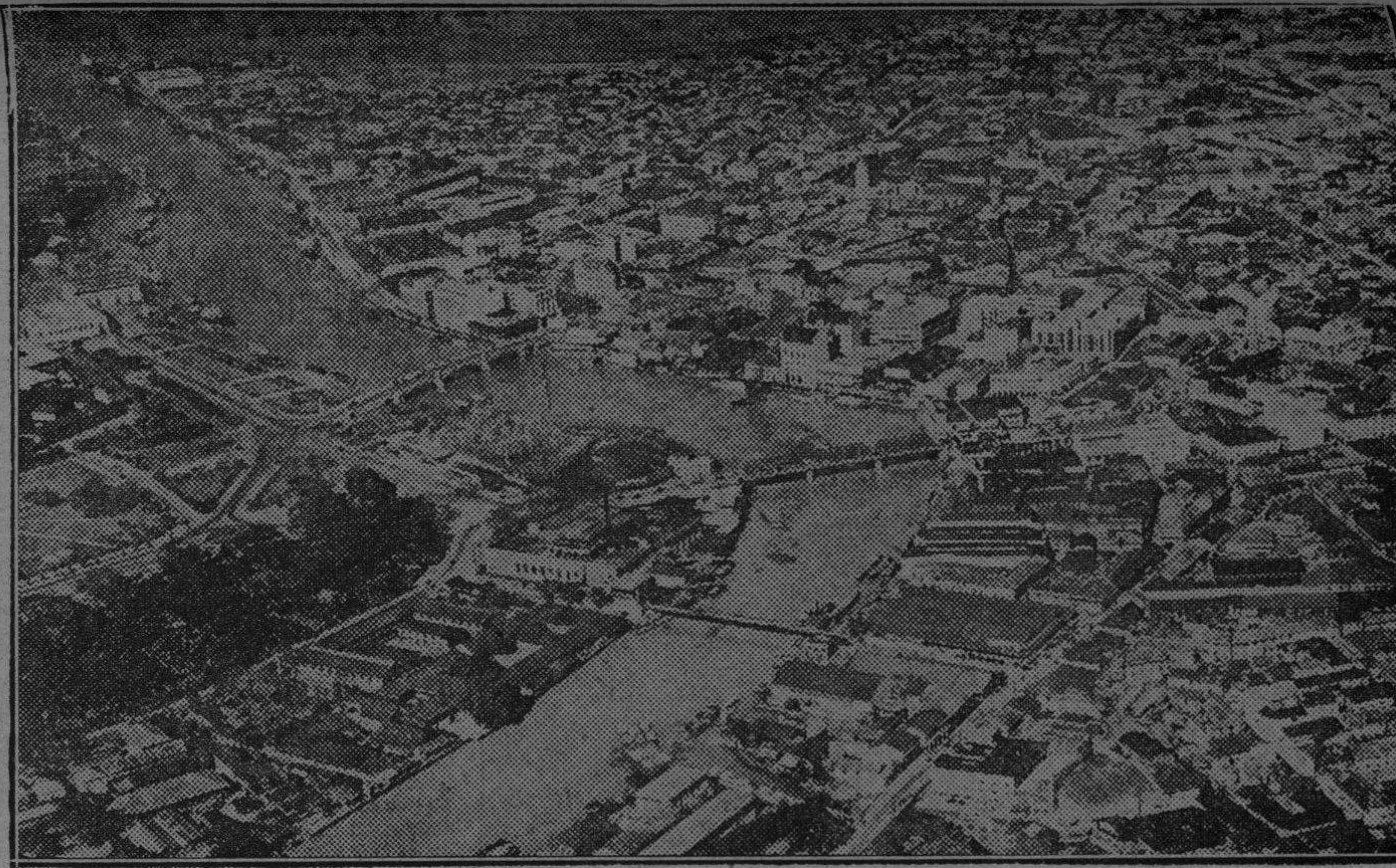
La población de la Malasia muestra un pintoresco conglomerado; hay negros, amarillos, malayos puros, malayos mestizos e hindúes. En las islas Filipinas viven 25.000 negros, los que antes de la llegada de los españoles (1570) fueron desalojados de las zonas fértiles hacia las áridas regiones montañosas por los malayos. Especial importancia tienen los 440 mil «moros», malayos mahometanos que viven en las islas meridionales de las Filipinas los que juraron no someterse nunca a la dominación de los 8.700.000 filipinos cristianos.

El filipino al que la mezcla de razas ha convertido en fácilmente accesible a las influencias extrañas, ha asimilado la cultura y el sentido de administración de los españoles por cuanto estos dominaron las islas durante 300 años, y también se convirtió al cristianismo. No sólo se distingue de los demás habitantes del archipiélago por ser cristiano sino también por su forma de vida y por su instrucción. El agregado de sangre española dió al filipino cierta superioridad y suavizó las influencias del caos de razas. En 1898 cuando los americanos reemplazaron a los españoles en el gobierno de las islas, implantaron una serie de medidas beneficiosas en el sentido civilizador, pero no ocurrió lo mismo en sentido cultural. El idioma inglés no se ha impuesto como sería de suponer; el español es hoy todavía el idioma que se utiliza en la política y en la sociedad.

Las islas surgieron repentinamente a la atención mundial cuando en el año 1898 pasaron a manos de los americanos como solución del problema de Cuba.

En el año 1894 las nuevas tarifas aduaneras de los Estados Unidos sobre el azúcar en bruto y refinado convirtieron en desventajoso el importante mercado del azúcar cubano en Norte América. El pueblo cubano comenzó a inquietarse por el peligro inminente de la desocupación en masa y los capitalistas americanos interesados en los ingenios azucareros pretendieron incluir a Cuba en el arancel aduanero americano. Después de mucho discutir el gobierno americano fué conquistado a favor de la independencia de Cuba y con esto también la otra posesión española, las Filipinas, se convirtieron en americanas.

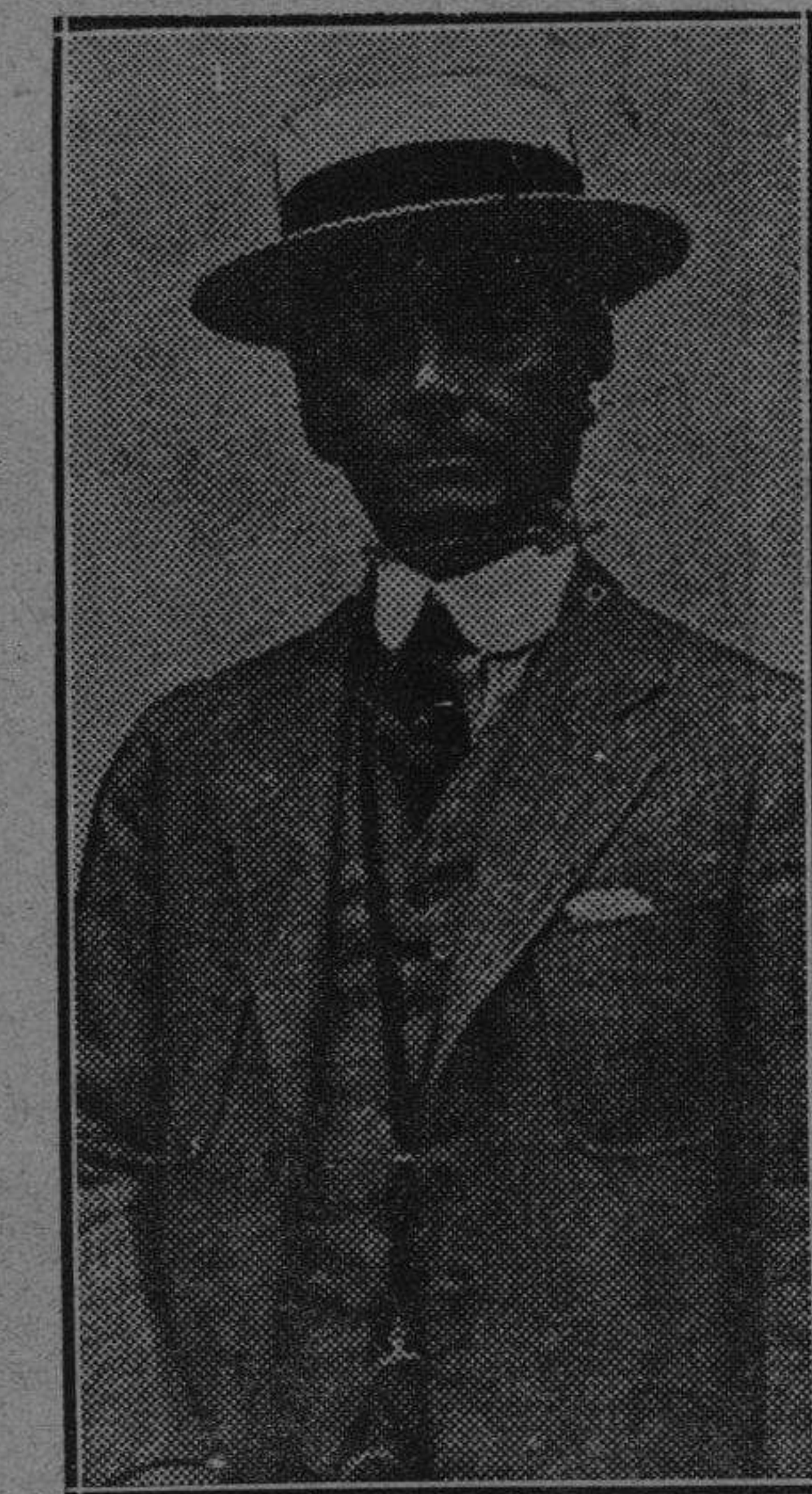
Lo que en realidad habían pretendido



Manila (capital de Filipinas), vista desde una altura de 3.000 pies. El río que corta la gran urbe es el Pasig. Los modernos puentes han unido la vieja y la nueva ciudad

¿RENUNCIAN A LAS FILIPINAS DEFINITIVAMENTE LOS E. U.?

Por el Dr. Johannes Stoye



Quezón, el Presidente electo hace tiempo, el cual ha reclamado repetidas veces la inmediata, total independencia

los americanos era ocupar transitoriamente las islas Filipinas para mantener atadas allí las fuerzas españolas y facilitar con eso la independencia de Cuba, pero cuando la investigación económica de estas islas dió sorprendentemente un resultado sumamente favorable, se dijo que Norteamérica se limitaría a administrar como mandataria las islas y devolverles la independencia en cuanto estuvieran «maduras» para ello.

Desde un principio se resistieron los filipinos a ser incorporados en el movimiento administrativo americano, pues esto significaba una fatal dependencia para la venta de las muchas materias primas que producía la isla (caña, azúcar, kopra, aceite de coco, tabaco etc.). Estos temores se vieron confirmados,

pues siempre con mayor intensidad aumentó la influencia del mercado americano sobre la economía filipina. En 1902 a los productos filipinos se les concedió una rebaja en los aranceles aduaneros que equivalía a una 25% y en 1909 se le concedió la completa exención de derechos aduaneros, (exceptuando el arroz). Es cierto que se fijó en 300.000 toneladas anuales la entrada de azúcar libre de derechos; igualmente al tabaco se le fijó una cuota máxima. En el año 1913 se implantó el comercio libre sin restricciones entre los dos países y con esto el comercio exterior de las Filipinas se elevó en 1929 en un 370%. En el año 1900 los Estados Unidos compraban el 12 por ciento de la exportación total de las Filipinas y lo que le vendían era insignificante, en 1934 compraba el 87 por ciento de la exportación y vendía el 65 por ciento de lo que se importaba en las islas. Los filipinos hubieran preferido que su comercio externo no hubiera aumentado tanto porque entonces el comercio interno se hubiera asentado más sólidamente y se hubiera desarrollado en forma más uniforme.

Los americanos procedían políticamente con la misma despreocupación; las Filipinas no se convirtieron ni en estado soberano dentro del régimen estadounidense, con los derechos ciudadanos de sus habitantes, ni fueron puestas fuera de la constitución. La independencia no les fué concedida, se trató en varias oportunidades pero siempre fué postergada. A los filipinos se les concedió, en parte, la administración, pero Washington mantuvo fuertemente en sus manos las riendas del gobierno. Poco antes de finalizar su período presidencial, el presidente Wilson hizo una tentativa para conceder a los filipinos su completa independencia, pero tropezó con energética resistencia en ambas cámaras del congreso. Bajo el gobierno del presidente Harding, en el año 1921, se realizó una investigación por parte de una comisión nombrada al efecto; la misma se expidió con un despacho desfavorable con respecto a la situación económica de las Filipinas, injustamente, porque el comercio exterior de las islas que en los años 1909 a 1913 representaba un término medio de 100 millones de dólares por año, se elevó durante los años 1914 a 1920, a 180 millones de dólares anuales.

Después de 1922 el movimiento en favor de la independencia creció en inten-

sidad; en 1926 se nombró una nueva comisión investigadora, la que aún cuando se expidió favorablemente en lo que respecta a la eliminación de los más graves inconvenientes, denegó nuevamente la independencia. Recién cuando en 1929 se produjo la intensa crisis económica, se pensó seriamente en Washington en solucionar la cuestión de las Filipinas. Los filipinos se dirigían siempre en mayor número hacia los Estados Unidos, las plantadoras de remolacha azucarera en Norteamérica se adhirió a la corporación por temor a una baja general en los salarios, los capitalistas americanos que estaban enormemente interesados en el mercado de la caña de azúcar cubana, lucharon contra el azúcar de las Filipinas; además de esto la introducción de kopra, aceite de coco y cáñamo de las Filipinas fué considerado como perjudicial para los campesinos americanos. En marzo de 1930 fué presentado al congreso de los Estados Unidos un proyecto de ley que sirvió de base para el decreto por el cual se le concedía a las islas la tan ansiada independencia. En el año 1931 distintos miembros del congreso visitaron las Filipinas para estudiar no sólo la situación económica sino también la política; en 1932 hubo violentos debates en el congreso y en el mismo año se dictó la ley de la independencia para las islas Filipinas.

LAS BASES DE UNA CONSTITUCION

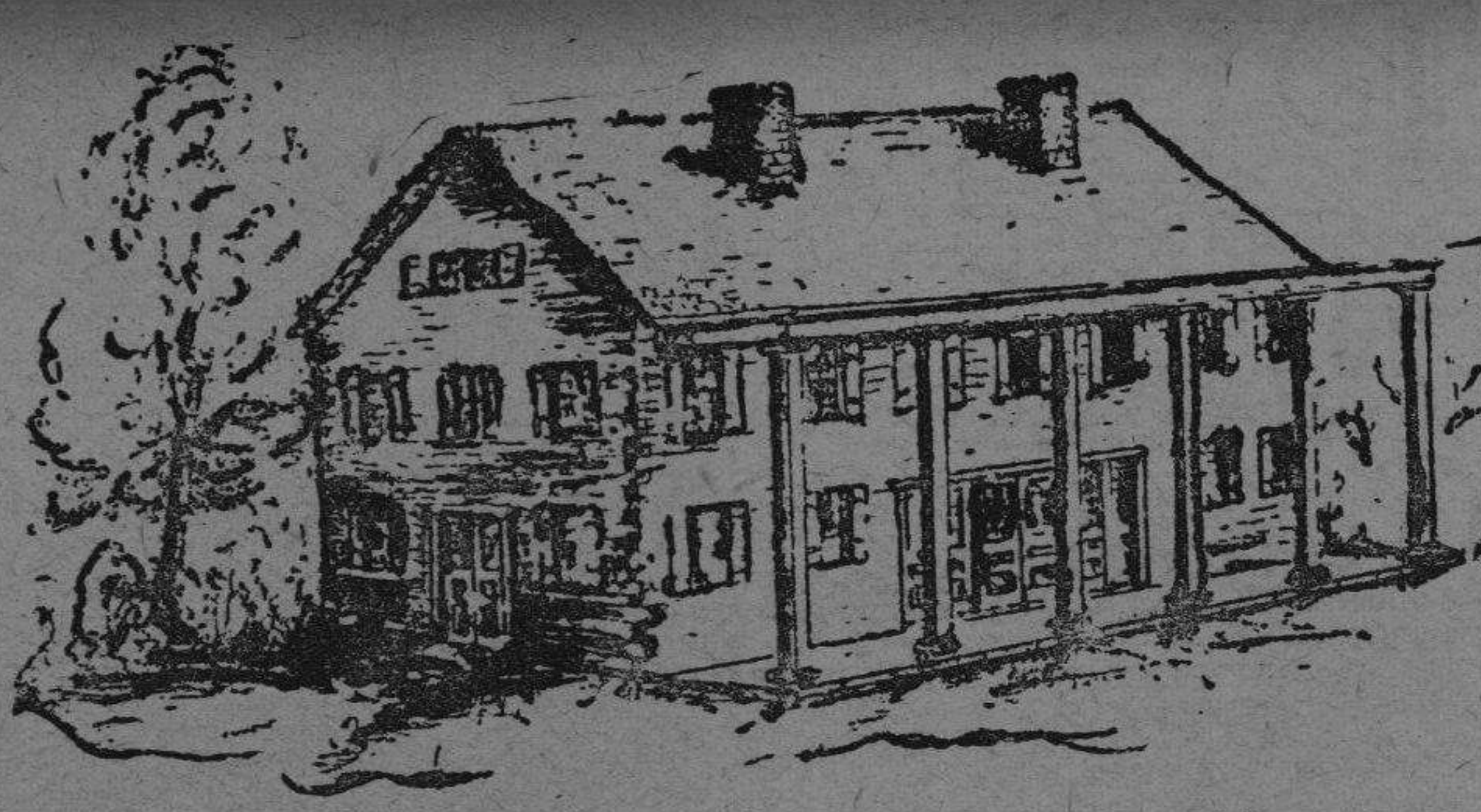
En ella se especifica que en el término de dos años una convención nacional de filipinos debe estudiar y proponer las bases para una constitución. Recién con la aceptación de la misma alcanzaría el pueblo filipino su verdadera independencia. Independientemente de esto, la ley que concede la independencia, establece que hasta el año 1945 un gobierno filipino semi independiente comenzará a gobernar y que la exoneración de derechos aduaneros con los Estados Unidos desaparecerá en forma gradual. Hasta entonces quedará la guarnición militar norteamericana y en lugar del gobernador ejercerá las funciones de administrador un alto comisario en Manila. Con todo esto se les ha concedido a los filipinos una cierta autonomía como anticipación de la completa independencia. El número de filipinos que anualmente podrá emigrar hacia los Estados Unidos quedó limitado a 50. Durante los primeros cinco años (hasta 1940) serán exceptuados de los derechos de aduana 800.000 toneladas de azúcar de caña, 50.000 toneladas de azúcar refinada, 200.000 toneladas de acei-

chas avenidas; se construyó un mercado en el centro de ella. Se dividieron 200 lotes de media manzana cada uno, y otros de una. Se hizo venir de las colonias vecinas a trabajadores. Se edificaron casas, tiendas, almacenes, un teatro, una capilla, grandes establos para vacas y caballos, una herrería, un hostería, una panadería colectiva y molinos. Se dispusieron jardines en torno a los pequeños cottages, tan caros al corazón de los franceses.

Pero todo esto, fué eclipsado indudablemente por «La Grande Maison», una inmensa mansión de dos pisos y una de las casas de madera más grandes jamás construidas. De ochenta y cuatro pies de largo por sesenta de ancho, construida totalmente de tirantes, vigas y tablas de maderas trabajadas a mano. Contiene diez y seis chimeneas, dos de ellas ubicadas en una sala de recibimiento de grandes proporciones. Ventanas altas de estilo francés se abrían sobre el río y un costado, y grandes corredores cuyos techos estaban sostenidos por pilares, rodeaban los otros estados de la casa. Este edificio y las demás casas construi-

la habían trasladado a la «Conciergerie». La separaron de sus hijos; todo lo intentado para llevarla había fracasado; se resolvió llevar a cabo un último plan arriesgado:

El plan de evasión conocido por el nombre de «La Conspiración del Clavel» consistía en lo siguiente: Un inspector de cárceles adicto a la reina, fué convencido para que admitiera en su celda a un antiguo cortesano llamado Rougeville. La reina lo reconoció, pero rodeada como se encontraba de guardias en todo momento, no se animó a darselo a saber. En un momento dado, cuando no se sentía observado, Rougeville arrojó detrás de un pequeño mueble de la celda, un clavel. Luego la reina lo levantó sin ser vista. Enconada en el corazón de la flor se hallaba una esquila donde se le volvía a ofrecer la oportunidad de evadirse, si ella se animaba a hacer nuevamente otra tentativa. Debía contestar: ¿pero cómo? No tenía lápiz, tinta, ni papel. Todo le había sido sacado. Destruyó la esquila y, por fin sobre un trocito de papel encontrado en un rincón de su cuarto escribió le-



La «Grande Maison», donde se creyó que María Antonieta podría encontrar refugio, es una de las casas de madera más grandes conocidas

bían tomado a su tierra adoptiva, sentían agudas nostalgias, y uno tras otro fueron partiendo hacia la patria abandonada. La colonia se deshizo. De las cuarenta familias que la habían habitado, sólo quedaron tres: los Homets, los La Forté y los Le Fevres.

El viajero curioso que desee conocer algo de lo que resta de esta colonia francesa, siguiendo la flecha que indica la dirección que debe tomarse, podrá observar los distintos sitios donde existían casas, el molino y una gran piedra que señalaba los linderos de la colonia a orilla del río.

A corta distancia se encuentra una pequeña aldea llamada Frenchtown (Ciudad Francesa), donde existen unas cuantas casas edificadas por los descendientes de algunos de los refugiados. Más lejos, sobre la carretera que construyó Omer Talon, hay otra aldea francesa llamada Dushore, contracción del nombre de aquel intrépido emigrado Aristides Aubert Du Petit. Thouors, que peleó con tanto valor por Francia, y según algunos historiadores, también luchó en nuestra Guerra de la Independencia.

Un paseo metódico hará que el viajero observe la huella donde existió la avenida principal que cruzaba el mercado y llegaba hasta el río donde aun existen vestigios de un muelle y cimientos de piedras. Y si su curiosidad quisiera satisfacerse plenamente, podría pe-

dir permiso para visitar la vieja casa de Mrs. Hagerman, y la antigua vivienda de los La Forté que todavía está en pie. En ella encontrará las grandes estufas y chimeneas; las bisagras, los soportes y palas de hierro forjado a mano, puestos en un sitio por La Forté en persona, hace más de cien años.

La colonia prosperó porque la dura vida de los colonos los hizo fuertes y prácticos. Llevaron a aquellos lugares inhabitados a artesanos hábiles. Dieron impulso a nuevas industrias. Construyeron puentes y caminos, y se establecieron un servicio postal regular entre ellos y Filadelfia. Impusieron un nuevo y mejor «standard» de vida, de educación y de cultura, de manera que su influencia creció y se propaló hasta lejanos confines.

Los salones de aquellas casas de madera fueron testigos de conciertos, de bailes, de comedias y de dramas. La hospitalidad desplegada por los exiliados franceses era fastuosa en relación al ambiente en que vivían. Luis Felipe, Talleyrand y otros, personajes célebres que llegaron hasta la colonia en la selva, fueron recibidos con pompa aristocrática. Un verdadero asilo noble que duró sólo diez años, pero que dejó la huella de su paso gentil en todas las comarcas vecinas.



El Vizconde Louis Marie de Noailles, cuñado de Lafayette, fué uno de los fundadores de Asylum

Cuando el Duque de la Rochefoucauld Liancourt visitó la colonia de Asylum, en 1795, se habían construido ya treinta casas. El Duque, escritor y reformador social, fué uno de los muchos nobles que se interesaron por la prosperidad de Asylum.

dias con tanta rapidez, mereció la admiración de los habitantes de las aldeas vecinas. Las escaleras y las puertas esculpidas, las inmensas chimeneas y estufas, las hornallas y las grúas y soportales de hierro forjado a mano, los grandes ventanales de vidrio, las persianas, los pisos simétricos y paredes cubiertas de papeles floreados de tonos alegres; estas casas parecían a los primeros colonizadores, palacios de ensueño surgidos de la noche a la mañana en medio del valle salvaje.

Sin embargo, no sabemos si estas «maravillas» causaron la misma impresión en el ánimo de los aristócratas desterrados. Acostumbrados al lujo de París ¿qué pensarían de estas casas de madera rodeadas por una cadena interminable de montes, que sólo podían proveerse en Wilkeshire o en Filadelfia, por agua o por vía de las silváticas carreteras que cruzaban las montañas? ¿Un asilo, en verdad, porque ninguna guillotina se alzaba en medio de esta plaza? El derecho a formar una nueva vida, hacia que cada casa de madera constituyera el mejor de los hogares. Y así fueron construyéndose jardines, chacras, invernaderos, todos meticulosamente protegidos por cercos contra el avance de los animales de rapiña. Se construyeron caminos y por ellos llegaron de Filadelfia muebles y mercaderías para surtir a los primeros colonos.

Y la reina. Todas las tentativas de evasión habían sido frustradas. En enero de 1793 el pobre y atontado rey fué ejecutado. Luego se supo que a la reina

respuesta con una aguja. Esta debía haber sido llevada por un soldado de confianza. Pero el soldado, temeroso por su propia vida, la traicionó y la esquila destinada a los amigos de la reina, fue a parar a manos del Tribunal Revolucionario. El mensaje real no llegó hasta los fieles que esperaban junto a la costa para llevar anclas en cuanto pusiera los pies sobre el barco la soberana. Esperaron... pero la espera fué vana, y cierto día tuvieron que partir.

Muchos meses pasaron antes de que la noticia de la muerte de María Antonieta llegara a oídos de los colonos en «Asylum». La colonia florecía, hasta que llegó nuevamente la noticia de la muerte del pequeño Delfín acaecida en la prisión. No obstante estos golpes, que desvanecían las esperanzas para el rescate de la familia real, la colonia se mantuvo próspera. Cuando el Duque de Liancourt visitó el lugar en 1795, halló treinta casas de madera. En 1796, cuando arribó Luis Felipe, existían ya cincuenta casas y unos doscientos habitantes.

Eran muchos los emigrados. Oficiales franceses del ejército y la armada, sacerdotes, realistas, hombres y mujeres de la corte y nobles de todos los rangos.

Durante diez años estos valientes permanecieron en Asylum. Supieron también que un nuevo amo gobernaba a Francia llamado Napoleón Bonaparte. Parecía que del caos comenzaba a surgir un nuevo orden; y luego, en 1803, llegó hasta ellos el decreto de Napoleón que hacía posible la vuelta a Francia de los exiliados. Y a pesar del cariño que ha-

blanca jamás permanecía ociosa Siempre tenía algo que hacer: párrafos previamente señalados para copiar de algunos libros, cuartillas escritas por el Conde que requerían ser descifradas y puestas en limpio, y extractos que obtener de periódicos, de revistas y de libros de todas clases.

Esto último constituía la parte más difícil de su tarea. Y, sin embargo, lo desempeñaba admirablemente. Su espíritu recto y juicioso sabía reconocer por instinto lo que convenía elegir y lo que debía desechar. Pero su modestia y el fondo tímido de su carácter, en lo que se refería a su mérito personal, hacían que considerase imperfecto todo cuanto ejecutaba.

El Conde, cuando el trabajo estaba terminado, lo leía, no formulaba observación alguna y clasificaba por propia mano los nuevos materiales preparados por su secretaria.

Sin duda, esta bien—pensaba la muchacha al ver que los papeles pasaban a carpetas—. Pero ¡qué fácil le sería animarse con una palabra!

—Es lástima que no sepa usted leer y escribir los caracteres rusos—dijo cierto día el Conde a Blanca.

A la mañana siguiente, la secretaria que había velado parte de la noche, estudiando el alfabeto ruso encontró ocasión de manifestar los conocimientos adquiridos.

—¡Ya!—exclamó el Conde, sonriendo. Era la primera vez que una sonrisa cruzaba por aquella fisonomía altanera, dirigiéndose a la secretaria.

Después añadió algunas palabras en ruso. Blanca, ruborosa al oír aquel «ya»—elogio de gran valor en los labios del Conde—irguió la cabeza con admiración.

—¿Cómo encuentra usted el idioma ruso—le preguntó, sin sonreír.

—Muy dulce y muy grato al oído—babuceó tímidamente Blanca.

—¿Me habrá usted entendido, por casualidad? No me extrañaría. La considero a usted capaz de realizar prodigios.

Blanca sonrió modestamente. Había hablado con sinceridad. El idioma ruso, completamente nuevo para ella adquirió en los labios del conde, que se encontraba en uno de sus rarísimos momentos de simpatía comunicativa, dulzura extraordinaria.

—No parece el mismo de siempre—pensó.

El silencio se restableció en el acto. De nuevo corrió la pluma sobre el papel, y salvo los instantes en que dictaba, el conde mostré dolorosamente meditabundo. Pero tan pronto como cesaba el rasgueo de la pluma de Blanca, estremecíase, cual si acababa de despertar, y reanudaba la frase anterior con lucidez asombrosa.

Aquel día, al terminar la sesión, el conde dijo a Blanca:

—Déjeme las señas de su casa. Se me ha ocurrido la idea de enviar a usted una gramática rusa y un diccionario.

—Prefero llevarme esos libros—contestó la secretaria.

—Como usted guste. No he de ocultarle que me será cómodo que se encuentre usted, lo más pronto posible, en condiciones de poder traducir las cartas que recibo de Rusia.

Blanca inclinó la cabeza en señal de asentimiento. El conde oprimió uno de los muchos botones de timbre colocados al alcance de su mano.

—Inmediatamente un hombre que no vestía librea, sino el traje nacional ruso, comparció, como evocado por una varita mágica.

Su señor le dirigió unas cuantas palabras en su idioma. El hombre desapareció inmediatamente, y reapareció al cabo de pocos segundos con un paquete.

—Esto no es excesivo para comenzar—observó el conde, sopesando el envoltorio.—Tengo por cierto que pronto llegaremos a textos más amplios. Aquí van únicamente los primeros elementos.

X

Cierto día prodújose tras el tapiz que separaba al despacho del salón inmediatamente tan inusitado en aquella mansión silenciosa, que Blanca interrumpió su tarea.

Entre rumor de sedas elevábase imperativa y amenazadora una voz femenina, a la cual contestaba con humildad, en ruso, una voz de hombre que, aun expresándose con sumisión y con acento moderado, trataba inútilmente de hacerse oír.

—¿Qué ocurre?—murmuró el conde, frunciendo las cejas y revelando terrible emoción.

Se levantó, pero no tuvo tiempo para llegar hasta la puerta. Apatóse el tapiz, y una dama joven, espléndidamente bella y lujosamente ataviada, penetró en la estancia.

Eran la vida, la elegancia, la primaveral, la juventud invadiendo el retiro austero, en el cual llevaba sepultado varios años el conde de Woronzoff.

El dueño de la casa no se mostró deslumbrado ni encantado. Pero aquella aparición no fué indudablemente la que temió en un principio, porque cesó el fruncimiento de cejas, apagóse el brillo fulgurante de sus pupilas y le volvió el color a las mejillas, que de repente habían palidecido con gran intensidad.

Su rostro manifestó sólo cierta sorpresa displicente, que respondió muy mal a la seductora sonrisa que le dirigió la visitante.

—¡Al fin!—exclamó la dama, dejándose caer, como rendida de cansancio, en el primer sillón que encontró aun cuando el conde no la invitó a tomar asiento.

Resultaba hechicera en aquella actitud de coqueón abandonado. Oleadas de seda azul celeste, mezcladas con lazos y con volantes de crespon de China de color azul más oscuro, cubrían el sillón y caían graciosamente hasta la alfombra.

Un elegantísimo sombrero azul también, ofrecía un conjunto delicioso de plumas azules y de tonos sonrosados, de tul, de riquísimos encajes y de rosas agrupadas en un ramillete.

Todo ello servía de marco a un rostro lozano, añado, bello, que visto a la

opereta que acaba de estrenarse. —¡Oh! ¡Sergio! ¿Es posible que me desconozca usted hasta tal punto? —O bien para asistir a la segunda representación, ya que no pudo ser al estreno, de la comedia «sensacional» que los periódicos han venido anunciando. —¿Estuvo usted en el estreno?—preguntó la dama.

—Ni estuvo en el estreno, ni pienso asistir a la segunda ni a la tercera representación. No me inspira interés esas comedias. Cuando voy a la Comedia Francesa, es para proporcionarme el goce de ver representada alguna tragedia de Corneille o de Racine, o alguna obra cómica de Molière. De esos autores no me canso nunca.

—Segura estoy de que Corneille es el predilecto de usted.

—Pues está usted equivocada. Me agrada más Racine.

—¿Quién es esa persona?—preguntó la visitante, en voz baja, señalando a Blanca.

Hizo la pregunta en ruso, pero Blanca conocía ya aquel idioma lo suficiente para comprender la interrogación y la respuesta dada pocos momentos después.



media luz del amplio despacho, parecía extremadamente juvenil. Pero a pleno sol y sin el velillo moteado de blanco, aquella linda criatura representaba unos treinta años.

El conde de Woronzoff manteníase de pie, mudo e inmóvil ante la dama. Su actitud decía elocuentemente:

—Me molesta usted muchísimo. ¿Qué desea usted?

—¿Cuándo he tenido que buscar para llegar hasta aquí!—murmuró dulcemente la dama.

Ya no se expresaba con el acento imperativo que empleó minutos antes.

—Bueno—respondió brutalmente el conde.— El animal está en la madriguera; el resultado de la cacería es satisfactorio.

—¡Mentira parece que me reciba usted de este modo! He recorrido trescientas leguas de un tirón y merezco mejor acogida. ¡Ingrato!

Intentó conquistar una mirada de ternura, pero los aleonados ojos del conde en los que a veces brillaban relámpagos fulgurantes, permanecieron sombríos y como velados.

—Usted ha recorrido trescientas leguas para oír cantar los «couplets» de

la Princesa, displicente, monosilábica por parte de su interlocutor. La dama aparentó al principio que no advertía la displicencia; pero al recibir una respuesta muy lacónica y nada suave intentó replicar en el mismo tono.

—Continúa usted siendo algo cosaco, querido primo—le dijo—, y sospecho fundadamente que la mujer que trate de domesticar a usted perderá el tiempo.

—¿Por qué razón? Dudo que exista un admirador más sincero y más desinteresado que yo de las gracias y del encanto natural o de la distinción adquirida, que son gains del sexo femenino. Ahora bien, declaró que busco algo más.

—¡Ah! ¿Busca usted?—exclamó la dama con refinadísima coquetería.— Pues, entonces, encontrará usted. ¿I que busca, halla.

—Aun siendo incrédulo como soy—dijo el conde, dirigiéndose por vez primera la vista hacia su juvenil secretaria—, no me agrada ver que se disfrace con traje mundano el lenguaje más divino que el hombre ha escuchado, en el mundo. No seguiré a usted a ese terreno.

—¡Oh, mi querido conde!—observó la princesa, riendo a carcajadas, con lo cual lucía los blanquísimos y menudos dientes encajados en verdadero esmalte rosa.— No siempre ha sido usted cual hoy, un Cantón austero. Hace un momento pase ante el Café Inglés, y recordé algunas aventuras del primer viaje de usted a París. Entonces era yo una niña, y sin embargo.

—Tenía yo veinte años, y como le llevo a usted un lustro, contaba usted quince. A los quince años ya puede uno acordarse de todo.

—¡Oh! ¡Antipático calculista! Es preciso ser una prima tan abnegada como yo para no incomodarse con usted.

El Conde sonrió desdenosamente. Paró un observador imparcial, aquella sonrisa quería decir: «¿Qué me importa? Pero la dama estaba resuelta a no ver cosa alguna que pudiera desalentarla.

—¡Si—añadió con acento muy jovial—me encontraba como ha dicho usted perfectamente, en edad de acordarme, puesto que no he olvidado la lectura de un periódico francés enviado a mi madre por una amiga suya residente en París; a escondidas pude ver aquel periódico aun cuando me habían prohibido leerlo.

Intensificó la expresión irónica en los contritos labios del Conde.

—Pues sí, señor ingrato—añadió la Princesa, lo he leído porque sople que en él se hablaba de usted. Entonces no era usted un filósofo como ahora, ni vivía recluido en una biblioteca entre libros polvorientos...

—Aborrezco el polvo—interrumpió el Conde.— No lo tolero ni aun en los libros. Me agrada que todo está limpio.

—Prescindáms del polvo para compiacer a usted; mismo resultará que vive usted en un santuario inaccesible, defendido por un dragón rugiente. Aludo al hijo Dimitri, que ha estado a punto de carne con la puerta en las narices.

—Era su consigna.

—Consigna muy amable. Pero, volviendo al Café Inglés y al periódico que en parece que cierto día, a eso de las cinco de la mañana, antes de que la aurora parisienne hubiese abierto con sus dedos de rosa los párpados de la gran urbe, cuando por calles y por bulevares circulaban únicamente los traperos que terminaban su rebeca o los obreros que iban al trabajo, el Conde de Woronzoff, animado por una cena espléndida, derramó, desde lo alto de un balcón del Café Inglés, una lluvia de oro sobre los escasos transeúntes. Aquella lluvia hizo salir de sus escondrijos a muchísimos seres humanos. Pocos momentos después el tumulto adquirió tales proporciones, que la policía vióse obligada a intervenir.

—¡Ya era hora! El gran señor ruso había tirado por el riego diez mil francos en pedos aquella noche. ¡Buen jugador!

El Conde se encogió de hombros.

—Ya que me dispensa usted el honor de favorecerme con una visita largamente, preferiría que hablase usted de cualquier otra cosa. Hace un momento se acordaba usted conmigo de las vejeces

Quénteme lo que ha visto en el Salón de Bellas Artes.

—Primeramente he visto a todo París; después he admirado deliciosos cuadros, entre ellos, el tocador de una gran señora japonesa. Ese fué el que más me gustó; realmente es admirable. Hay en él telas de la India, tejidas con oro y seda, que inspiran el deseo de vestirse con ellas.

—Reconozco esas frases—manifestó el Conde formalmente—. Las he leído en la crónica artística de un periódico.

La princesa se encogió de hombros y murmuró con tono sentimental.

—Se ha propuesto usted aburrirme, pero no lo conseguirá. Cuando no establezco indicación de procedencia, es porque las cosas son de mi exclusiva, aunque modesta cosecha. No me agrada enganar a nadie con plumas ajenas.

—Perdone usted, señorita—exclamó bruscamente el conde, como si en aquel momento se hubiese dado cuenta de la presencia de Blanca—. Sírvase usted dispensarme por el mucho tiempo que le hago perder.

La pluma, sin embargo, no había cesado de correr sobre el papel. Jamás el joven secretario había escrito con tanta rapidez, y, no obstante, no perdía palabra de la conversación allí sostenida. Admiraba la desenvoltura soberana con que aquella dama sortaba las dificultades, la viveza de sus réplicas y el privilegio que poseía de hacer que aasmase de vez en cuando una sonrisa a aquel rostro grave, generalmente contraído por un gesto amargo y deshecho.

—Yo soy única culpable de esta pérdida de tiempo, querido conde—observó la princesa—. Ya me marchó, no sin advertirle que, hasta tanto que encuentre instalación que me convenga, estoy en el mismo hotel que de costumbre. No me despidió exclamando adiós, sino ¡hasta la vista! Acuérdesse de que soy muy capaz de hacer salir a usted de su casa.

Tendió afectuosamente la mano al conde y saludó con una leve inclinación de cabeza a la secretaria; después, como a la llegada, escuchóse crujir de sillas, y la brillante visión desapareció.

—Aquí he apartado varias cartas para dar a usted cuenta de ellas, señor conde—exclamó Blanca, cuando el dueño de la casa, hubo ocupado su sitio habitual en el rincón más lejano del despacho—. Creo que merecen ser contestadas...

—Vamos a verlas—contestó.

Su alegría ficticia habíase disipado; mostrábase más sombrío que de costumbre.

—Bueno, ¿cuándo quiere usted comenzar la lectura?—murmuró con acento de impaciencia.

—Una circular de la Sociedad de Colonización y Exploración, que proyecta crear establecimientos en la isla de Sumatra, al Sur del antiguo imperio de Atchum, en las inmediaciones del territorio de los batavos. La expedición marchará en el mes próximo, y la Sociedad no duda del interés de su excelencia en favor de estos trabajos que...

—Basta, basta. Aun cuando no me inspiran interés los batavos, ni el imperio de Atchum, los estudios geográficos están muy de moda y es preciso aparentar que se participa de la afición general, so pena de verse calificado de salvaje. Contesté usted, pues, cortésmente, que pueden recoger de casa de mi banquero una cantidad de mil quinientos francos. ¿Qué más?

—Una carta de la Sociedad de Salvamento de Naufragos, del Havre, que desea celebrar el sexagésimo cumpleaños de su decano, fundador y consejero honorario, Miguel Pinard.

—Que lo celebre; no me opongo. ¿Qué me pide?

—Que asista usted al banquete y que abone una cuota de cincuenta francos.

—Remita usted doscientos y no se hable más del asunto.

—Pero... —observó Blanca, vacilando—debo decir que asistirá usted al acto?

—En modo alguno. ¿Qué tengo yo que hacer allí?

—Concemos—añadió Blanca, leyendo la carta en voz alta—el amor del noble conde de Woronzoff hacia sus semejantes y el abnegado celo de que en muchas ocasiones ha dado pruebas en bien de la Humanidad...

—Que me ahorquen si hay una sola palabra de verdad entre tanta palabrería.

—Aun cuando Rusia está lejos—continuó leyendo la muchacha—, todos los que fraternizan en sentimientos acaban por conocerse. Hemos leído y no hemos olvidado que el conde Sergio oronzoff ha expuesto muchas veces su vida por salvar a humildes siervos de sus dominios.

Al concluir la lectura, Blanca levantó tímidamente la cabeza, y sus pupilas oscuras, con reflejos de oro, parecían decir:

—No lo niegue usted; no desmienta a

está buena gente. Déjeme creer que en usted vale más el corazón que las palabras.

El conde interpretó bien aquel ruego silencioso.

—Tal vez, en ratos perdidos... no diré que no... —murmuró—. ¡Le admira a usted que me haya proporcionado esa inocente distracción?

Amargo era el acento de aquellas palabras. Blanca sintióse lastimada y se asombró de la insensibilidad que mostraba el conde. Después de todo, ¿qué le importaba a ella, no siendo responsable de las acciones de aquel hombre? Si se empujaba en ser malo, si quería cerrar el corazón a toda voz humanitaria, ¡jala él!

—Continúe usted—dijo el conde, como si adivinase lo que pasaba en el fondo del alma de la secretaria y tratase de interrumpir el curso de sus reflexiones.

—Excelencia—comenzó Blanca, tomando otra carta—, sabemos que la mano generosa de usted nunca se cierra; nos consta que está siempre abierta cuando hay a guta necesidad que remediar...

—Etcétera, al cesto. Detesto la adulación y aborrezco a los aduladores. ¿Hay más?

—Otra circular del presidente de la Sociedad general contra el alcoholismo, que solicita el honor de que el nombre de usted figure...

—Que dejen mi nombre en paz. Enviaré dinero, que es lo que todos buscan. ¿Queda algo por ver?

Un libro de poesías remitido por su autor.

—Detesto los versos, en general. Devuelva usted ese libro a su procedencia.

—El autor—insinuó Blanca—es un padre de familia que se encuentra en la más apremiante necesidad...

—¿Cómo se titula el libro y quién es el autor?

—La obra se titula «Los amores de los

Angeles» y su autor es Evaristo Moutardier.

—Peregrina ocurrencia la de dedicarse a escribir versos, siendo padre de familia y llevando un apellido vulgar! Y usted, de seguro, la carta de ese señor Moutardier comienza con las manoseadas frases: «Conociendo la generosidad incomparable de su excelencia etcétera.»

—No, señor—contestó Blanca, con firme acento—. La carta pone de manifiesto necesidades perentorias; pero, sin embargo, es digna.

El conde abandonó el asiento que ocupaba, paseó rápidamente por la estancia y luego se colocó de pie ante su secretaria.

—¿Se admira usted—dijo con acento de tristeza algo irónica—de que el loco que arrojaba el dinero por el balcón, según acaban de referir intencionadamente hace un momento, rehuse hoy la limosna de unas cuantas monedas de oro a un prójimo suyo que se encuentra necesitado?

—Sí, señor—respondió tranquilamente Blanca, atreviéndose a mirarlo cara a cara.

—Pues bien, señorita, abra usted esa caja de caudales, tome de ella a manos llenas y arroje cuanto quiera a la calle. Aunque vivimos en un barrio aristocrático, dentro de pocos minutos verá usted congregarse una multitud alborotada y mendicante.

Blanca permaneció silenciosa.

Decididamente desde la visita de la princesa Olga el Conde de Woronzoff mostrábase menos sombrío. Hablaba más a menudo con Blanca, pero también eran más frecuentes sus ausencias.

—Iba a visitar a aquella linda prima, que con su aparición había llevado sonrisas, animación o por lo menos ecos de otra vida a aquel palacio consagrado a la tristeza?

No, no era éste el compañero adecuado para la espléndida dama. La Princesa había nacido parisense, y su carácter y su belleza tenían campo de acción más indicado en las riberas del Sena que en las del Neva. No parecía de la misma raza que los Woronzoff, extraordinario en las molduras de tonos oscuros.

Todos habían sido hombres terribles, según decía un librito que halló en la biblioteca del Conde, y que leyó con mucho interés durante una ausencia del dueño de la casa.

La leyenda comenzaba con un caballero polaco del siglo decimosexto abuelo materno de los Woronzoff; su retrato era copia de un grabado de la época, atribuido a Abraham Van Bruyn.

Sólo la vista de este formidable guerrero, de luengo mostacho, cráneo afeitado y toca empenachada; la magnificencia bélica de los arcos de su montura, y sobre todo la pesada hacha de armas, que parecía un juguete infantil en su mano poderosa, inspiraría a los enemigos terror saludable.

Cerca del anterior veíase, de uniforme, a un general Woronzoff que, después de haber luchado en veinte batallas sin ser herido, sucumbió en un desfilio inusitado.

Los adversarios, el general Woronzoff y el Príncipe de Dolgorucki, convinieron—para sustraerse al edicto de Pedro el Grande que condenaba a la horca a los duelistas—, en valerse de un medio que establecía mayor igualdad que las condiciones que suelen estipularse en los lances personales.

Los adversarios se colocaron en un punto determinado, contra el cual los suecos dirigían sus disparos, y permanecerían allí hasta tanto que uno de los dos sucumbiera.

El convenio fue ejecutado lealmente. Los dos locos heroicos se mantuvieron erguidos cara a cara, con una mano en el cinto, mirándose fíeramente, hasta que el General cayó destronado por una bala de cañón.

—Creo que este hubiera sido muy capaz de hacer otro tanto—murmuró Blanca mirando el retrato del Conde.

Blanca lo conocía a todos por sus nombres y estaba al corriente de sus hazañas. Aquellos personajes allí retratados habíanse convertido en los compañeros de las horas de soledad de la secretaria cada vez más frecuentes.

El Conde dejó de vivir encerrado en su retiro. Se prestaba más a recibir visitas y salía mucho. Sin duda acompañaba a su bella prima a pasear por el Bosque, porque Blanca oía casi diariamente el choque de las herraduras de «Mazepa»—el caballo favorito— en las losas del patio principal, a la salida y al regreso.

Hasta entonces el Conde, excelente jivete, solía cabalgar por el Bosque muy de mañana cuando no había pasantes. Pero la Princesa Olga tenía gustos diametralmente opuestos a los de su primo. No era mujer capaz de reservar para el escaso público matinal sus habilidades de amazona, que encontraban numerosísimos admiradores por las tardes.

XI

—¿Qué aguarda usted para satisfacer sus instintos benéficos?—observó con amargura—. No hablo en broma. Aquí está la llave de la caja.

Blanca se ruborizó indignada.

—No es a eso a lo que yo doy el nombre de limosna—murmuró la muchacha.

—¡Ah! ¡Ya comprendo! La limosna consiste, para usted, en llevar un haz de leña y una botella de vino añejo a la guardilla próxima. ¡Encantadoras quimeras soñadas en la juventud! Pero yo he dejado definitivamente de soñar, y no me siento en modo alguno con vocación para desempeñar papeles de hada de cuentos azules.

XII

Cierto día, en el momento de llegar con su puntualidad acostumbrada al palacio de Woronzoff, encontróse Blanca con Dimitri, el sirviente de confianza del Conde, que parecía estar esperándola en el vestíbulo.

Dimitri le presentó en una bandeja de plata un pliego lacrado y sellado.

Blanca reconoció en el acto los ilegibles caracteres de letra del conde, aquellos rasgos grandes y firmes que resultaban ya perfectamente claros para la secretaria, por haberlos estudiado con muchísimo detenimiento.

El corazón de la muchacha palpitó con violencia extraordinaria. ¿Encerraría aquel sobre una despedida?

XIII

Cierta mañana cuando no había pasantes. Pero la Princesa Olga tenía gustos diametralmente opuestos a los de su primo. No era mujer capaz de reservar para el escaso público matinal sus habilidades de amazona, que encontraban numerosísimos admiradores por las tardes.

La Ciudad Americana Construída para María Antonieta

DESDE una de las elevaciones rocosas al norte de Pensylvania, entre las ciudades de Wysox y Wyalusing, el viajero podrá contemplar a sus pies un panorama de sin igual belleza. Desde esta terraza natural, de más de mil pies sobre el nivel del Río Susquehama, observará cómo la naturaleza ha delineado con pinceladas multicolores, los contornos purpúreos de las montañas, la delicada línea gris plateada de los ríos y toda la gama de verdes en los fértiles campos circundantes.

Sobre esta cumbre, a un costado del camino real, yace una placa de bronce merustada en la roca. A un paso de distancia, sobre una piedra, está inscrita la palabra «Asylum», y una flecha apunta hacia el valle, donde unas cuantas casas y chacras salpican las costas sinuosas del río.

A los viajeros se les facilita pequeños telescopios para que puedan mirar desde la cima todo lo que ha quedado de aquel romántico empeño de un grupo de hombres que quisieron crear un refugio para una reina desgraciada. En la placa se lee:

«Una colonia de franceses realistas que huyeron de la Revolución Francesa en 1793 se estableció en el valle directamente frente a esta señal. Fué proyectada y ocupada bajo la dirección del Vizconde de Noailles y del Marqués Arcoine Omer Talon. Se tenía esperanza de que la Reina María Antonieta pudiese aquí hallar refugio. Entre los muchos visitantes distinguidos que llegaron, están Luis Felipe, Duque de Orleans, luego Rey de Francia, el Príncipe de Talleyrand, el Duque de la Rochefoucauld-Liancourt.»

¡Cuántas desventuras encierran estas palabras: «¡Se tenía esperanza de que la reina María Antonieta halla aquí refugio! ¡Y como podría haberse traído a esta mujer, de una cuna real, a este sitio salvaje, a esta colonia llamada «Asylum»? ¿Cómo habrían hecho estos hombres de vida cómoda y gustos refinados para conquistar este desierto?»

A estas preguntas contesta una interesante página de la historia, página que hace retroceder al viajero hacia tiempos y escenas famosas de masacres y batallas, hacia colonias donde los nuevos habitantes necesitaban defender sus hogares a sangre y fuego, contra los indios y más tarde contra los ingleses y sus aliados indios en aquellos días de la Independencia.

En la guerra de 1776 nos prestaron su ayuda muchos nobles franceses, entre ellos Lafayette, su cuñado, Luis de Noailles y el Marqués Antoine Omer Talon, anteriormente fiscal del crimen de París y jefe del servicio secreto del Rey. Después de la toma de la Bastilla en 1789, muchos de estos hombres volvieron a las nuevas tierras por las que habían luchado antes. De Noailles volvió a Filadelfia donde fué bien recibido por sus antiguos camaradas Alexander Hamilton, William Morris, Stephen Girard y otros, que protegieron a los refu-



María Antonieta, según un apunte de su época de esplendor.—(Copia de M. L. Valentino)

giados, tanto de Francia como de Santo Domingo, donde los esclavos se habían rebelado contra los franceses.

De Noailles, que era un realista ferviente, halló en la libertad americana un amparo para los nobles perseguidos de su tierra. En ese país encontró la libertad y la felicidad anhelada, y no tardó en concebir la idea de que en el nuevo mundo podría crear un refugio, no solamente para su familia, de la que se había visto obligado a separarse al huir de Francia, sino para su querida reina, el pequeño delfín y la princesa.

Antes de que sus proyectos maduraran, llegó a él la nueva de que cinco guillotinos en París. Y a raíz de esta tragedia puso todo su empeño y trabajo para perfeccionar el plan que debería rescatar a la reina de la cárcel. Respaldo por fuertes banqueros de

Filadelfia: Morris, Bingham, Willing y otros, compró una extensión de campo de pastoreo de 2000 kilómetros cuadrados sobre el Susquehama y se instituyó «The Asylum Company». Esta compañía posteriormente resolvió la compra de más terrenos, para proveer de ubicación a los miles de refugiados que, continuamente llegaban de Francia y de Santo Domingo.

Este rincón deshabitado, situado a orillas del Susquehama, poseía ventajosas naturales valiosas que son las que dieron motivo para su elección. Relativamente a corta distancia de varios caminos carreteros que atravesaban los bosques, y con vía fluvial hacia Wilkeshire que se hallaba a sólo unas setenta millas, se encontraba, además, libre del peligro de los malones indios. El terreno era fértil en las selvas abundaban los animales de caza, y los in-

mensos montes de caña de azúcar bastarían para suministrar este producto tan necesario y tan difícil y costoso de transportar por agua o por tierra. La madera para la edificación de sus hogares estaba al alcance de la mano pues no tenían los colonos más que levantar el chaca, para que cayeron a sus pies los troncos robustos que se erguían en las selvas vecinas. En las montañas, las canteras proveerían a los habitantes de bloques de piedra para los cimientos y pisos y de pizarra para los techos. En los campos vecinos existía ganado en abundancia. La tierra fértil junto a la orilla del río, rendiría en poco tiempo la cosecha de cereales y verduras necesaria para la alimentación.

No era pues extraño, que a la vista de tantas ventajosas naturales el sitio elegido pareciera un sueño realizado. Se delineó el plan de la ciudad con an-

EL LOCOARRIL POR FONTAINE FOX

EL TERRIBLE
NICOMEDES.



«MIRA LOS CALZONCILLOS DE PAPA VOY A MOSTRARTE LO QUE HICE CON ELLOS LA SEMANA PASADA.»

«LOS LLENÉ DE TIERRA SUCIA Y CUANDO EL SALIÓ DEL BAÑO Y SE LOS PUSO ---! ¡JA, JA, JA!»

«YA SÉ LO QUE HA PASADO CON MIS CALZONCILLOS! SEGU- RAMENTE FUE NICOMEDES!»

«SE VOLVIÓ LOCO DE FURIA!»

«JORGE! ¡JORGE! NO LE PONGAS LA MANO ENCIMA A NICOMEDES!»

«NO PODRÁS IR A PEGARLE, PORQUE TENGO AQUI TUS PANTALONES! ¡YO LE PONDRÉ SU PENITENCIA!»

«ESTA TABLA DE LA CAMA SIRVE!»

«TRATARÉ DE SALIR POR ESTA VENTANA!»

«PERO NUNCA AVERIGUÉ CÓMO SE LE LLENARON DE MUGRE!»

¡AAAAYY!

BUENO... ¿Y QUÉ?»

LAS MARAVILLAS DEL MUNDO

INSECTOS DE PALO

ESTOS INSECTOS PERTENECEN A UN GRUPO DE CRIATURAS QUE TRATAN DE EVADIR LA OBSERVACION EN LAS FORMAS MÁS RARAS, IMITANDO LOS OBJETOS ENTRE LOS CUALES VIVEN.



ESTA ESPECIE ES DE NUEVA ZE- LANDA Y HA IMITADO BIEN LAS ESPINAS

EN LOS ESTADOS UNIDOS HAY VA- RIEDADES QUE PARECEN PARTES DE LOS ÁRBOLES Y MATAJES EL CUERPO Y LAS PATAS SON VERDES EN LA PRIMAVERA PERO SE TORNAN COLOR CARMELITA EN EL INVIERNO.



CUANDO EL INSECTO DE PALO PERMANECE QUIETO, LOS PAJAROS HAMBRIENTOS NO LO DEVORAN, PORQUE LOS CREEN RAMAS DEL ARBOL.

EL PROFESOR CARIÑOSO

LA LIBERACION DE PEPITO

¡VÁMONOS PEPITO, YA HEMOS VISTO LA PELÍCULA TRES VECES!

¡NO VOLVERÉ MÁS A CASA, ME REÑÍ CON MAMA!

¡VAYANSE, QUE TENEMOS QUE CERRAR EL TEATRO!

¡SU MAMA QUIERE DARLE ESE PURGANTE TAN MALO!

¡YO NO VOY A CASA!

MIENTRAS TANTO: ¡DEBE SABER MUY MAL EL LAXANTE CUAN- DO LE HUYE!

¡PROFESOR, AYÚDEME! PEPITO SE ME HA ESCAPADO GRITANDO QUE NO TOMARÁ SU LAXANTE.

VD. COMPREN- DERA QUE NO SE TRATA DE AGRA- DARLO. NECESITA PURGARSE.

MARÍA, ME SORPRENDE QUE HABLE ASÍ. OBLIGAR A UN NIÑO A TOMAR UN LAXANTE ES ANTICUADO. ADEMÁS PUEDE SER MUY FUERTE PARA EL.

DESPUÉS DE TODO ES UN NIÑO. SI USTED LE DA ALIMENTOS ESPECIALES Y CUIDADO ESPECIAL ¿POR QUÉ NO DARLE UN LAXANTE ESPECIAL? ESO ES LO MO- DERNO.

¡NUNCA HE CONOCIDO LAXANTES ESPECIALES PARA NIÑOS!

SEGURAMENTE: LA CASTORIA DE FLETCHER, QUE NO LE HACE DAÑO AL INFANTE MÁS PEQUE- ÑIN, NI CAUSA DOLOR, Y ES AGRADABLE AL PALA- DAR.

AQUI VIENE PEPITO.

¡PERDÓNAME, MAMITA, PERO NO PUEDO TOMAR ESA MEDICINA TAN MALA.

NO TE APURES, QUERIDO EL PROFESOR DICE QUE LA CASTORIA SO- LUCIONARÁ EL PRO- BLEMA.

¿EL CHICO SE VE MÁS SANO Y JOVIAL, EH?

ES UN ANGEL, PROFE- SOR, DESDE QUE TOMA LA CASTORIA DE FLETCHER.

¡MIRA, MAMA, AL NENE LE GUSTA TAMBIÉN!

LA CASTORIA DE FLETCHER ES BUENA PARA TODOS LOS NIÑOS HASTA LOS 11 AÑOS. NO LE HARÁ DAÑO AL NIÑO DE SISTEMA MÁS DELICADO. PÍDALA EL FRASCO ECONÓMICO PARA LA FAMILIA.



Lois Lindsay, seleccionada por Busby Berkeley como el tipo de muchacha que prevalece en el cine actual.

En sus horas de ocio en la lectura de libros escogidos. Otras están tomando lecciones de arte dramático y de inglés avanzado. Conozco por lo menos una docena que están cursando estudios de pintura y arte."

ESTA descripción correspondía exactamente a la realidad que conocíamos, y de ahí que no le prestáramos atención al principio a lo que nos decía el director coreográfico con quien hablábamos.

"Vea usted—continuó diciéndonos—cómo ha cambiado la situación entre las coristas de Hollywood. Antes, las aspirantes venían ataviadas en pantalones slacks y traían puesto debajo el indispensable traje de baño. Bastaba que se les hiciera una indicación para que se despojaban de los pantalones y aparecieran ante nuestra vista en todo su esplendor físico. Esto no tiene nada de particular, puesto que las bellezas del lienzo hay que seleccionárselas de acuerdo con ciertas normas rigurosas. Las que deseaban entrar a formar parte de un coro aceptaban esta regla y no tenían inconveniente en ser examinadas por los expertos, que las trataban siempre con el mayor respeto, conforme a la seriedad que prevalece en la industria del cine.

"Hoy día, la modelo de 1938 no permite que se la trate con tanta confianza. Es tan joven—y hasta más hermosa—que su congénere de 1930, pero ha aprendido infinidad de cosas que aquella ignoraba por completo. Para contratar sus servicios hay que proceder con tacto, porque es esquivia y sabe usar del poder extraordinario de la sofisticación que domina con la perfección de una Mae West."

La indumentaria, a juzgar por lo que nos cuenta nuestro amigo, no es lo único que diferencia a la corista de 1938 de las de años anteriores. En primer lugar, no está interesada en ganarse un puesto luciendo sus curvas a los directores y a la gente de influencia en los estudios. Tiene un plan definido para abrirse paso y triunfar en su carrera y todos sus pasos van encaminados a este fin. Ya de esto nos había dicho algo antes el señor LeRoy Prinz, director coreográfico de los estudios Paramount.

"Nosotros tenemos—me dijo—24 muchachas contratadas como coristas. Todas son bailarinas. Actualmente, em-

plean sus horas de ocio en la lectura de libros escogidos. Otras están tomando lecciones de arte dramático y de inglés avanzado. Conozco por lo menos una docena que están cursando estudios de pintura y arte."

AL cabo de los años, de acuerdo con lo que nos informa Prinz, la corista o bailarina se ha convencido de que no le conviene asociarse con los varones de su misma profesión. Ya no se casan con bailarinas ni con músicos, como era la costumbre en otro tiempo. Han descartado a los miembros de la farándula como novios y maridos, y ahora prefieren a los médicos y a los abogados.

A pesar de esta transformación, todavía la corista hollywoodense no ha podido igualarse en mundología a las sirenas de Broadway. Quizás ello se debe a que la mayoría de estas lindas muchachas proceden del sur de California y vienen de familias buenas. Un gran número de ellas vive aun con sus padres y son lo que se llama muchachas inteligentes, de aspiraciones y decentísimas. Pone-mos esta última palabra en superlativo porque hablando con Prinz sobre el tema nos ramificamos hacia el terreno de la moral.

"El grado de inteligencia y preparación cultural de estas chicas las ha permitido defenderse de los individuos inescrupulosos que a veces tratan de aprovecharse de las circunstancias prometiéndoles a las jovencitas que llegan a esta ciudad la mar de sueños que nunca se llegan a realizar. En este negocio, como en todos los negocios, hay personas de poca monta que se dedican a engañar a las novicias y a pescar incautos, aunque en muy raras ocasiones tengan alguna remota relación profesional o legítima con las compañías filmadoras. Existe otro factor, además, que contribuye poderosamente a fomentar la buena conducta entre los miles de muchachas empleadas en los estudios, y es que la industria cinematográfica no tolera escándalos ni mantiene en sus elencos a artistas que hagan una vida censurable."

Por estas mismas razones, el personal de los estudios también observa una con-

ducta intachable en sus relaciones con las artistas. Cualquier empleado que realice actos ofensivos o trate de sacarle partido a su posición en detrimento de la más humilde corista, está expuesto a quedar cesante por muy indispensables que sean sus servicios.

ENTRÉ las cosas que nada para los elencos, figuran las siguientes: 1) cómo caminar; 2) cómo hablar (sin hablar más de la cuenta); 3) la clase de maquillaje que le asienta a su tipo; 4) la clase de peinado que debe usar; 5) qué ropas debe seleccionar y el arte de llevarlas; 6) cómo realizar los detalles salientes de su personalidad.

La sofisticación de las bailarinas cinematográficas ha aumentado considerablemente debido a que los estudios consideran que hoy lo importante es poseer una personalidad atractiva. Las habilidades técni-

cas, pues, han quedado relegadas a un lugar secundario. Una muchacha no necesita ser bella para que la acepten. Si tiene un cuerpo bien formado y facciones agradables; si tiene presencia y sabe caminar con gracia, los peritos del maquillaje la transformarán en una diva en el término de un mes.

La técnica del baile no se le enseña a estas novicias hasta después que han dominado el programa esbozado anteriormente. Y aun antes de aprender a bailar, tienen que estudiar los secretos del ritmo, tan indispensables para caminar con distinción y elegancia. Prinz las hace caminar al compás de un vals primero y de un fox-trot después, corrigiéndoles los defectos que descubre en la práctica.

Dos tipos sobresalientes de la nueva corista de Hollywood son Nora Gale y Harriet Haddon. Prinz colocó a Nora cuando contaba 16 años de edad. Su ambición máxima en aquel entonces era hacer bailes acrobáticos; hoy es, sin embargo, una damita de porte distinguido, con todos los atractivos de la personalidad que hacen destacarse a la artista privilegiada del montón anónimo. Cuando me presentaron a Miss Gale, descubrí en seguida que tenía grandes aspiraciones y que está preparándose para ser una buena comediente.

En cierto modo, el cine alteró el rumbo de su vida, pues sus intenciones originales eran hacerse maestra, para lo cual ya se había matriculado en la Universidad de Stanford. Decidió trabajar durante el verano en Hollywood y finalmente se quedó aquí. En el tiempo que lleva en la carrera del teatro ha trabajado en Nueva York y en Londres. Opina que el progreso de las bailarinas y coristas del cine en años recientes se debe a la influencia de las artistas de estos géneros importadas de Broadway por las filmadoras.

Miss Haddon y Dorothy Haas están de acuerdo con la opinión de su compañera Nora. Dave Gould, el director coreográfico de la Metro, también está de acuerdo y agrega que ya no hay coristas ni bailarinas, sino "artistas del baile". El ejemplo supremo de esta categoría, según él, es Clarice Sherry. En cambio, Busby Berkeley, maestro de baile de Warner Brothers, alega que lo que hay son bellezas extraordinarias y no bailarinas. Señala a Vivian Wilson o a Lois Lindsay como los dos tipos perfectos de

la muchacha de Hollywood del 1938.

Pero hay una autoridad inapelable en esta materia: una mujer, Geneva Sawyer, principal de los coros de la Twentieth Century-Fox, que admite que entre sus colegas del oficio se ha operado un cambio revolucionario. Esther Brodelet y Lucille Miller son, de conformidad con lo que dice Geneva, los dos ejemplos más altos de esta transformación.

TRANSFORMADAS

o no, hay que convenir en que las muchachas de los conjuntos de baile y coros de Hollywood son algo muy serio. Se habla elogiosamente del célebre grupo de bailarinas conocidas con el nombre de Rockettes, que constituyen la primera atracción del gran teatro de la Radio City en Nueva York. Son 36 muchachas escogidas por las líneas escultóricas de sus cuerpos, por su belleza y por su personalidad. Sin duda alguna, desde el punto de vista de la técnica, difícilmente se puede reunir un conjunto coreográfico tan acabado como éste, pero ello no quiere decir que sea imposible igualarlo en Hollywood.

Habla cuenta de las facilidades de las compañías filmadoras, que colaboran estrechamente en la producción de los grandes espectáculos musicales prestándose sus mejores artistas, el cine podría seleccionar entre sus cientos de coristas y bailarinas tres o cuatro docenas de tipos de presentación admirable y capaces de ejecutar números de baile tan complicados y finos como los que se le ofrecen al público en el inmenso escenario ginástico de la Radio City.

Aquí en esta página figuran diez tipos de los elencos cinematográficos que competirían ventajosamente con las bellezas clásicas del conjunto de las Rockettes. De hecho, estas muchachas bien podrían estar colocadas en los cabarets y en los teatros de variedades de Broadway. Prefieren quedarse en la Mecca del cine porque abrigan la esperanza de alcanzar algún día la oportunidad que consiguen en otras iguales que ellas, como Ginger Rogers y Eleanor Powers.

Es imposible anticipar hasta dónde llegarán las diez bellezas que adornan nuestro artículo de hoy. Pero lo que es cierto es que a través de ellas se ven, por lo menos la mitad de ellas son tipos de una personalidad irresistible.



Arriba: Esther Brodelet. Izquierda: Vivian Wilson.

Artistas del Baile

Hollywood.

EL GREMIO de las coristas, que es

uno de los más conspicuos de Hollywood, ha variado mucho en los últimos cinco años. La corista "sin sesos" de los elencos de 1930 va desapareciendo rápidamente y ha sido reemplazada en la mayoría de los casos por un tipo nuevo de muchacha que desprecia profundamente las tradiciones de la farándula. Es decir, desprecia aquellas tradiciones que litigan a la corista a su papel de figura de comparsa, porque esta chica ultramoderna es ambiciosa y aspira a salir del coro lo antes posible para hacer carrera. Recientemente, fui testigo de una escena en la oficina de uno de los funcionarios cinematográficos más importantes de esta ciudad. El aludido señor estaba conversando con una muchacha como de 20 años de edad, guapísima, y vestida con la elegancia de las aristocráticas bellezas de Nueva York y París. Ver aquella mujer pasar por nuestro lado, y continuar mirándola hasta que se pierde de vista, es la misma cosa. No hay quien se resista ante sus hechizos. ¡Es sencillamente colosal!

—¿Quién es la damita de Park Avenue?, le preguntamos al amigo cuando hubo terminado su conferencia.

—¡Parece de Park Avenue,—nos contestó sonriendo—pero es una simple corista! Seguramente no la recordará por los cambios que ha experimentado. Hace dos años vestía pantalones slacks y saba zapatos de tacones bajos, como cualquier muchacha de escuela.

—¡Imposible, eso no es una corista!

—¡Sí que es corista! El 80 por ciento de las coristas de hoy han sufrido el mismo cambio radical. Eran chicas inenuevas que llegaban a los estudios recién salidas de la alta escuela, sin artificios de ninguna clase. Siempre llevaban un sweater y paseaban por la ciudad con las caras pintadas y alegres, practicando necesariamente el ejercicio de mascarar. Durante los ensayos y en las horas de ocio se dedicaban a pelarse las cejas y a arreglarse las uñas. Algunas de ellas leían novelas de folletín y muchas tenían de novios a los muchachos



Dorothy Haas, otro tipo de moderna bailarina.



De izquierda a derecha: Dorothy White, Nora Gale, Harriet Haddon y Louise Seidel.



Lucille Miller: la última novedad del lienzo.



DIARIO DE LA MARINA

DOMINGO 17 DE ABRIL DE 1938

BLANCA NIEVE

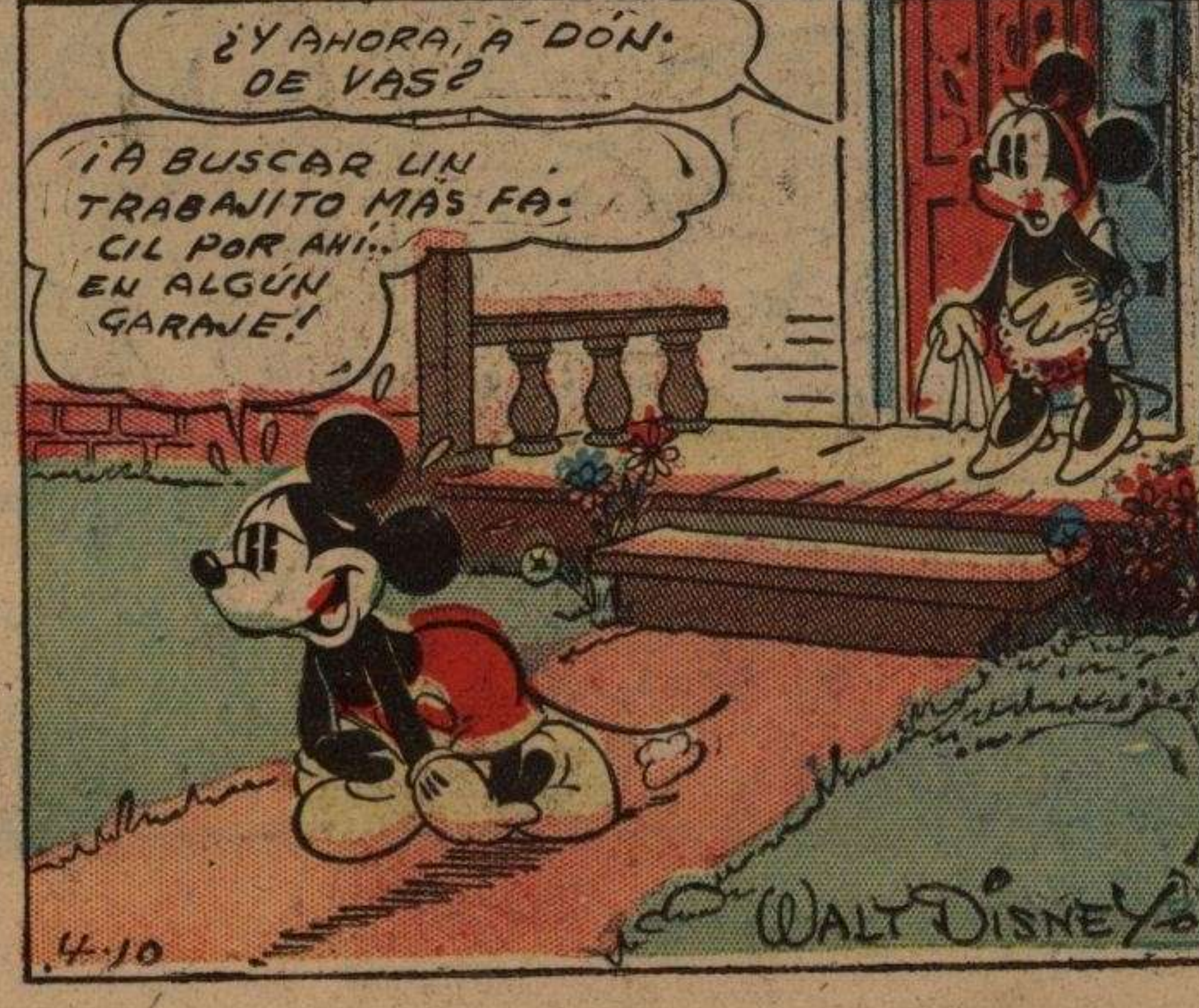
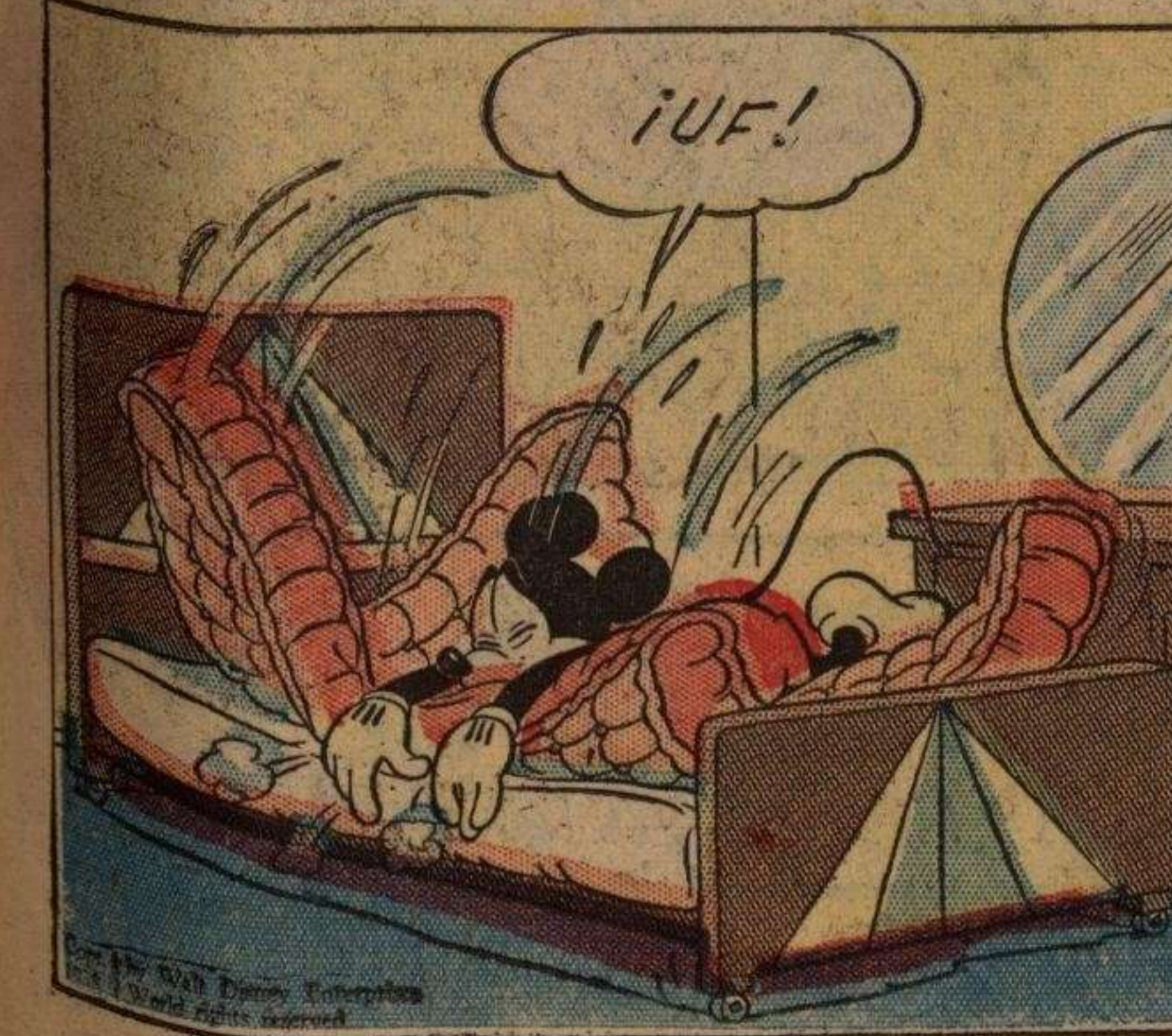
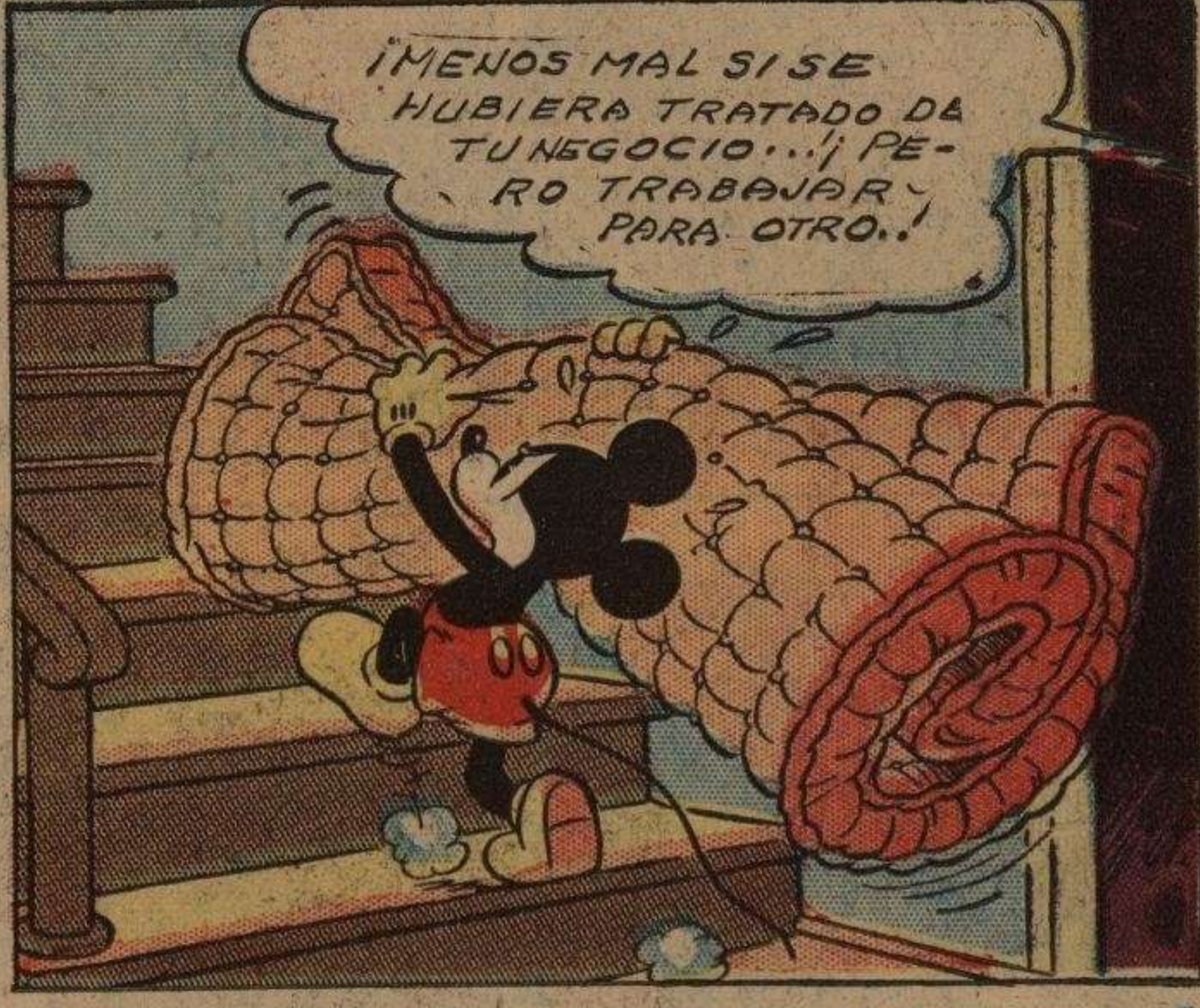
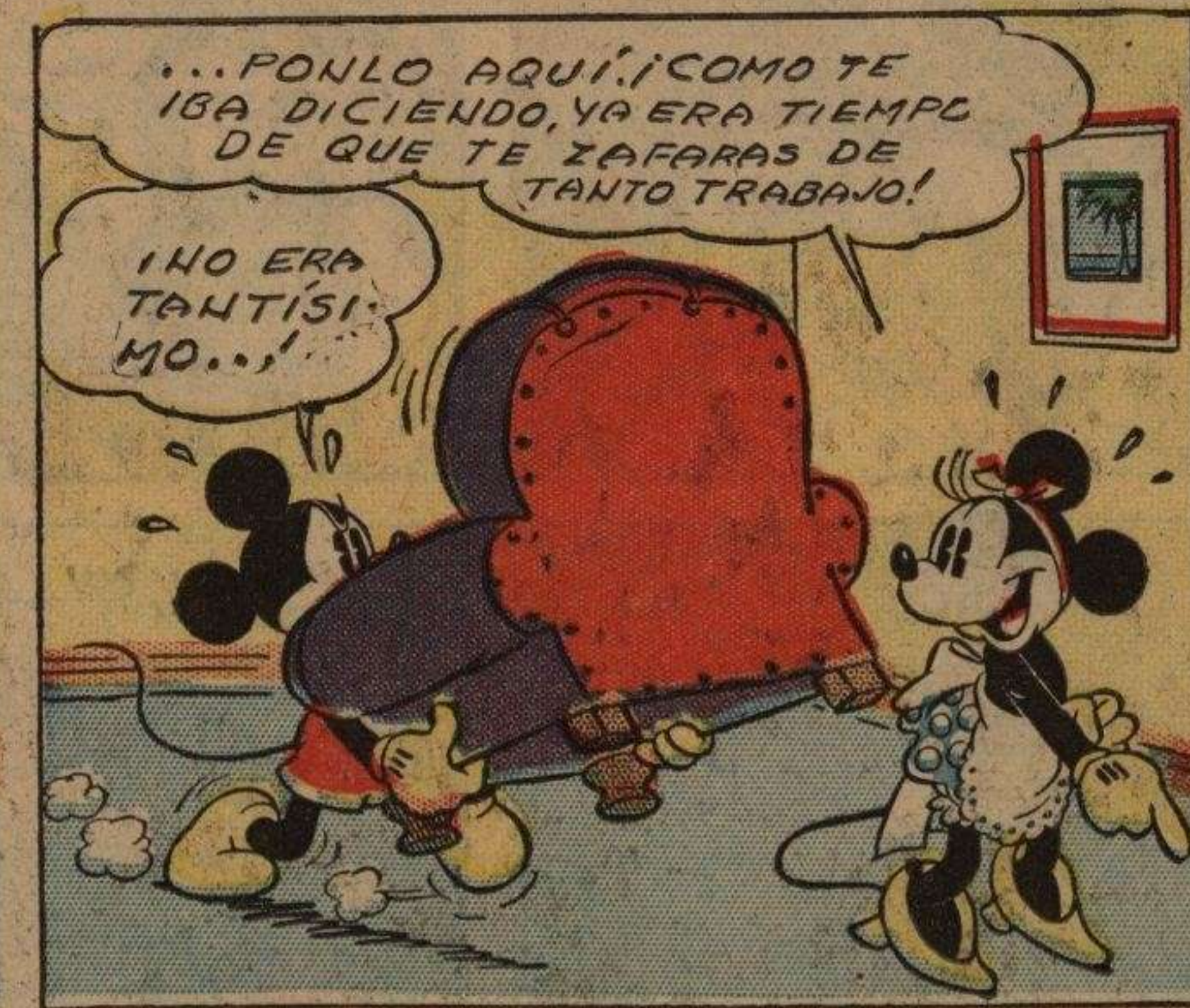
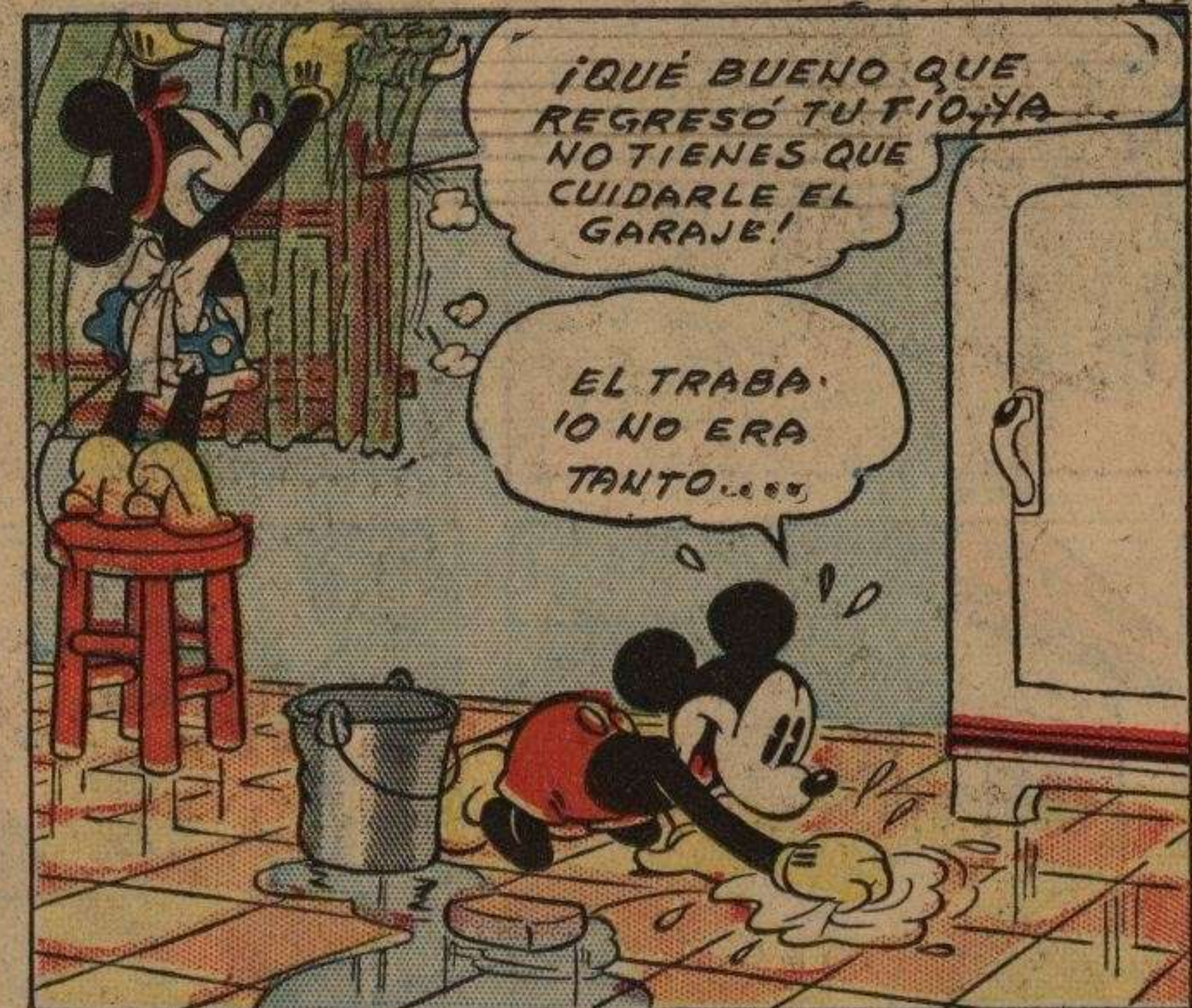
LOS SIETE ENANITOS.

Por WALT DISNEY



EL RATÓN MIGUELITO

REGISTERED U.S. PATENT OFFICE



Hollywood Exige Inteligencia En Sus Elencos de Bailarinas Por Sam Lukes

WALT DISNEY

WONG-LA

BRANDON WALSH

EL BUQUE MERCANTE SE DIRIGE A PUERTO REMOLCANDO AL "DELFIN" Y LLEVANDO PRESOS A LOS AMOTINADOS ESTOS, PARA ELIMINAR A LOS TESTIGOS DE SUS CRIMENES, CONVENCEN AL "RATA" DE QUE CORTE EL CABLE DE REMOLQUE, DEJANDO A WONG, TOMÁS Y CARLITOS SOLOS A BORDO DEL AVERIADO "DELFIN", QUE SE HUNDE DURANTE UNA TEMPESTAD; PERO SE SALVAN EN UNA BALZA Y LOS "RECOGE EL YATE 'REY DE LA PLATA'".



¡LES ADVIERTO, CAMARADAS, QUE UNA VEZ INSCRITOS NO PODRAN VOLVERSE ATRAS! ¡LOS TRAIADORES SUFREN UNA MUERTE HORRENDA!



¡PRESO POR MIL, PRESO POR MIL Y QUINIENTOS! ¡VO FIRMA-RE!

¡LA LEY NO NOS ALCANZARA! ¡LAS CUENTAS QUE TENGAMOS QUE TENGAMOS PENDIENTES...!

¡LOS DE ESTA BANDA NO OBEDECEMOS MÁS LEY QUE LA NUESTRA!



¡SI ALGUIEN TIENE MIEDO, AUN TIENE TIEMPO DE ARREPENTIRSE! ¡SI ESTAN DECIDIDOS A INGRESAR EN LA HERMANDAD DEL HIERRO...

¡ESTAMOS!

¡ADELANTE! ¿QUE ESPERAMOS?



¡UNA CAVERNA! ¡PARECE MAGIA!

¿QUÉ CLASE DE COMEDIA ES ESTA?

¡SIGANME!



¡ARROJÉNLESE, ESCLAVOS Y JURENME LEALTAD!

CON QUE "ESCLAVOS" ¿EH? ¡CA!



¡ARROJEN AL MAR EL CADAVER DE ESE TRAIADOR!



¡MIREN! ¡AHÍ ESTÁ EL BUQUE QUE TRAJÓ PRESOS A LOS AMOTINADOS DEL "DELFIN"! ESOS INFAMES CREEN HABERNO MANDADO A LAS CALDERAS DE PERO BOTERO! ¡AHORA PAGARÁN CARA SU VILLANIA!

Copyright 1938, King Features Syndicate, Inc. World rights reserved. 4-10

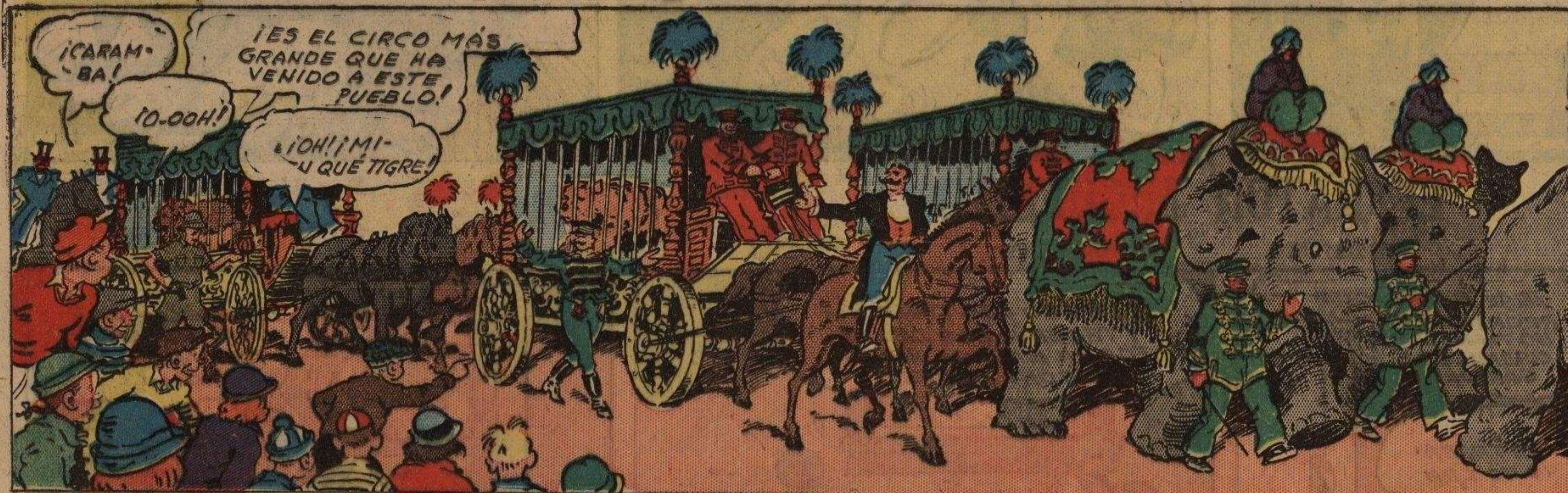


ESTA ESCLITO: SÓLO LOS LIOSSES LE LAS ALTULAS TIENEN CONOCIMIENTO LE LOS SUCEOS VENILELOS

ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U. S. Patent Office

Brandon Walsh



¡CARAMBA! 10.00H!

¡ES EL CIRCO MÁS GRANDE QUE HA VENIDO A ESTE PUEBLO!

¡OH! ¡MI QUÉ TIGRE!



¡QUIETO! ¡NO TENGAS MIEDO! ¡NADIE VA A HACERTE DABO!



¿VERDAD QUE ES MAGNÍFICO? ¡NO HAY DESFILE EN EL MUNDO TAN ATRAENTE COMO EL DE UN CIRCO!



¡BRAVO! ¡AHÍ VIENEN LOS PAYASOS! ¡HUY-Y! ¡DEBE HABER UN CENTENAR DE ELLOS!



¡QUE GRACIOSO ES ESE!

¡NUNCA HE VISTO UNA "GUAL"!



¡CRAC!



4-10 N. DENSONY

Copyright 1938, King Features Syndicate, Inc.



¡LLAMEN UN MEDICO! ¡PRONTO!

¡ATRÁS TODO EL MUNDO! ¡ATRÁS!

¡POBRE PAVASITO! ¡NO SE VA!



MODESTO RIZOS

"PAPÁ VUELVE A CASA NO NOS DEJES, QUE TE QUEREMOS MUCHA SARITA"

HUM... Y EL SEÑOR ROS CREE QUE ESTE ANUNCIO, PUBLICADO ENTRE LOS "AVISOS ECONOMICOS", PUEDE DARNOS MATERIAL PARA UN ARTICULO DE GRAN INTERÉS

PERO ¿CÓMO PODRÉ ENCONTRAR A ESTA MUCHACHA "SARITA" Y A SU FAMILIA? EL ANUNCIO NO MENCIONA DIRECCION ALGUNA!

¡ESO CORRE DE SU CUENTA, RIZOS! ¡MANOSA LA OBRA!

SEÑORITA, RECUERDA USTED POR CASUALIDAD QUIEN FUSO ESTE ANUNCIO EN "EL CAJÓN?"

AYER ENCONTRE AQUÍ EL TEXTO ESCRITO EN UN PAPEL. NO LO ACOMPAÑABA DINERO ALGUNO; PERO EL SEÑOR ROS ORDENÓ QUE LO PUBLICÁRAMOS.

QUE PUBLIQUEN ESTA CONTESTACION A SARITA EN TODAS NUESTRAS EDICIONES DE HOY.

SI LE PARECE LA PUBLICAREMOS TRES DIAS SEGUIDOS

EL SER REPORTERO ES ALGO ASÍ COMO SER DETECTIVE, MODESTO.

TIENES RAZÓN MAMA.

SÓLO UNA NIÑITA ESCRIBIRÍA UN MENSAJE ASI.

POR OTRA PARTE, SÓLO A UNA PERSONA GRANDE SE LE OCURRIRÍA PONER UN ANUNCIO PARA...

AL DIA SIGUIENTE, NO HAY NOTICIAS DE SARITA.

SI LLEGA A AVEIGUAR ALGO, LLÁMAME A LA JEFATURA DE POLICIA, SEÑORITA.

NO TENGA CUIDADO ESTARE ALERTA POR SI VIENE LA PERSONA QUE FUSO EL ANUNCIO.

CONTINUA.

SI, MIENTRAS YO BUSCABA UN DATO EN EL ARCHIVO, ALGUIEN ENTRO Y DEJO ESTA CARTA SOBRE EL MOSTRADOR

¡GRACIAS, SEÑORITA! IRE EN SEGUIDA A RECOGERLA!

LYMAN YOUNG 4-10

AVENTURAS DE AGUILUCHO

Lyman Young

¿CÓMO TE PRUEBA EL ASCENSO A CABO, PEPE?

¡BIEN, AGUILUCHO! ¡Y CUANTO ME ALEGRO DE QUE TÚ SEAS DE MI ESCUADRA!

¡VOY A PEDIRLE AL SARGENTO GATES QUE ME MANDE CON MI ESCUADRA A PERSEGUIR BANDIDOS! ¡ASI PODREMOS TENER OPORTUNIDAD DE DISTINGUIRNOS!

¿CON QUE QUIERE FAENA, ZEH, CABO? BUENO, LE VOY A DAR UNA BIEN EMOCIONANTE.

¿CUANTO MÁS PELIGROSA SEA, MEJOR, MI SARGENTO! ¿QUÉ ES?

¿POR QUÉ NO LO ACOMPAÑAMOS A DAR UN TIRITO A PEPE? ¿MI SARGENTO?

EL CORONEL QUIERE VER SI EL SOLO PUEDE DESEMPEÑAR ESTA COMISION, AGUILUCHO.

¡NO QUIEREN DEJARME A DONDE MANDARON A PEPE NI CUANTO TARDARÁ EN VOLVER!... ¡ESTOY PREOCUPADO POR ÉL!

PEPE HA DESMONTADO Y...

¡AH! ¡AH! ¡VÍENNE OTRO!

¡A ESE, TAMBIEN LO TUMBÉ!

¡ANIMATE, AGUILUCHO! PEPE HA VUELTO! ¡MATO A TIROS A DOS...!

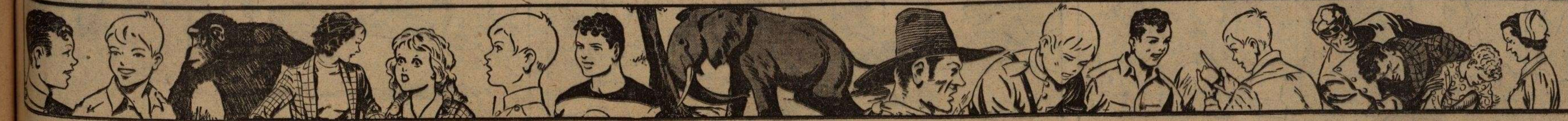
¿ESTÁ SANO Y SALVO, MI SARGENTO? ¿NO LE HAN HECHO DAÑO? ¿PUEDO VERLO?

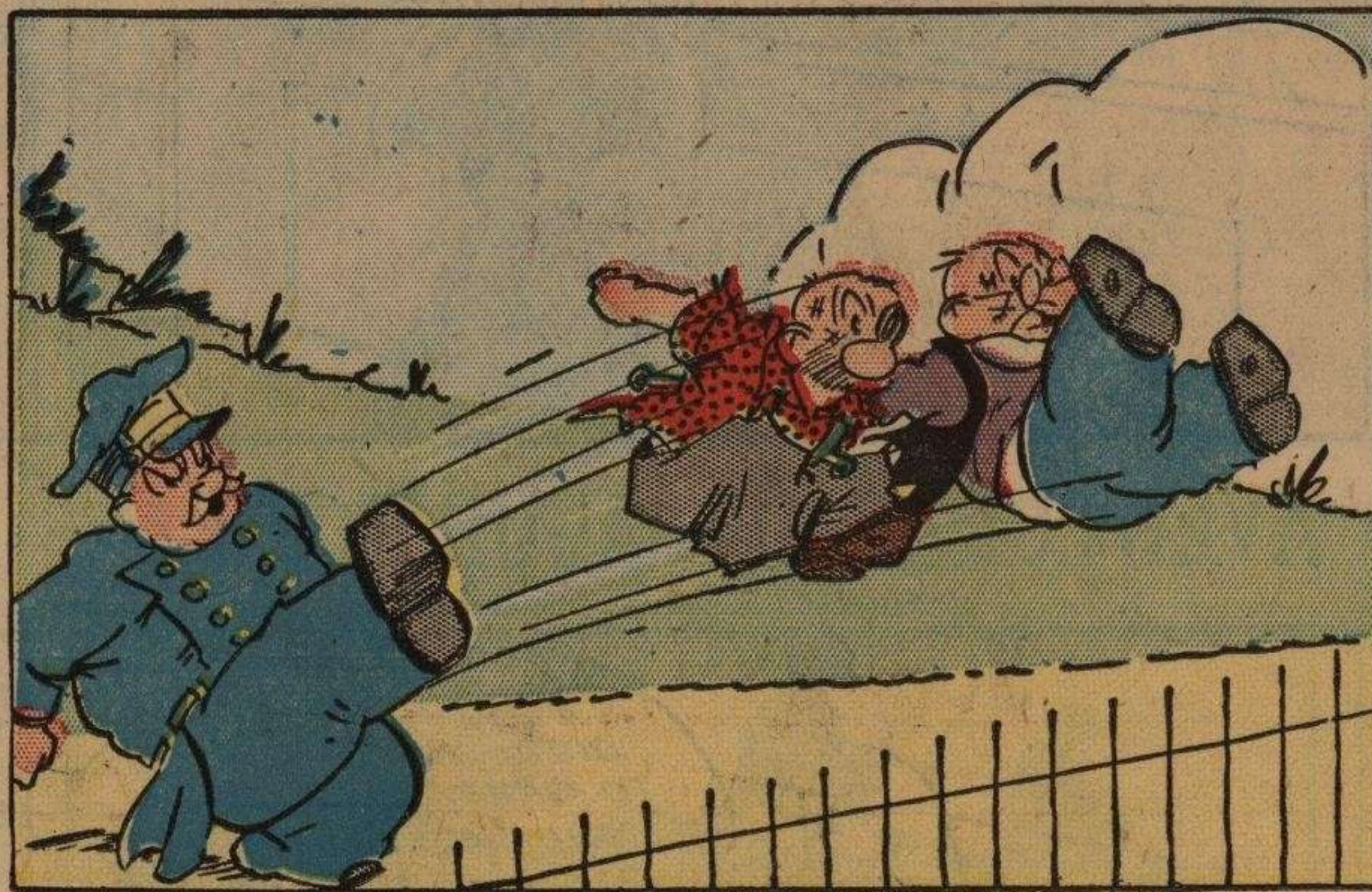
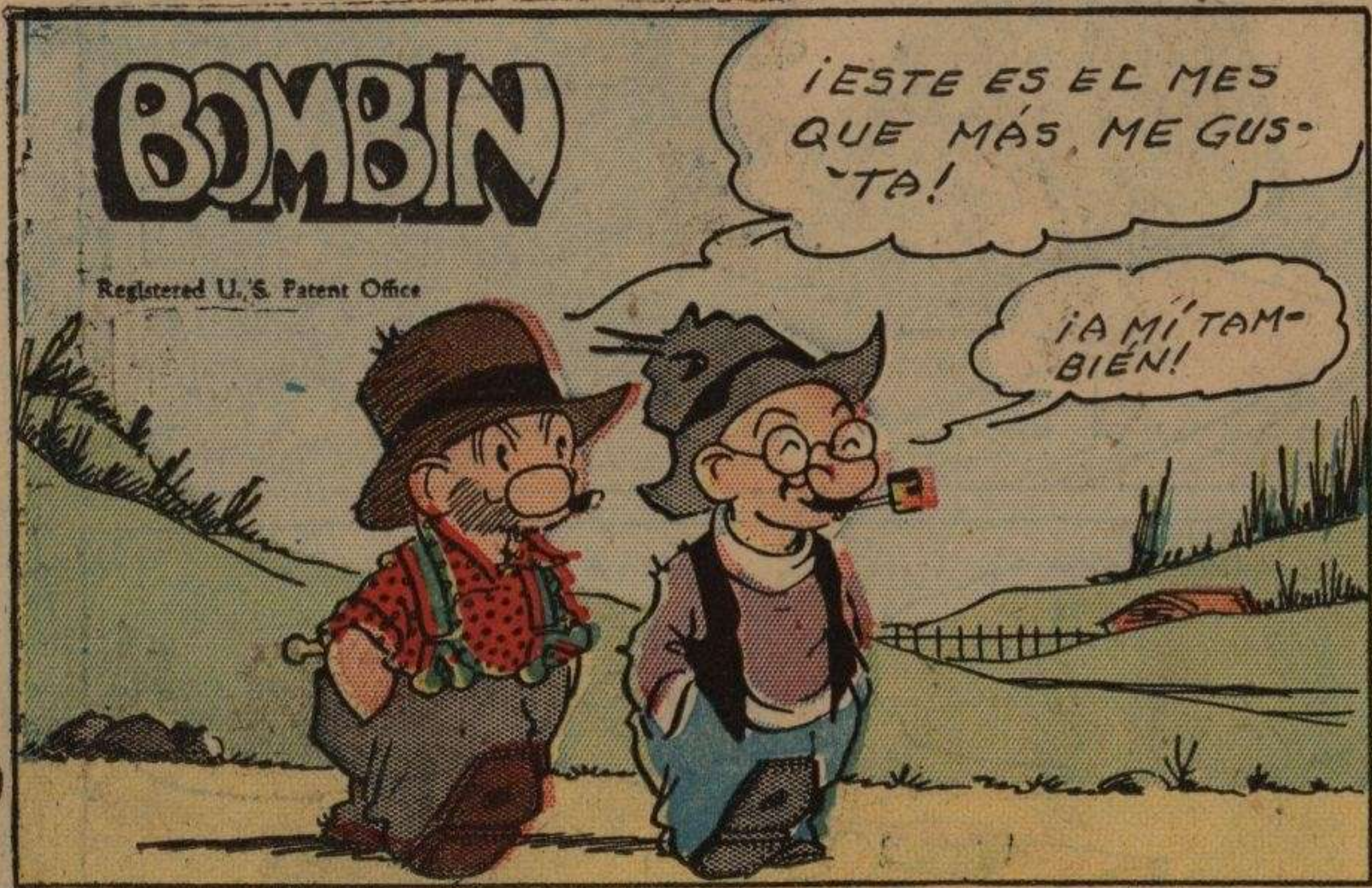
¡HOLA, PEPE! ¡CUANTO ME HE PREOCUPADO POR TI! ¡CREÍA QUE ANDABAS SOLO PERSIGUIENDO BANDIDOS!

¿BANDIDOS? ¡BAH! ¡CAZANDO CONEJOS! ¡QUÉ TOMADURA DE PELO! ¿EH?

¡EL CORONEL QUIERE CO-MER ESTOFA-DO DE CO-NEJO VO!

CONTINUARÁ.





PEDRO HARAPOS

Registered U. S. Patent Office

